



BLAKE PIERCE

**DÉJ
ALA**

DESVANECERSE

UN THRILLER DE SUSPENSE DEL FBI DE FIONA RED - LIBRO 13

DÉJALA DESVANECERSE

**(UN THRILLER DE SUSPENSE DEL FBI DE FIONA RED -
LIBRO 13)**

BLAKE PIERCE

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido de USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, que comprende cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que comprende seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende siete libros; del misterio de suspense psicológico CHLOE FINE, que comprende seis libros; de la serie de thrillers de suspense psicológico JESSIE HUNT, que comprende treinta y ocho libros (y contando); de la serie de thrillers de suspense psicológico AU PAIR, que comprende tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, que comprende seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que comprende dieciséis libros, de la serie de misterio acogedor EUROPEAN VOYAGE, que comprende seis libros; del thriller de suspense FBI LAURA FROST, que comprende once libros; del thriller de suspenso ELLA DARK FBI, que comprende veintiún libros (y contando); de la serie de misterio acogedor A YEAR IN EUROPE, que comprende nueve libros, de la serie de misterio AVA GOLD, que comprende seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende quince libros (y contando); de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros; de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros; de la serie de misterio MAY MOORE, que comprende once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros; de la serie de misterio NICKY LYONS, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio CAMI LARK, compuesta por diez libros; de la serie de misterio AMBER YOUNG, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio DAISY FORTUNE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio FIONA RED, compuesta por trece libros (y contando); de la serie de misterio FAITH BOLD, compuesta por diecisiete libros (y contando); de la serie de misterio JULIETTE HART, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MORGAN CROSS, compuesta por trece libros (y contando); de la serie de misterio FINN WRIGHT, compuesta por siete libros (y contando); de la nueva serie de suspense y thriller SHEILA STONE, compuesta por

ocho libros (y contando); y de la nueva serie de suspense y thriller
RACHEL BLACKWOOD, compuesta por ocho libros (y contando).

Copyright © 2024 de Blake Pierce. Todos los derechos reservados.
Salvo lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin la autorización previa del autor. Este libro electrónico tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de la cubierta Copyright Robsonphoto utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Jamie Lin salió a la fresca noche, la puerta de su estudio de artes marciales cerrándose tras ella con un chasquido. Una fina capa de nieve, intacta por el bullicio de la ciudad, cubría las aceras del centro de Portland. Las farolas proyectaban largas sombras que se extendían por el pavimento, interrumpidas intermitentemente por los faros de los conductores nocturnos. A pesar de la hora, Jamie caminaba con paso seguro, su aliento formando pequeñas nubes en el aire invernal.

Era una silueta de disciplina, con su postura erguida y sus movimientos decididos. A sus 31 años, Jamie había dedicado gran parte de su vida a dominar el arte del combate; caminar sola por la noche podría haber inquietado a otros, pero no a ella. Conocía bien estas calles y sabía que podía defenderse. ¿Para qué gastar dinero en un taxi?

Jamie metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó sus auriculares, colocándolos cómodamente en sus oídos. En cuanto empezó la música, formó una burbuja a su alrededor, aislándola del silencio de la ciudad. Las melodías alejaron sus pensamientos de la noche fría y los llevaron hacia los acontecimientos del día.

La sesión de entrenamiento había ido excepcionalmente bien. Repasó cada movimiento en su mente, evaluando su actuación, criticando su forma. La precisión de sus patadas, la fluidez de sus golpes, la respiración controlada: cada elemento había sido más afilado hoy, más refinado. Era como si las incontables horas dedicadas a perfeccionar su arte finalmente se estuvieran fusionando en un nivel superior de habilidad, uno que había estado buscando desde que pisó por primera vez el tatami.

Con cada paso hacia casa, Jamie diseccionaba aún más la sesión, catalogando mentalmente las áreas de mejora. La concentración era casi meditativa, el ritmo de sus pasos sincronizándose con el compás de la canción que sonaba en sus auriculares. Su confianza aumentaba con el

recuerdo del gesto de aprobación de su instructor, un simple gesto que significaba más para ella que cualquier elogio verbal.

Mientras recorría la ruta familiar, Jamie permanecía indiferente a la noche que la rodeaba. Sus pasos se ralentizaron al acercarse a su barrio, el suave crujido de la nieve bajo sus zapatillas puntuando suavemente la quietud de la noche. Se detuvo a medio paso, un leve sonido de roce llamando su atención por encima de la música que sonaba en su oído.

Era sutil, casi perdido bajo el zumbido ambiental de la ciudad, pero estaba ahí: una irregularidad que puso sus nervios de punta.

Jamie se quitó un auricular, dejándolo colgar sobre su pecho. Escudriñó la calle tenuemente iluminada, buscando cualquier señal de movimiento. Las farolas proyectaban largas sombras que se extendían por el pavimento cubierto de escarcha, pero no revelaban figuras acechantes, ni rastro de vida. Un ceño fruncido arrugó su frente mientras consideraba el origen del ruido. Tal vez solo fuera un gato callejero o un trozo de escombros suelto atrapado por el viento. Se quedó un momento más escuchando, pero el sonido no se repitió.

Desechando la inquietud, Jamie volvió a colocarse el auricular y reanudó su caminata. Se hizo una nota mental de mantenerse alerta hasta llegar a la seguridad de su hogar.

Finalmente, llegó a su piso, un adosado de tres plantas justo a las afueras del centro de Portland. Tras abrir la puerta, Jamie entró en el familiar recinto de su pasillo. El calor del interior era un contraste bienvenido con el frío exterior, y exhaló un suspiro.

Mientras se disponía a colgar su chaqueta, su movimiento hacia adelante se vio bruscamente detenido por algo invisible. Sobresaltada, retrocedió un paso, llevándose las manos a la cara.

Sus dedos encontraron resistencia: hebras pegajosas y tensas que se adherían a su piel con una fuerza inesperada. El pánico recorrió sus venas al darse cuenta de lo que había encontrado: una telaraña, y no una cualquiera, sino una que abarcaba toda la anchura del pasillo. Enorme en su construcción, era diferente a cualquier cosa que hubiera visto antes, ciertamente nada parecido a los delicados hilos tejidos por las arañas comunes que ocasionalmente encontraba en los rincones de su apartamento.

—¡Maldita sea! —murmuró Jamie, mezclando el asco con la alarma. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras se sacudía frenéticamente el pelo y la cara, intentando deshacerse de la seda pegajosa. Estaba por todas partes, envolviéndola como un sudario. ¿Cómo había ocurrido esto?

La mirada de Jamie recorrió de rincón a rincón el pasillo en penumbra, su pulso acelerándose al percatarse del alcance de la invasión. Telarañas de diversos tamaños y densidades colgaban como tapices siniestros, sus hilos de gasa brillando tenuemente en la escasa luz que se filtraba a través de las rendijas de las persianas cerradas. Varias arañas grandes, con sus patas moviéndose con una gracia decidida, estaban ocupadas reforzando sus guaridas de seda, ajenas a la intrusa humana que permanecía paralizada de horror.

—¿De dónde han salido? —susurró para sí misma, su mente dando vueltas ante el extraño giro que había dado su noche. La parte lógica de su ser sabía que debería llamar a un exterminador a primera hora de la mañana, pero el crudo asco que le revolvía las entrañas la instaba a actuar ahora, a librar su santuario de esta infestación de pesadilla.

Luchando contra el impulso de sacudirse violentamente, Jamie se quitó despacio los restos de telaraña pegados a su chaqueta. Necesitaba lavarse los residuos pegajosos de las manos; el mero pensamiento le producía escalofríos. Con pasos cautelosos, se dirigió hacia la cocina, esquivando las telarañas más grandes que se extendían por el pasillo como trampas.

Jamie dobló la esquina hacia la cocina con movimientos cada vez más frenéticos y menos controlados. Un hilo de seda suelto le rozó la mejilla y lo apartó con pánico. En su prisa, se golpeó el codo contra la cabeza, desplazando el auricular que había estado emitiendo música en su oído derecho. La repentina ausencia de sonido la desconcertó, y en el silencio que siguió, lo oyó: un suave arrastre, una leve perturbación en la quietud de su piso.

Su entrenamiento en artes marciales se activó, agudizando sus sentidos. Jamie se giró bruscamente, escudriñando las sombras en busca del origen del ruido. Su corazón latía con fuerza en sus oídos, ahogando todos los demás sonidos excepto el roce casi imperceptible de movimiento detrás de ella.

Antes de que pudiera girar sobre las puntas de sus pies, antes de que pudiera asumir cualquier postura defensiva, unos brazos fuertes la rodearon por detrás. Sintió el frío roce del metal contra la piel delicada de su cuello, y una oleada de miedo como nunca antes había conocido la invadió. El instinto le gritaba que luchara, que se liberara, pero la hoja en su garganta prometía una rápida y sangrienta respuesta a cualquier intento.

—Chis —siseó una voz en su oído, tan cerca que podía sentir el calor del aliento del agresor.

Jamie abrió la boca para gritar, para pedir ayuda, pero un dolor agudo estalló en la base de su cráneo, cortando su grito antes de que pudiera salir de sus labios. El mundo giró, los colores se fundieron en la oscuridad, y Jamie sintió que sus rodillas se doblaban bajo ella mientras se hundía en el vacío.

CAPÍTULO UNO

La agente Fiona Red del FBI caminaba de un lado a otro en el aséptico despacho del médico, con los dedos fuertemente entrelazados. La sala estaba impregnada del suave zumbido de los aparatos médicos de los pasillos contiguos. Se detuvo frente al doctor, con ojos suplicantes.

—Doctor, la he oído —insistió Fiona, con una voz de urgencia contenida que traicionaba su habitual resolución—. Joslyn ha dicho mi nombre.

El Dr. Keller la miró por encima de sus gafas, con expresión impasible. Juntó las manos sobre el escritorio, como una isla de calma en el mar de desesperación de Fiona.

—Señorita Red —comenzó, con tono sereno—, no ha habido ningún informe de que Joslyn haya hablado. Si lo hubiera hecho... —Se interrumpió, escéptico.

—Por favor, tiene que creerme —la súplica de Fiona quedó suspendida en el aire, un hilo de esperanza que se negaba a romper. Se inclinó hacia delante, buscando algún signo de credibilidad en sus ojos.

El Dr. Keller suspiró y se reclinó en su silla, un gesto que parecía ocupar más espacio del que debería en el pequeño despacho. Habían pasado meses desde que Fiona había localizado a su hermana mayor, Joslyn, que había estado desaparecida durante diez años, secuestrada por el monstruo de Daniel Grove, quien había asesinado a muchas otras personas, y mantenida en una casa abandonada. Cuando Fiona, con la ayuda del FBI y su compañero Jake, finalmente encontró a Joslyn, era una sombra de lo que había sido. Diez años de cautiverio habían dejado a Joslyn sin habla, casi sin nada.

Pero seguía siendo Joslyn. Y hacía solo unas noches, Fiona había oído la voz de Joslyn. Había dicho su nombre. Pero no había vuelto a hablar desde entonces, y Fiona seguía teniendo dificultades para convencer a la gente de

que realmente había sucedido. No era la primera vez que Fiona hablaba con este mismo doctor sobre esto, y seguramente no sería la última.

—El estado de Joslyn es precario —explicó el doctor, manteniendo su voz clínicamente distante—. Su estado mental ha sufrido un trauma significativo. No es inaudito que pacientes en su situación encuentren su voz momentáneamente.

Un destello de alivio cruzó el rostro de Fiona. La posibilidad de que no estuviera imaginando cosas, de que su hermana realmente hubiera roto su silencio, era un salvavidas.

—Sin embargo —continuó el Dr. Keller, moderando el momento—, esto no significa que vuelva a ser la de antes de inmediato, o incluso que lo haga alguna vez. Estos momentos pueden ser transitorios, incidentes aislados.

Las palabras se asentaron pesadamente sobre Fiona, cada sílaba era un peso que no había anticipado. Asintió lentamente, asimilando la importancia de su advertencia. Su hermana seguía encerrada en una batalla sin un final claro a la vista.

Fiona suspiró y se sentó en la silla. Agarró los reposabrazos, el cuero frío bajo sus dedos.

—Sé que está siendo cauteloso —dijo, con voz apenas audible—. Pero no puedo quitarme esta sensación... de que debería estar aquí más tiempo. Si hablarle, estar con ella, pudiera ayudar a Joslyn a encontrar sus palabras de nuevo, entonces debería estar a su lado. Siempre.

El Dr. Keller miró a Fiona con una mirada que se suavizaba, su actitud profesional cediendo paso a la empatía. Comprendía el vínculo inquebrantable de la hermandad, las súplicas silenciosas de recuperación que resonaban en las paredes estériles de la habitación del hospital.

—Fiona —comenzó, juntando las manos sobre el escritorio—, eres bienvenida a pasar aquí tanto tiempo como permitan las horas de visita. Hemos visto cómo tu presencia parece tener un efecto calmante en Joslyn.

Los ojos de Fiona se iluminaron por un momento, una chispa de esperanza en medio de la incertidumbre. Se inclinó hacia delante, dispuesta

a tomar cualquier permiso como una señal para aferrarse a la cabecera de Joslyn.

—Sin embargo —continuó el Dr. Keller, con tono firme y constante—, es importante que no pongas tu vida en espera. Tienes responsabilidades, y aunque tu dedicación es admirable, debes considerar tu propio bienestar —Hizo una pausa, permitiendo que la gravedad de sus palabras calara hondo—. Joslyn no querría que dejaras de vivir por ella. Podría llevar años que se recupere.

Sus palabras fueron un suave empujón, recordándole a Fiona el mundo fuera del hospital, un mundo donde era más que solo la hermana de Joslyn, un mundo que también exigía su atención. La determinación de Fiona vaciló, y asintió lentamente, reconociendo la verdad en su consejo. Era un acto de equilibrio, uno que aún estaba aprendiendo a navegar: la atracción de las necesidades de su hermana frente a las exigencias de su propia vida. Su vida como agente, su vida con Jake. Se levantó, sintiendo el peso del consejo del doctor asentándose sobre ella como un manto que aprendería a llevar.

—Gracias, doctor —dijo.

Con el corazón apesadumbrado, Fiona empujó la puerta y salió del despacho del Dr. Keller. El olor estéril a antiséptico que siempre persistía en los pasillos del hospital pareció agudizar sus sentidos. Sabía que su deber como agente del FBI la esperaba. Sin embargo, la idea de dejar el lado de Joslyn la carcomía con la persistencia de una polilla atraída por la llama.

Recorrió el laberinto de pasillos, el sonido de sus tacones amortiguado por el suelo de linóleo. Cada paso la alejaba de las palabras del médico y la acercaba a Joslyn. El trabajo se acumularía en su escritorio: perfiles por crear, pruebas por analizar. Pero todo eso palidecía en comparación con los atisbos de esperanza a los que se aferraba desde que escuchó hablar a Joslyn.

Fiona se detuvo frente a la habitación de Joslyn, preparándose mentalmente. Al mirar a través del cristal de la puerta, vio a Joslyn, su pecho subiendo y bajando rítmicamente con cada respiración. Entró sigilosamente, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic.

La habitación estaba tenuemente iluminada, la única luz provenía del resplandor de los monitores que vigilaban constantemente las constantes vitales de Joslyn. Fiona se acercó a la cama, con la mirada fija en el rostro de Joslyn, buscando algún indicio de la hermana que una vez conoció.

Recordaba vívidamente aquel momento: cómo los labios de Joslyn se habían movido, formando el nombre de Fiona como un susurro llevado por el viento. Había sido una conexión fugaz, un breve emerger de las profundidades del trauma de Joslyn. Y sin embargo, desde entonces, el silencio había vuelto a imponerse.

—Joslyn —murmuró Fiona, aunque sabía que no habría respuesta. Estudió la expresión serena de su hermana, las oscuras pestañas descansando sobre las pálidas mejillas. El contraste entre la tranquilidad de Joslyn y el tumulto de las propias emociones de Fiona era desconcertante.

Era precisamente esa dicotomía la que mantenía a Fiona cautiva: un incesante tira y afloja entre sus obligaciones profesionales y el voto personal que había hecho de no abandonar a Joslyn nunca más. Si su presencia podía atraer a Joslyn de vuelta, aunque fuera momentáneamente, ¿cómo podía justificar alejarse?

Sin embargo, la parte realista de ella, moldeada por años de formación científica y la reciente disciplina del FBI, comprendía el precario equilibrio que debía mantener. La vida no podía ponerse en espera indefinidamente, ni siquiera por esto.

Fiona se acomodó en la silla junto a la cama de Joslyn, su postura cansada pero resuelta. El murmullo del hospital se desvaneció en un coro distante mientras se inclinaba cerca de la forma inmóvil de su hermana.

—Volveré pronto —susurró, su voz firme a pesar del peso de su promesa. Apretó suavemente la mano de Joslyn, buscando algún signo de respuesta, anhelando otro milagro como el que le había dado esperanza.

Una lágrima solitaria traicionó su fachada compuesta, deslizándose por su mejilla y cayendo sobre el lino blanco. Era un testimonio silencioso de los años de miedo e incertidumbre que habían culminado en esta frágil reunión. Fiona se secó la humedad con el dorso de su mano libre, fortaleciéndose contra la pena que amenazaba con abrumar su determinación.

—Joslyn, no estaré lejos —continuó, sus labios apenas moviéndose. Imaginaba que sus palabras eran un salvavidas, un faro para guiar a su hermana de vuelta desde donde fuera que su mente se hubiera retirado. Incluso en el silencio de la habitación, había una palpable sensación de conexión: un vínculo forjado de recuerdos compartidos y el lenguaje no hablado de los hermanos.

La vibración de su teléfono la sacó del momento, su zumbido insistente un recordatorio del mundo más allá de estas paredes. A regañadientes, Fiona soltó la mano de Joslyn y se puso de pie, sus movimientos lentos, como resistiéndose a la atracción de la realidad. Se inclinó hacia adelante y depositó un beso en la frente de Joslyn, una promesa silenciosa grabada en el gesto.

Con una última mirada a su hermana, Fiona salió al pasillo, donde la luz parecía demasiado brillante, los sonidos demasiado fuertes. Respiró hondo, estabilizándose antes de sacar el teléfono vibrante de su bolsillo. El nombre de Jake parpadeaba en la pantalla.

—¿Jake? —Su voz sonaba extraña en el pasillo estéril, haciendo eco en los suelos de linóleo y las paredes de bloques de hormigón pintadas. Escuchó, su mente ya cambiando de marcha, la máscara de la Agente Red deslizándose en su lugar sobre la hermana preocupada. Pero incluso mientras se preparaba para volver a su papel, su corazón permanecía anclado a la cabecera de la cama, fuertemente atado a la esperanza de que Joslyn encontrara el camino de vuelta a ellos.

La mano de Fiona aún estaba cálida por el contacto con Joslyn. El teléfono se sentía frío y ajeno contra su oreja. Parpadeó, adaptándose al brillo de las luces fluorescentes.

—Red, el jefe nos necesita —dijo Jake, cortando el silencio clínico con un tono de urgencia—. Tenemos un nuevo caso.

Se apoyó contra la pared, la superficie pintada fría a través de su blusa.

—¿Cuál es la situación?

—Los detalles son escasos, pero el jefe Whittaker mencionó que tu experiencia con bichos podría ser útil —Hubo un ruido al otro lado, papeles

o tal vez Jake pasándose la mano por el pelo, un hábito nervioso que había llegado a reconocer.

—Vale —respondió Fiona secamente, apartándose de la pared—. Estaré allí enseguida.

—Oye, Fiona —Jake dudó, y ella casi podía verlo entornando los ojos a través del teléfono, tratando de leerla como lo hacía con las escenas del crimen: meticulosamente, buscando lo que está oculto—. ¿Estás bien?

Hizo una pausa, agarrando el teléfono con más fuerza.

—Estoy en el hospital. Los médicos... creen que el estado de Joslyn es demasiado delicado para hacer pronósticos. No ha vuelto a hablar. No parecen creer que vaya a mejorar en mucho tiempo, si es que lo hace.

—Joder, Red —dijo Jake tras una pausa—. Lo siento mucho —La preocupación en su voz era palpable, incluso por teléfono—. Mantén el ánimo, Red. Nos vemos pronto —Sus palabras llevaban el peso de una promesa, un recordatorio de que no estaba sola en esto.

—Gracias, Jake —dijo ella, su voz firme a pesar del tumulto interior. Pulsó el botón de colgar y guardó el móvil en el bolsillo. Su mano se demoró allí, aferrándose a la tela como si de alguna manera pudiera anclarla al momento de apoyo que él le había brindado.

Se quedó inmóvil en el pasillo del hospital, los bulliciosos sonidos a su alrededor se desvanecían en un suave murmullo. Fiona cerró los ojos por un breve instante, permitiéndose el lujo de sentirse agradecida por Jake. Él la había visto en sus peores momentos, en sus instantes de duda y miedo, y aun así siempre estaba ahí, firme.

Cuando abrió los ojos, respiró hondo, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones. La gratitud que sentía hacia Jake se mezclaba con su determinación. Fiona sabía que debía recomponerse; había trabajo por hacer, y Joslyn habría querido que siguiera adelante.

Con una última mirada hacia la puerta que conducía a la habitación de Joslyn, Fiona se dirigió a la salida. Su andar era decidido, cada paso la alejaba del lugar de incertidumbre y la acercaba al terreno familiar de su trabajo de investigación. Como agente del FBI, la claridad y el orden eran

sus aliados, y se aferraba a ellos ahora mientras se abría paso entre la multitud de gente en el hospital.

Las puertas automáticas se abrieron y ella salió al mundo de nuevo, con el sol de la mañana brillando intensamente. Fiona no miró atrás. En su lugar, se centró en el camino que tenía por delante. Con Jake a su lado y el recuerdo de la voz de Joslyn alimentando su determinación, sabía lo que tenía que hacer.

Mientras caminaba hacia su coche, el aire fresco del invierno le resultaba como un bálsamo, despejando su mente. Fiona se deslizó tras el volante, sus manos firmes sobre él. El motor cobró vida con un ronroneo, un sonido que hablaba de movimiento y progreso. Salió del aparcamiento, con la mirada fija en la carretera. El Dr. Keller tenía razón: Joslyn no querría que Fiona se quedara esperando. Si había otro caso, entonces alguien más estaba en peligro, y Fiona tenía un trabajo que hacer.

CAPÍTULO DOS

Jake caminaba por el austero pasillo del FBI, sus pasos decididos resonando levemente en el suelo pulido. La luz matinal se filtraba a través de las persianas, proyectando largas sombras que parpadeaban a su paso. Ansiaba una distracción, un nuevo caso en el que sumergirse, algo que apartara su mente de la enmarañada red de acontecimientos de la última semana.

Su exnovia, Lauren, un capítulo cerrado definitivamente después de que tuviera su bebé y no se pareciera en nada a él, sino al otro hombre con el que había estado. El bebé de Lauren no era de Jake. Era un alivio, pero había dejado un vacío que no esperaba. Sus pensamientos se desviaron hacia Fiona y la imagen de ella cuidando con ternura a Joslyn, su hermana cuyo silencio se había roto finalmente después de una década de ausencia. El anhelo de tener una familia propia le reconcomía —un futuro con Fiona—, pero el momento no era el adecuado. No estaban preparados.

La urgencia del trabajo lo llamaba, prometiendo consuelo en el deber. Llegó al despacho del jefe Whittaker y golpeó con fuerza la puerta, sus nudillos marcando su impaciencia.

—Adelante —bramó una voz desde dentro, cargada de autoridad.

Jake empujó la puerta y entró. El jefe Whittaker estaba sentado detrás de su escritorio, una fortaleza de papeleo y responsabilidad, su bigote de manillar temblando mientras levantaba la vista.

—Buenos días, jefe —dijo Jake, con un tono uniforme, sin revelar nada del tumulto interior.

—Buenos días, Tucker —respondió Whittaker, entrecerrando ligeramente los ojos—. Siéntate.

Jake se fijó en la silla vacía a su lado, el sitio habitual de Fiona.

—¿Red aún no ha llegado? —preguntó, con un matiz de preocupación en sus palabras.

—Debería llegar en cualquier momento —dijo el jefe, desestimando la pregunta con un gesto de la mano—. Tenemos algo gordo entre manos.

Jake asintió, tomando asiento. Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, listo para sumergirse en lo que fuera que el jefe tuviera preparado. El trabajo era el ancla que necesitaba en ese momento, y estaba más que dispuesto a alejarse de las orillas de su vida personal para perderse en las profundidades de una nueva investigación.

Whittaker extendió una carpeta manila sobre el escritorio. Las palabras fueron escuetas:

—Jamie Lin, 31 años.

Los dedos de Jake rozaron el expediente, el contacto como una descarga estática al abrirlo. Dentro, una vida reducida a informes oficiales y fotos brillantes de una escena final y brutal. Los ojos oscuros de Jamie Lin le miraban desde las fotos, su cuerpo sin vida tirado en el suelo de la cocina. La luz del sol entraba por una ventana, proyectando un brillo inquietante sobre la sangre que se acumulaba a su alrededor.

Una frialdad familiar se instaló en el pecho de Jake. Ya había visto esto antes, no solo en el campo, sino en la cuna de su propio pasado. El rostro de su madre apareció en su mente, tumbada en su cocina, con la garganta cortada, su sangre en marcado contraste con las baldosas. Él tenía quince años. El recuerdo le sacudió, crudo e inesperado. El hombre que mató a la madre de Jake nunca fue atrapado, pero eso le empujó a convertirse en agente del FBI, rompiendo la tendencia de bomberos en su familia. Su madre también lo había sido, una heroína.

Jake tragó saliva con fuerza, obligando al fantasma a volver a las sombras de su mente. No dijo nada.

—Lin no es la primera —continuó Whittaker, ajeno a la tormenta privada que se desataba dentro de Jake.

Otro expediente cayó con un suave golpe junto al primero. Lena Chase, 29 años, otra mujer, otra cocina pintada en tonos de desesperación carmesí. Jake lo abrió. Las similitudes eran evidentes: otra garganta cortada, otra vida robada donde debería haberse encontrado consuelo.

—A las dos las dejaron desangrarse —murmuró Jake, con voz firme a pesar del temblor de dolor reavivado.

—Modus operandi idéntico —confirmó Whittaker. Sus ojos permanecieron fijos en Jake, sin perderse nada.

El jefe esperaba una reacción, quizás una señal de debilidad, pero Jake era un agente entrenado para compartimentar, para encerrar los demonios personales tras una fachada de profesionalidad. Se centró en los detalles, en los patrones que surgían del caos. Dos mujeres, dos vidas brutalmente terminadas dentro de la santidad de sus hogares, con una semana de diferencia.

—¿Alguna conexión entre ellas? —preguntó Jake, su cerebro aferrándose ahora al puzle, buscando el hilo que unía a estas víctimas.

—Bueno, ambas eran mujeres jóvenes y físicamente en forma. Jamie era artista marcial, y Lena era culturista de profesión —Whittaker se reclinó, su silla crujiendo bajo el cambio de peso—. Pero no parecían conocerse, al menos a primera vista. Tengo la sensación de que ahí es donde entras tú.

Jake asintió, aceptando el desafío tácito. Este caso no era solo una distracción; era una vocación. En algún lugar de estos expedientes estaba la clave para detener a un asesino, y tal vez, solo tal vez, una oportunidad para acallar los ecos de su propia pérdida.

Jake tragó el nudo que se le formaba en la garganta, las imágenes frente a él se difuminaban en un recuerdo que deseaba olvidar. Se obligó a hablar, su voz una cuchilla que cortaba el silencio.

—Jefe, ¿por qué dijo que la experiencia en entomología de Fiona sería relevante para esto? —La pregunta quedó suspendida entre ellos, aguda y urgente.

Antes de que el jefe Whittaker pudiera responder, la puerta se abrió de golpe con una explosión de energía que solo Fiona podía reunir en una mañana tan sombría. Respiraba agitadamente y su pelo rojo y rizado se escapaba de los confines de su coleta mientras se apresuraba a entrar en el despacho.

Jake captó su mirada de inmediato, leyendo la angustia grabada en sus pálidas facciones. Se le encogió el corazón; Fiona había estado en el hospital, conmocionada por otra ronda de malas noticias sobre Joslyn. En un instante, sus barreras profesionales se desmoronaron bajo el peso de las dificultades compartidas.

—Siento llegar tarde, el tráfico era un infierno —se disculpó Fiona, con la voz apenas por encima de un susurro.

—No pasa nada, Roja —dijo Jake, dedicándole una sonrisa forzada que no llegó a sus ojos. La habitación parecía más pequeña con ambos dentro, cada uno cargando su propia marca de dolor como pesadas capas sobre sus hombros.

Fiona se acercó al escritorio, sus ojos encontrándose con los marrones de Jake. Intercambiaron una mirada tensa, una conversación silenciosa pasando entre ellos. Lo sabe, pensó Jake. Puede ver a través de mí. No necesitaba explicar las sombras que atormentaban su mirada; Fiona entendía el dolor, sus fríos dedos envolvían su corazón con la misma fuerza.

El jefe Whittaker le extendió una carpeta a Fiona mientras ella se acomodaba inquieta en la silla junto a Jake.

—Roja, le estaba explicando a Tucker cómo tu experiencia podría ser útil —dijo el jefe con brusquedad—. Los dos, id a la página seis.

Fiona hojeó el expediente con precisión clínica, sus dedos deteniéndose al llegar a la página indicada. Jake se inclinó hacia delante, mirando por encima de su hombro, su corazón latiendo pesadamente en su pecho. Las fotos sujetas al informe eran espantosas, el papel blanco enmarcando la macabra danza de la muerte y la naturaleza.

Telarañas se extendían por las esquinas de la cocina donde Jamie Lin había exhalado su último aliento. No eran los hilos polvorientos y olvidados que uno podría encontrar en una casa abandonada; parecían casi intencionales, con un propósito. Las arañas se agazapaban en el centro de sus trampas de seda, como si estuvieran esperando.

Jake sintió que Fiona se tensaba a su lado, su brusca inhalación reflejando la suya propia. Por un momento, vio el rostro de su madre superpuesto al de la víctima, y tuvo que cerrar los ojos para desterrar la

imagen. Cuando volvió a mirar, se centró en los primeros planos: las víctimas, con la piel pálida y sin vida, con telarañas adheridas a ellas como sudarios.

—Parece que se metieron de lleno en una telaraña —murmuró Jake, con la voz más firme de lo que se sentía. Su mente corría, tratando de encajar la incongruencia de todo aquello. ¿Quién montaría semejante escena?

La mirada de Fiona permaneció fija en las fotografías, examinando cada detalle con la meticulosidad que venía de años estudiando las criaturas más pequeñas. Jake admiraba su capacidad para aislarse del mundo, para perderse en la búsqueda de respuestas. Era una escapatoria que él necesitaba desesperadamente ahora, una distracción del tumulto que amenazaba con desbordarse de su vida personal.

Jake observó cómo Fiona entrecerraba los ojos ante las fotos, sus labios moviéndose casi imperceptiblemente mientras contaba.

—Arañas tejedoras de orbe —dijo finalmente, señalando las imágenes brillantes con un dedo esbelto—. Normalmente están muertas para el invierno. Y aunque no lo estuvieran, no encontrarías tantas dentro de una casa.

El jefe se reclinó en su silla, el cuero crujiendo bajo su peso. Su bigote se movió ligeramente al hablar.

—Exactamente. Al principio, pensamos que podría ser alguna extraña coincidencia, pero ahora... —Dio un golpecito en la esquina del expediente y su voz se apagó.

—Patrón —terminó Jake por él, la palabra sabiendo a cobre en su lengua. La cocina de la segunda víctima había sido una copia exacta de la primera: las mismas telarañas inquietantes colgando como cortinas, los mismos cuerpos sin vida atrapados en ellas. Dos mujeres, dos casas, demasiado similares para ignorarlo.

Fiona levantó la vista de los archivos, su expresión solemne.

—El asesino está plantando estas arañas —afirmó, su tono sin dejar lugar a dudas. Sus dedos recorrieron los bordes de las fotografías como si pudiera sentir los hilos de seda a través del papel—. Pero, ¿por qué? Las tejedoras de orbe son inofensivas, su veneno no es lo suficientemente

potente como para preocupar a un humano. ¿Qué mensaje está tratando de enviar el asesino? —Fiona negó con la cabeza, sus rizos rojos rozando sus mejillas—. Es simbólico, tal vez —sugirió—. Las arañas son depredadoras, después de todo, aunque no peligrosas.

—Es teatral, deliberado —dijo Jake, tratando de ver la lógica detrás de la locura. Una declaración de poder, de control; el asesino tejiendo su propia narrativa con cada víctima atrapada en su red. Era retorcido, pero tenía una especie de sentido.

El jefe Whittaker se reclinó en su silla, el cuero crujendo bajo su peso. Con un gesto desdeñoso, le entregó el último de los archivos a Fiona.

—Guardad las teorías para vuestros informes —dijo secamente—. La escena del crimen de Jamie Lin ha sido preservada. Os quiero allí lo antes posible.

Fiona asintió, sus ojos ámbar alternando entre Jake y el jefe, la gravedad de la situación reflejándose en sus facciones. Cerró el archivo con un suave golpe, un acuerdo silencioso a las órdenes del jefe.

Jake se puso en pie, notando la rigidez en sus miembros por haber estado sentado demasiado tiempo. Su mente ya estaba haciendo la transición del caos de su vida personal al enfoque metódico que requería en el campo. Miró a Fiona, observando la palidez de su piel que delataba la visita al hospital de la que acababa de regresar. Su preocupación reflejaba la suya propia; ambos buscaban una vía de escape en el trabajo que les esperaba.

—Vamos, Red —dijo Jake, con voz firme, a pesar del tumulto en su interior. Había visto muchas escenas del crimen en su carrera como agente del FBI, pero pocas le habían recordado tan intensamente lo que le había ocurrido a su madre. Era casi un calco exacto, salvo por las arañas. Jake apartó ese pensamiento, recordándose que debía centrarse en el presente. Había lidiado con todo lo que esta carrera le había deparado hasta ahora; podría lidiar con esto también.

CAPÍTULO TRES

Fiona salió del coche y se adentró en la gris mañana de Portland. El aire fresco le mordía las mejillas mientras se acercaba a la casa adosada de Jamie Lin, una estructura de tres plantas con una fachada moderna que contrastaba con el sombrío ambiente que envolvía la escena. La cinta amarilla ondeaba como guirnaldas mórbidas, acordonando un perímetro repleto de agentes uniformados.

—Agentes Red y Tucker —anunció Fiona con firmeza mientras pasaban bajo la cinta. Su voz transmitía autoridad, un rasgo que había perfeccionado desde que se convirtió en agente del FBI, aunque su corazón latía acelerado con cada nueva escena del crimen, un eco del misterio que aún atormentaba su propio pasado.

—Criminalística está esperando su autorización —dijo un agente, señalando hacia la puerta principal abierta donde los técnicos con trajes blancos aguardaban, listos para reanudar su meticuloso trabajo.

—Gracias —respondió Jake, con un tono profesional, muy distinto de las bromas que reservaba para los momentos a solas con Fiona. Juntos, entraron en la casa, sus zapatos silenciosos sobre el suelo de madera pulida.

El vestíbulo estaba intacto, ajeno al caos que seguramente se había desatado en el interior; el único testimonio de la tragedia era la delicada telaraña que se extendía desde un perchero cercano hasta el techo. La mirada de Fiona se fijó en las telas de araña orbe, sus intrincados patrones brillando tenuemente con la luz que se filtraba por la ventana del vestíbulo. Se sabía que esta araña en particular tejía sus telas con bastante rapidez.

—Parece que Jamie podría haberse topado con estas al llegar a casa —reflexionó Fiona en voz alta, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz. Casi podía imaginarlo: Jamie Lin, desprevenida, rozando los hilos de seda, su atención desviada justo el tiempo suficiente para que el asesino hiciera su movimiento.

Fiona se arrodilló para examinar más de cerca la telaraña, sus delicados hilos captando la luz. Las arañas orbe eran un detalle peculiar, demasiado específico para ser una coincidencia. Se levantó, sacudiéndose las rodillas, y cruzó una mirada con Jake.

—Ambas víctimas vivían solas —dijo Jake, con el ceño fruncido mientras consideraba la escena—. Es personal. Las está eligiendo, observándolas.

—Aprendiendo sus rutinas —añadió Fiona, su mente explorando posibilidades. Recordó los expedientes que habían estudiado, la vida de cada mujer reducida a informes y fotografías—. Jamie estaba en su estudio de artes marciales, Lena en el gimnasio. Sus rutinas le dieron ventanas de oportunidad.

—Cierto —asintió Jake—. Necesitaba tiempo para preparar todo esto —su voz era firme, pero Fiona sabía que los engranajes estaban girando en su mente, componiendo el perfil del asesino. Mujeres fuertes y disciplinadas, ambas encontraron el mismo final brutal en sus propios hogares.

El piso parecía más pequeño ahora, claustrofóbico con el peso de lo ocurrido. Fiona miró alrededor una vez más, las paredes parecían cerrarse con secretos justo fuera de su alcance. Se enfrentaban a alguien metódico, paciente, un cazador acechando a su presa.

—Definitivamente no es al azar —confirmó, con tono uniforme. Era una elección calculada, el asesino demostraba un conocimiento íntimo de sus vidas. Las arañas, los asesinatos, era una danza macabra coreografiada hasta el más mínimo detalle.

Los ojos de Jake se encontraron con los suyos, un acuerdo silencioso pasando entre ellos. Ambos lo pensaban: Esto era solo el comienzo. Quien estuviera detrás de esto tenía un mensaje, y seguiría matando hasta que se escuchara alto y claro.

Fiona cruzó con cuidado el umbral, sus ojos escaneando una vez más la entrada del piso. Se movía con determinación, el peso de su placa un recordatorio constante de la responsabilidad que ahora cargaba. Necesitaban encontrar algo que la policía local hubiera pasado por alto.

—Por aquí —llamó a Jake, con voz baja y firme.

Jake siguió su indicación, su mirada recorriendo la habitación antes de posarse en Fiona. Ella señaló hacia el frente de la casa adosada donde una ventana estaba entreabierta, las cortinas ondeando ligeramente con la brisa en el hogar por lo demás silencioso.

—Segundo piso —dijo Fiona, señalando hacia arriba—. Está abierta.

—Un error común —observó Jake mientras se unía a ella, examinando la abertura que dejaba entrar el frío aire de Portland—. La gente se olvida de cerrar las ventanas del segundo piso. Es fácil pensar que estás a salvo a esa altura.

—Fácil para alguien trepar cuando sabe que no hay nadie en casa —añadió Fiona, su mente acelerada con las posibilidades. El asesino había estado aquí, en este espacio, tejiendo una trampa mortal. Sintió que su pulso se aceleraba ante la idea.

—Vamos arriba —dijo Jake, con voz firme. Tomó la delantera, subiendo los escalones de dos en dos. Fiona le siguió, su mano rozando la barandilla.

Arriba, encontraron la ventana en cuestión. Un pequeño balcón daba a la calle, proporcionando fácil acceso desde el exterior. La habitación estaba ordenada, casi estéril. Un gimnasio en casa dispuesto con precisión. Una esterilla de yoga plegable a un lado y una pesa rusa en otro. Dos botellas de agua descansaban en una estantería junto a un pequeño equipo de música.

Fiona se acercó a la ventana, asomándose por el borde del balcón.

—No es fácil, pero tampoco imposible —dijo a Jake, con el ceño fruncido pensativa.

Jake asintió lentamente. Se agachó cerca del alféizar, sus dedos trazando algo que Fiona no podía ver desde donde estaba.

—Ahí —dijo, poniéndose de pie y señalando una leve marca de raspadura en el alféizar. Apenas era visible contra la pintura oscura—. Usó algo para subir hasta aquí.

La huella de evidencia era escalofriante en su simplicidad: un pequeño fragmento de realidad que confirmaba sus teorías sobre este asesino metódico.

Ambos escudriñaron la habitación una vez más antes de salir.

En silencio, se dirigieron al dormitorio de Jamie. La estancia estaba decorada con recuerdos personales: fotos en su tocador mostraban a Jamie con amigos y familia; carteles de ídolos de artes marciales adornaban las paredes; una pila de trofeos relucía en una estantería de la esquina.

—La segunda víctima vivía en su propia fortaleza —observó Fiona en voz baja—. Mujeres fuertes... viviendo solas... atacadas en sus casas.

Jake se unió a ella junto a la cama, donde un libro abierto yacía al lado de una lámpara de lectura, marcando los últimos momentos de Jamie antes de que la tragedia golpeará.

—La tercera víctima podría ser la siguiente —dijo con gravedad.

Fiona le miró fijamente. Ambos sabían lo que estaba en juego. Tenían que atrapar a un asesino antes de que alguien más acabara como Lena y Jamie.

El resto del piso estaba meticulosamente organizado. Decía mucho sobre Jamie Lin, el tipo de disciplina con la que vivía. Todo tenía su lugar: trofeos de artes marciales alineados en una estantería, libros ordenados por altura, y ni un solo plato fuera de su sitio en los armarios de la cocina.

Fiona se quedó de pie en medio del salón, su mirada siguiendo las delicadas telarañas que se extendían por la entrada. La voz de Jake atrajo su atención de nuevo.

—No solo está matando; está montando un espectáculo con estas arañas —dijo, con un tono sombrío.

—Tácticas de distracción —asintió Fiona, ajustándose las gafas mientras consideraba lo que esto significaba. El asesino era astuto, usando el miedo y la confusión a su favor—. Quizás disfruta del poder, del caos que crea.

—Podría ser un resentimiento profundo hacia las mujeres que se saben defender —añadió Jake, con la mandíbula tensa—. Alguien que se siente superado por mujeres fuertes.

—O amenazado por ellas —replicó Fiona, las palabras dejando un sabor amargo. Miró alrededor del piso una vez más, sus ojos escrutando cada

rincón en busca de algo que pudieran haber pasado por alto. Las arañas tejedoras parecían casi una firma, una burla del asesino.

—Vamos a terminar aquí —dijo Jake. Hizo un gesto al equipo forense que había estado esperando pacientemente—. Revisadlo todo. Necesitamos todo el ADN y las pruebas que podáis encontrar.

—Sed minuciosos —dijo Fiona a los analistas forenses. Su mente corría con posibilidades, pero sabía la importancia de las pruebas concretas. Necesitaban algo tangible que les llevara hasta la puerta del asesino.

Con su parte terminada, Fiona siguió a Jake a través de la puerta principal. Salieron al frío de la mañana, el cielo pálido y el aire fresco. Se ajustó la chaqueta, intentando protegerse del frío y de la inquietud que se le había pegado después de estar dentro de la casa de Jamie. Se quedó en silencio junto a Jake durante unos momentos antes de notar que él miraba de nuevo al piso con algo parecido a la nostalgia en sus cálidos ojos marrones.

—Me recuerda a donde crecí —dijo Jake, su voz más apagada de lo habitual—. Cenas familiares, noches de juegos... hasta que dejó de serlo.

El recuerdo de la revelación de Jake golpeó a Fiona de nuevo. Su madre, sin vida en la cocina, una escena que ahora quedaba impresa en su carrera y motivación. Era una herida que nunca sanaba del todo, una agonía privada que había visto aflorar en casos como estos. Este, especialmente, debía ser un detonante para él; al fin y al cabo, cada víctima había sido encontrada en su cocina.

—Este caso... debe recordarte a aquello —aventuró con cautela.

Los ojos de Jake se encontraron con los suyos, un destello de vulnerabilidad antes de que las persianas bajaran.

—Sí, remueve cosas. Pero estoy bien, Pelirroja. Tenemos trabajo que hacer —su tono no dejaba lugar a debate, aunque no podía enmascarar la sombra que cruzó sus facciones.

Fiona asintió, aunque la preocupación le anudaba el estómago. Sabía que era mejor no insistir; Jake tenía muros que no eran fáciles de escalar. En su lugar, volvió a centrarse en el caso que tenían entre manos.

—Los compañeros de Jamie podrían saber algo sobre sus últimos días —sugirió Jake, dirigiéndose hacia su vehículo.

—Podrían darnos una idea de cualquier irregularidad en su rutina, alguien que mostrara un interés indebido —asintió Fiona. Necesitaban entender a Jamie Lin más allá de la cinta policial y las paredes silenciosas de su piso.

—Vamos a su gimnasio de artes marciales —dijo Jake, con paso decidido.

Fiona se puso a su lado, su mente ya catalogando preguntas para los asociados de Jamie. Patrones, comportamientos, cualquier cosa que pudiera acercarlos a entender al depredador que cazaban, uno que parecía acechar a mujeres de fuerza y disciplina.

CAPÍTULO CUATRO

Fiona entró en el gimnasio de artes marciales, el aroma a sudor limpio y madera pulida inundando sus sentidos. La luz de media mañana se colaba por las ventanas, iluminando la hilera de tatamis dispuestos en filas ordenadas en el suelo. Casi podía oír el eco de una clase en plena sesión, los agudos gritos de kiai resonando en el aire. Aquí era donde Jamie Lin había perfeccionado su arte, donde había estado con vida por última vez antes de que la noche se tornara asesina.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el recepcionista, sacando a Fiona de sus pensamientos.

—Agente Red, FBI —se presentó escuetamente, mostrando su placa. A su lado, Jake hizo lo mismo, con movimientos seguros y rápidos.

—Agente Tucker —dijo él, con un tono de urgencia en su voz.

El joven detrás del mostrador palideció ligeramente. Asintió, ansioso por ayudar.

—Me enteré de lo de Jamie —dijo, con voz teñida de incredulidad—. Era... una de nuestras mejores. —Las palabras parecían inadecuadas, pesando en el aire entre ellos—. Era increíble tanto como alumna como profesora.

—¿Daba clases aquí a menudo? —preguntó Fiona, su mente catalogando cada detalle.

—A veces, las clases infantiles —el recepcionista hizo un gesto vago hacia los tatamis—, se le daba de maravilla con los niños.

Fiona asimiló la información, su mirada demorándose en el espacio abierto donde la presencia de Jamie Lin era ahora solo un recuerdo. El silencio del gimnasio contrastaba con el violento final que había encontrado, sola en su casa. Fiona pensó en las arañas orbicularias que había dejado atrás, sus telas un espeluznante testimonio de la firma del asesino.

—¿Hay algo más que puedas contarnos sobre su tiempo aquí? —inquirió Jake, con un tono suave pero inquisitivo.

El recepcionista negó con la cabeza, su sinceridad evidente.

—Era muy dedicada, siempre la primera en llegar. Es difícil creer que se haya ido —añadió, bajando la voz.

Fiona notó el ligero temblor en sus palabras, la forma en que sus ojos no llegaban a encontrarse con los suyos. La muerte de Jamie Lin no solo había arrebatado una vida; había proyectado una sombra sobre este lugar de fuerza y disciplina. La cruda realidad de la mortalidad había traspasado estas paredes. Y en algún lugar ahí fuera, un asesino estaba tejiendo una red de violencia que tenían que desenmarañar.

Fiona observó al recepcionista, notando cómo sus manos se movían inquietas sobre el mostrador.

—¿Puedes describir a Jamie? ¿Sus hábitos, su comportamiento? —preguntó.

—Claro. —Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos—. Jamie era... intensa. Se tomaba el entrenamiento en serio, y me refiero más allá de lo físico. Era como una filosofía para ella —dijo con una reverencia que rayaba en la admiración—. Disciplina, respeto, todo eso. Lo vivía.

—¿Independiente? —intervino Jake, inclinándose más cerca.

—Totalmente. Se encargaba de todo ella misma, nunca pedía ayuda a menos que realmente la necesitara. —El recepcionista enderezó una pila de folletos, evitando su mirada—. Tenía un aura, ¿sabes? Fuerte, inquebrantable. Muchos de nosotros la admirábamos por eso.

Fiona asintió, imaginando a Jamie moviéndose por los tatamis con determinación, la encarnación del poder controlado. Casi podía verla allí —un espectro de resiliencia— dejando huellas en los corazones y mentes que había tocado.

—¿Tenía muchos amigos aquí? —indagó Fiona, buscando conexiones, hilos que seguir en la enmarañada red de la investigación.

—Algunos —respondió—. Aunque mayormente solo conocidos. Era amable pero reservada. Era difícil acercarse realmente a ella.

—Gracias —dijo Fiona, ofreciendo una pequeña sonrisa. Percibió la inquietud detrás de sus palabras, la mezcla de respeto y distancia que Jamie había impuesto incluso en vida.

Jake sacó una fotografía, sus bordes arrugados por el manejo.

—¿Has visto alguna vez a esta mujer por aquí? Lara Chase —preguntó, colocando la foto sobre el mostrador.

El joven examinó la imagen, luego negó con la cabeza.

—No, no me suena. Lo siento.

—¿Estás seguro? —insistió Fiona, esperando un atisbo de reconocimiento.

—Segurísimo. Conozco de vista a la mayoría de los habituales, y ella no es una de ellos.

—Vale, gracias. —Jake recuperó la foto, guardándola de nuevo en su chaqueta. La ausencia de Lara en el gimnasio estrechaba su campo de búsqueda, pero no cerraba ninguna puerta, al menos no todavía.

Fiona cambió el peso de su cuerpo, las suelas de sus botas aferrándose al suelo pulido del gimnasio de artes marciales. Su mirada se detuvo en el rostro del recepcionista, buscando la verdad en sus ojos.

—¿Jamie mencionó alguna vez sentirse observada o seguida? —preguntó, con voz firme.

El recepcionista dudó un momento, luego negó con la cabeza.

—No, nada de eso —dijo, sus palabras rápidas y seguras. Pero entonces hizo una pausa, frunciendo el ceño como si estuviera escarbando en sus recuerdos—. Aunque hubo un tipo, vino hace unas semanas. Estaba... raro.

—¿Raro en qué sentido? —indagó Fiona, inclinándose ligeramente.

—Obsesionado, más o menos —respondió el recepcionista, mirando por encima de su hombro como si esperara que el hombre apareciera—. Quería que Jamie le entrenara específicamente, pero ella no daba sesiones privadas a adultos. Solo a niños. —Tragó saliva, su nuez de Adán subiendo y bajando—. Cuando le dijimos que no, se puso como loco. Tuvimos que pedirle que se marchara y no volviera.

—Suenas como si pudiera ser importante —intervino Jake, frunciendo el ceño—. ¿Quién era este tipo?

—Déjame buscar sus datos de socio —ofreció el recepcionista, girándose hacia el ordenador de sobremesa a su lado. Sus dedos bailaron sobre el teclado, los clics resonando débilmente en el silencioso gimnasio.

Fiona observaba cómo la pantalla parpadeaba mientras el recepcionista navegaba por el sistema. Una imagen se materializó: un hombre con la mandíbula apretada y una mirada que no llegaba a encontrarse con el objetivo de la cámara. Victor Harmon, rezaban las letras en negrita bajo la foto. Parecía rondar los cuarenta, con el pelo más cano que oscuro.

—Victor Harmon —dijo el recepcionista, como si confirmase el nombre también para sí mismo.

—Gracias —dijo Fiona, su mente ya barajando las posibilidades. Observó las líneas grabadas alrededor de los ojos del hombre, la tensión de sus labios: un semblante que hablaba de frustración y determinación inflexible.

Jake se inclinó más cerca, sus ojos escrutando la imagen.

—¿Puede imprimírnosla?

—Por supuesto —dijo el recepcionista, pulsando una tecla. La impresora cobró vida, escupiendo una hoja con los datos de Victor Harmon al mundo físico.

—¿Hay algo más que pueda decirnos sobre este tío? —preguntó Jake, cogiendo la impresión del recepcionista.

—Solo que Jamie no parecía asustada, solo molesta. Como si fuera una mosca revoloteando demasiado cerca de su comida —dijo, esbozando una débil sonrisa—. Era dura como el acero, ¿saben?

Fiona asintió, echando un último vistazo a la sala. Podía imaginar a Jamie Lin moviéndose entre los jóvenes estudiantes, una fuerza de intensidad y dedicación. A pesar de la violencia de su final, en este estudio se la recordaba como fuerte y disciplinada. Una figura digna de admiración.

—Gracias por su ayuda —dijo Jake, doblando la impresión y guardándola en su bolsillo—. Nos pondremos en contacto si tenemos más preguntas.

—Por supuesto —dijo el recepcionista, con la mirada sombría—. Lo que sea para ayudar a encontrar a quien le hizo esto a Jamie.

Al salir del estudio, Fiona y Jake intercambiaron una mirada. Victor Harmon era lo más parecido a una pista que tenían hasta ahora, y tenían que desenterrar todo lo que pudieran sobre él.

Fiona tocaba la pantalla de su tableta, el resplandor del sol matutino reflejándose en el cristal y cegándola momentáneamente. Incluyó el dispositivo, protegiéndolo con su cuerpo mientras accedía a la base de datos del FBI. A su lado, Jake permanecía inmóvil, con las manos apoyadas en el volante, los ojos fijos en la entrada del estudio de artes marciales al otro lado del aparcamiento.

—¿Has encontrado algo? —preguntó, sin girar la cabeza, pero su tono era expectante, esperanzado por una pista.

Fiona no respondió de inmediato, su concentración estrechándose mientras escudriñaba la huella digital de Victor Harmon. No tardó mucho en que su búsqueda diera resultados, y lo que encontró la sacudió.

—Es entomólogo —murmuró, más para sí misma que para Jake.

—¿Como tú? —la voz de Jake se quebró con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Era —corrigió Fiona sin levantar la vista, sus dedos deslizándose por la pantalla. Sus ojos se abrieron tras sus gafas mientras leía más—. Trabajaba en el conservatorio de mariposas. Pero... —Su voz se apagó, formándose un nudo en su estómago.

—¿Pero qué? —insistió Jake, la preocupación dibujándose en sus facciones mientras finalmente la miraba.

Ella dudó, sintiendo una extraña sensación de traición. Uno de los suyos —un hombre dedicado al estudio de los insectos— había caído tan bajo.

—Le despidieron —dijo, con la voz tensa—. Por acosar sexualmente a una compañera de trabajo.

La mandíbula de Jake se tensó visiblemente, un músculo palpitando en su mejilla.

—Entonces podría ser nuestro hombre —su voz era baja, un gruñido de ira ante la injusticia—. Se obsesiona con las mujeres, no puede manejar el rechazo.

—Eso parece —dijo Fiona, aunque sabía que necesitaban más que un pasado problemático para armar un caso. Siguió desplazándose, buscando cualquier hecho que pudiera vincular a Victor Harmon con Jamie Lin más allá de las paredes del estudio de artes marciales. Cada deslizamiento se sentía más pesado que el anterior, cada detalle añadiendo peso a la sombra que ahora se cernía sobre su investigación.

—¿Algo más? —preguntó Jake, extendiendo la mano para arrancar el coche. El motor cobró vida, una suave vibración bajo sus asientos.

—Nada aún —dijo Fiona, su determinación endureciéndose. No descansaría hasta que cada pieza de la vida de Victor Harmon quedara al descubierto, hasta que tuvieran suficientes pruebas para ponerlo tras las rejas o limpiar su nombre. Se lo debía a Jamie Lin, a Lena Chase y a la silenciosa súplica de justicia que resonaba desde cada rincón de la morgue en casa.

Fiona pasó el aviso de despido, sus ojos escaneando cualquier indicio de los intereses de Victor que pudiera ser relevante.

—¿Tenía algo con las arañas, quizás? —preguntó Jake, sus dedos tamborileando en el volante.

—Déjame comprobarlo —. Tocó y deslizó, el suave resplandor de la pantalla de la tableta iluminando su expresión concentrada. Cada artículo, cada publicación que encontraba solo reforzaba lo que ya sabían; Victor estaba obsesionado con las mariposas, no con las arañas—. No, solo mariposas —dijo finalmente Fiona—. Incluso publicó un artículo sobre los patrones de migración de las Monarca.

—Qué lástima —murmuró Jake—. Habría sido un buen vínculo con las arañas orbiculares de nuestras escenas del crimen.

—Quizás demasiado ordenado —consideró Fiona. La complejidad de la naturaleza humana rara vez encajaba en cajas ordenadas, especialmente

cuando se trataba de la enmarañada red de la mente de un asesino.

—¿Dónde trabaja ahora? —la pregunta de Jake devolvió a Fiona a la tarea en cuestión.

—Aquí está —murmuró Fiona mientras localizaba la sección de empleo actual en el expediente de Victor—. Dirige un bar de batidos, justo al final de la calle del estudio de Jamie.

—¿Bebidas saludables, eh? —el tono de Jake era especulativo—. Jamie estaba en forma, seguramente le gustaba tomarse un batido después de entrenar.

—Podría ser —admitió Fiona. La proximidad no era una prueba, pero sí una conexión, otro hilo que podría acercarlos a su sospechoso—. Puede que Lena también fuera clienta.

—Vamos a hacerle una visita a este aficionado a las mariposas —dijo Jake mientras ponía el coche en marcha, y el motor respondió con un suave ronroneo.

—De acuerdo —dijo Fiona apagando la tableta, su mente ya anticipándose. Tenían que actuar con cautela, observar a Victor Harmon en su entorno natural. Era hora de ver si el antiguo entomólogo aún conservaba su instinto depredador.

CAPÍTULO CINCO

Jake pudo sentir el cambio palpable cuando él y Fiona cruzaron el umbral del bar de batidos. Miró a Fiona, notando la determinación férrea que tensaba sus facciones. El aire estaba cargado con el aroma de fruta fresca y el zumbido de las conversaciones, una fachada de normalidad que no acababa de llegarle a los sentidos. Los clientes, vestidos con ropa deportiva, holgazaneaban en taburetes de colores vivos, sus risas flotando en el aire como confeti.

Avanzaron por el local, cada paso deliberado, una comunicación silenciosa pasando entre ellos. Este era el momento: su oportunidad de acorralar a un sospechoso, de desvelar las capas de engaño. La mirada de Jake se posó en Harmon, que estaba detrás del mostrador, un modelo de eficiencia y compostura. Sus manos mezclaban y vertían con destreza, en una danza de memoria muscular y encanto practicado. Era casi hipnótico cómo su presencia tranquila dominaba el espacio.

La fachada de Harmon no revelaba nada, cada sonrisa medida, cada gesto controlado. Pero Jake sabía que había algo más. Bajo ese exterior pulido podría acechar una oscuridad que habían visto demasiado a menudo: violencia disfrazada de tranquilidad. La yuxtaposición le carcomía, un recordatorio del asesinato sin resolver de su madre, la injusticia que alimentaba su implacable búsqueda de la verdad.

La visión de Harmon, tan sereno entre sus licuadoras y productos ecológicos, chocaba con las imágenes grabadas en la mente de Jake: dos mujeres, sus vidas brutalmente arrebatadas, rodeadas por las delicadas telas de araña. Las criaturas habían estado fuera de lugar en aquellas escenas domésticas, al igual que este hombre parecía fuera de lugar aquí, detrás del mostrador de este oasis saludable.

Una tensión comenzó a acumularse en el pecho de Jake, enroscándose como un muelle. Sintió un impulso instintivo de confrontar, de hacer añicos la paz con preguntas duras y exigencias de respuestas. Sin embargo, se

contuvo, permitiendo que Fiona tomara la iniciativa, confiando en su aguda mirada y mente afilada para guiarlos a través de este precario encuentro.

Su presencia no había pasado desapercibida. Los susurros giraban a su alrededor, la curiosidad avivada por su decidido acercamiento, desentonando con su atuendo profesional. La atención de Jake permanecía indivisa, fija en Harmon, esperando el momento en que la fachada se desmoronara, cuando el sospechoso revelara su verdadera naturaleza.

Jake observó cómo Fiona avanzaba, sus rizos rojos un contraste ardiente con los blancos y verdes estériles del bar de batidos. Su confianza era palpable, incluso desde atrás; se movía con una facilidad que desmentía su reciente transición al trabajo de campo. La admiraba por ello: la forma en que podía combinar autoridad con una gracia casual. Era un talento que reconocía pero que nunca había llegado a dominar del todo.

La siguió, manteniendo la distancia justa para permitir que Fiona dominara el espacio. Sus ojos permanecieron fijos en Harmon, evaluando cada espasmo y giro del hombre. La mano de Jake descansaba sutilmente cerca de su placa, lista para presentarla en el momento adecuado. El murmullo de las conversaciones a su alrededor comenzó a disminuir mientras se acercaban al mostrador.

—¿Victor Harmon? —la voz de Fiona cortó el zumbido de las licuadoras.

Harmon levantó la mirada, su sonrisa profesional vacilando por un segundo.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarles?

—Somos del FBI —dijo Fiona, mostrando su placa con un giro practicado.

Jake hizo lo mismo, sintiendo cómo el peso de la sala cambiaba. Las miradas se dirigieron hacia ellos y luego se apartaron rápidamente, como si el contacto pudiera atraer una atención no deseada.

—¿Quizás podríamos hablar en privado? —sugirió Fiona, con un tono educado pero firme.

Un destello de sorpresa cruzó el rostro de Harmon —los ojos se ensancharon, el cuerpo se quedó inmóvil— como si la realidad de la

situación acabara de golpearle. Luego, como si alguien hubiera pulsado el botón de reproducción de nuevo, reanudó el movimiento, volviendo una sonrisa a sus labios.

—Por supuesto —respondió, aunque la tensión era evidente en su sonrisa—. Por favor, síganme.

Se dirigieron hacia la sala de descanso, dejando atrás el colorido bullicio del bar. Fiona caminaba con determinación, cada paso medido y seguro. Jake echó un último vistazo por encima del hombro a los clientes, ahora de nuevo absortos en sus batidos de frutas y conversaciones sobre fitness. El intenso aroma a cítricos y jengibre persistía en el aire mientras la puerta se cerraba tras ellos, aislándolos del mundo exterior.

Jake observó cómo Fiona cuadraba los hombros, las líneas de su rostro fijas en determinación. Se encontraban bajo la luz estéril de la sala de descanso, la puerta cerrándose tras ellos con un clic, aislando el animado parloteo del bar de batidos. El espacio era pequeño, abarrotado con una sola mesa y dos sillas. Harmon se posó en el borde de un asiento, su postura rígida y alerta.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre Jamie Lin —dijo Fiona, su voz firme, pero Jake podía oír la corriente subyacente de acero.

El rostro de Harmon se crispó, las comisuras de su boca se tensaron durante una fracción de segundo antes de recuperar el control.

—¿Jamie? —repitió, sus manos traicionándole con un sutil temblor—. ¿Qué pasa con ella?

Fiona se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos sin abandonar nunca el rostro de Harmon.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—La... la semana pasada —tartamudeó Harmon, el pulso visible en su garganta—. Viene a veces, a por un batido.

Una descarga de adrenalina sacudió a Jake. Permaneció en silencio, observando. Notó cada cambio en el comportamiento de Harmon, el nervioso parpadeo de sus ojos, la forma en que su mandíbula se tensaba y luego se relajaba. Era como ver a un insecto atrapado en un tarro: alas aleteando contra el cristal, desesperado por escapar.

—Tus interacciones con Jamie —insistió Fiona—, ¿eran amistosas?

—Por supuesto —espetó Harmon, con un deje defensivo en su tono. Sus hombros se tensaron y cruzó los brazos sobre el pecho como si se protegiera del escrutinio.

—¿Alguna vez te negó algo? ¿Clases de artes marciales, quizá? —Su pregunta sonaba casual, pero cortó el aire como una cuchilla.

—No veo qué relevancia tiene eso —replicó Harmon, con palabras secas, su fachada de calma anterior ahora agrietada por la irritación.

Un intercambio silencioso pasó entre Fiona y Jake, un reconocimiento compartido de la verdad entre mentiras. Admiraba la compostura de Fiona, cómo navegaba el interrogatorio con precisión, un testimonio de su reciente formación y comprensión innata del comportamiento humano.

—¿Estás seguro de que no hubo nada inusual en vuestro último encuentro? —intervino finalmente Jake, con voz baja y controlada.

—Nada —insistió Harmon, aunque su mirada se desvió, incapaz de sostener la de Jake.

Jake alcanzó la fotografía plastificada en el bolsillo de su abrigo mientras las manos de Harmon se estabilizaban en la encimera, el temblor ahora un recuerdo lejano. Deslizó la foto sobre la superficie lisa hacia él, y se detuvo bajo el agarre tentativo de Harmon.

—¿Has visto a esta mujer antes? —preguntó Jake, con tono uniforme, los ojos fijos en el rostro de Harmon buscando cualquier señal reveladora de reconocimiento o engaño.

Los ojos de Harmon bajaron a la imagen—Lena Chase, músculos definidos, su mirada fuerte e inquebrantable incluso en la quietud. Dudó, luego asintió casi imperceptiblemente.

—Ha venido antes, quizá —dijo, su voz sin revelar nada más que un atisbo de incertidumbre.

—¿Quizá? —presionó Jake, sintiendo que la vaguedad era un velo fino sobre algo más sustancial.

—Sí, quizá —repitió Harmon, devolviendo la foto con una indiferencia cuidadosa que parecía ensayada.

La observación de Jake se vio interrumpida por el sutil cambio de postura de Fiona—una señal de que ella tomaba la iniciativa. Se inclinó ligeramente, sus ojos intensos tras la superficie reflectante de sus gafas. Su siguiente línea de preguntas pareció pillar a Harmon desprevenido, una táctica perfeccionada en sus muchos casos juntos.

—Victor, hablemos de las arañas tejedoras de orbes —comenzó, sus palabras tejiendo una red de curiosidad alrededor de Harmon—. Tengo entendido que fuiste entomólogo en algún momento.

—Ah, sí —respondió Harmon, su confusión evidente mientras ajustaba su delantal—. En otra vida, supongo.

—¿Tu trabajo involucraba arácnidos? —sondeó Fiona suavemente, pero con firmeza, su conocimiento como entomóloga dando autoridad a sus preguntas.

—¿Arácnidos? —repitió Harmon, casi riendo—. No, no, nunca me gustaron esas criaturas. Demasiadas patas. Mi enfoque eran las mariposas. Lepidópteros—su belleza, su metamorfosis. —Sus manos, antes temblorosas, ahora describían animadamente el suave aleteo de las alas, y por un momento, su pasión brilló a través de la fachada de calma.

—Interesante —reflexionó Fiona, anotando algo en su pequeña libreta de cuero—. Entonces, ¿ningún interés en las arañas? ¿Ni siquiera en las tejedoras de orbes?

—Definitivamente no —afirmó Harmon, una sombra cruzando su rostro—. Prefiero mis insectos coloridos e inofensivos.

Jake observó el intercambio atentamente, su mente analítica catalogando las reacciones de Harmon—cómo arrugaba la nariz al mencionar las arañas, la sinceridad que parecía infundir sus palabras cuando hablaba de mariposas. La disonancia entre el hombre que estaba ante ellos y el sospechoso de albergar oscuros secretos era desconcertante.

—Tengo entendido que te despidieron de tu trabajo en el conservatorio de mariposas —dijo Jake.

—Fue un malentendido —escupió Victor, las palabras tensas de ira—. Me despidieron por nada, ¡por un encaprichamiento que ni siquiera fue cosa mía!

Jake lo observó de cerca, notando cómo las manos de Victor se cerraban y abrían, la agitación ondulando a través de él como olas en un estanque perturbado. El hombre se estaba desmoronando, los hilos de su compostura deshaciéndose con cada palabra acalorada.

—Una ex compañera, ella... ella hizo parecer que había algo más. Yo nunca inicié nada —continuó Victor, una mueca torciendo sus labios—. Me dio esperanzas, y cuando las cosas no salieron como ella quería, lo volvió en mi contra.

Escéptico, Jake cambió su peso, sintiendo un calor familiar enroscarse en su estómago. Conocía este patrón demasiado bien—el cambio de culpa, el retratarse a uno mismo como la víctima cuando era conveniente. Era un baile que había visto antes, uno que dejaba un sabor amargo en su boca.

—¿Pensaste que Jamie Lin también te debía algo? —interrumpió Jake bruscamente, apenas conteniendo el filo en su voz—. Clases de artes marciales, ¿era ella otra persona que te dio esperanzas?

—No, no —balbuceó Victor, sus ojos yendo de Fiona a Jake y de vuelta, la ansiedad regresando a sus facciones como sombras no deseadas al anochecer—. Solo quería aprender de ella, eso es todo. Era hábil, y yo... yo respetaba eso.

—Respetabas —repitió Jake secamente, la palabra sintiéndose hueca en su boca. Podía ver el destello de miedo en los ojos de Victor, la forma en que su historia tropezaba consigo misma en un esfuerzo por evitar trampas. Respeto no era lo que Jake veía en esos ojos; era algo más hambriento, algo que tenía poco que ver con admiración.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Victor.

Jake observó cómo la fachada de calma en el rostro de Víctor se resquebrajaba mientras Fiona daba la noticia.

—Jamie Lin ha sido hallada muerta —dijo, con voz firme pero con una gravedad inconfundible—. En la escena se encontraron arañas tejedoras de orbes. —Hizo una pausa, dejando que calara—. Como entomólogo, sabrás que esas no son arañas comunes de casa.

—¿Muerta? —la voz de Víctor era apenas un susurro, una mezcla de auténtica conmoción y algo más que Jake no lograba identificar—. Yo no

tengo nada que ver con esto. Lo juro.

—¿Puedes decirnos dónde estabas anoche, Víctor? —preguntó Jake, con la mirada fija en el hombre que tenía delante.

—¿Anoche? —repitió Víctor, sus ojos de repente se iluminaron como si hubieran encendido un interruptor—. Estaba jugando al bingo con mis compañeros de trabajo. Puedes preguntarles a cualquiera de ellos.

—Hagámoslo —dijo Jake, señalando con la cabeza a uno de los empleados más jóvenes que rondaba por el mostrador, quien había estado observando su intercambio con cautela y curiosidad.

—¡Eh, Marcos! —llamó Víctor, haciendo un gesto al joven para que se acercara—. Diles a estos agentes dónde estábamos anoche.

El compañero se acercó con paso desgano, su expresión mostraba una leve molestia por verse involucrado en la conversación.

—Sí, estuvimos en ese bar de la calle de arriba hasta las dos de la madrugada más o menos —refunfuñó, con palabras cortantes y bruscas—. Después fuimos a mi casa a seguir bebiendo.

—¿Hasta qué hora? —insistió Jake.

—Bastante tarde —respondió Marcos encogiéndose de hombros—. Luego nos quedamos dormidos un rato en mi casa.

Víctor se irguió, casi orgulloso, como si la coartada fuera un escudo que pudiera desviar cualquier sospecha. Pero Jake no estaba convencido. Las coartadas podían ser falsas, los recuerdos podían flaquear bajo presión. Sin embargo, a pesar de sus reservas, sabía que necesitaban más que una corazonada para relacionar a Víctor con los crímenes. Necesitaban pruebas, y hasta ahora, todo lo que tenían eran arañas y coincidencias.

El ceño de Fiona se frunció ligeramente en concentración, sus ojos fijos en Marcos como si buscara cualquier indicio de engaño.

—Víctor estaba como un tronco en mi sofá cuando me desperté —continuó Marcos, evidentemente molesto por la interrupción de su jornada laboral—. Ni siquiera se movió hasta eso de las nueve de la mañana.

Jake miró a Fiona, cuyos ojos color ámbar se encontraron con los suyos. Compartieron una conversación silenciosa en ese momento, ambos lo suficientemente experimentados como para reconocer la frustración de

perseguir pistas falsas. La tensión en los hombros de Fiona se relajó muy ligeramente, una sutil admisión del callejón sin salida al que habían llegado.

Quizás era una posibilidad remota, pero Jake le mostró la foto de Lena a Marcos también y preguntó:

—¿Has visto a esta mujer por aquí antes?

Marcos asintió.

—Sí, viene mucho por aquí. No la he visto desde hace una semana o así, lo cual es raro.

—Eso es porque está muerta —dijo Víctor, y Marcos palideció—. Por eso están aquí. Pero yo nunca toqué a ninguna de estas personas.

—¿Alguna vez entró alguien que sí lo hiciera? —preguntó Fiona—. ¿Alguna vez los viste hablando con hombres extraños?

Marcos se encogió de hombros. Víctor, sin embargo, tenía una expresión perpleja en su rostro.

—¿Qué pasa, Víctor? —presionó Jake.

—Bueno, habéis mencionado arácnidos —dijo Víctor—. Hay un tipo que viene por aquí a veces... destaca porque tiene un montón de tatuajes de arañas. Telarañas, arañas, de todo. Un tío raro.

—Ah sí, ese tío —dijo Marcos—. Viene mucho por aquí.

—¿Tenéis un nombre? —preguntó Jake. No era mucho, pero un hombre obsesionado con las arañas, que frecuentaba el mismo bar de batidos al que iban Jamie y Lena, podría ser una pista.

—No —dijo Víctor—, pero tenemos grabaciones de seguridad que seguro que lo muestran. No puedes pasarlo por alto, con la cantidad de tatuajes que tiene.

Jake intercambió una mirada con Fiona antes de asentir.

—Eso es algo que nos gustaría ver —dijo, con un destello de emoción en su intensa mirada.

Víctor hizo un gesto hacia la oficina trasera, una habitación dominada por monitores que mostraban varias secciones del establecimiento.

—Las grabaciones deberían estar guardadas en el sistema —explicó,

guiándolos hacia un escritorio desordenado con papeles y tazas de café.

Marcos los siguió a la oficina, reproduciendo las grabaciones de la última semana. Sus dedos volaban sobre el teclado mientras avanzaba rápidamente a través de horas de clientes entrando y saliendo del bar de batidos.

—Ahí —Víctor señaló una de las pantallas. Un hombre cubierto de tatuajes de telarañas y arañas apareció a la vista, sus ojos fríos escaneando la sala antes de posarse en un punto del mostrador.

—Marcos, para justo ahí —indicó Jake. Se acercó al monitor, examinando al hombre en cuestión. Era alto, corpulento, con un aspecto rudo que parecía fuera de lugar en un establecimiento tan animado.

—¿Sabéis algo más sobre este hombre? —preguntó Fiona a Víctor, con los ojos clavados en la pantalla mientras asimilaba cada detalle de su posible sospechoso.

—Pidió un batido poco común... remolacha, brócoli y algas o algo así —Víctor se encogió de hombros, pareciendo incómodo—. Daba la impresión de ser muy duro. A veces, simplemente se sienta ahí y observa a la gente.

Jake tenía un mal presentimiento sobre esto. Pero sin la identidad del hombre, no podían hacer mucho.

—Víctor, vamos a necesitar copias de estas grabaciones —dijo.

CAPÍTULO SEIS

Se mantenía en las sombras, un observador invisible para el mundo. Su mirada estaba fija en Erica a través de la ventana del gimnasio de kickboxing. Ella se movía como una guerrera, cada giro y patada un testimonio de su fuerza. Sus alumnos la rodeaban, espejos intentando reflejar su precisión, pero ninguno igualaba su vitalidad. Él había aprendido sus rutinas, el ritmo de su vida cotidiana, anotándolo todo con la meticulosa atención de un depredador.

El sol aún no había alcanzado su cenit cuando Erica comenzó su clase del mediodía. Él observaba cómo la luz jugaba con su figura, proyectando sombras que bailaban en el suelo mientras ella se movía. Irradiaba un aura de confianza, un desafío tácito a cualquiera que se atreviera a subestimarla. Esto era lo que le atraía de ella: esta resistencia, este poder. Era por lo que se había convertido en su objetivo.

Durante semanas, había sido paciente, catalogando cada uno de sus hábitos. El amanecer la encontraba corriendo junto al río, donde la niebla se aferraba a ella como la caricia de un amante. Al mediodía, estaría aquí, en el gimnasio, una reina entre sus súbditos. Las tardes la llevaban a una cafetería local, un breve interludio de normalidad antes de retirarse a la soledad de su hogar. Él sabía el minuto exacto en que cerraría la puerta tras de sí, aislándose del mundo por el resto del día.

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras la veía reír, el sonido amortiguado por la barrera entre ellos. Los alumnos reían con ella, ajenos a la sombra más allá del cristal, a los ojos que diseccionaban cada una de sus interacciones. Él veía los momentos en que su risa llegaba a sus ojos y cuando no lo hacía, guardando cada observación como una araña que atrapa insectos en los hilos sedosos de su tela.

Ella hizo una pausa, un lapso momentáneo en su constante movimiento, y esos eran los momentos que él más apreciaba. Cuando bajaba la guardia y miraba por la ventana, sin verle, pero observando el mundo con una

suavidad que desmentía su fuerza. En esos segundos, podía imaginarla vulnerable, inconsciente del peligro que la acechaba. Pero era una vulnerabilidad fugaz, una que desaparecía tan rápido como aparecía, pues Erica nunca estaba realmente indefensa.

Estos vistazos a su yo desprevenido alimentaban su oscura obsesión, nutrían los planes que echaban raíces en el retorcido jardín de su mente. Cada detalle era una pieza del puzle, un paso hacia la inevitable conclusión que había elaborado para ella. Erica representaba un desafío, una digna oponente para la cacería que tanto saboreaba. Derribarla no sería fácil, pero la dificultad solo aumentaba la emoción.

Él era el cazador, y ella, sin saberlo, se había convertido en su presa. Pronto, haría su movimiento, pero aún no. La paciencia era parte del juego, y él era, si no otra cosa, paciente. Se movió en las sombras, la anticipación enrollándose dentro de él como un resorte, listo para desatarse en el momento perfecto. Por ahora, observaba, esperaba y planeaba. Erica continuaba su clase, inconsciente de los ojos que seguían cada uno de sus pasos, del depredador que la había marcado como su próximo trofeo.

Permanecía en la penumbra del callejón, su mirada penetrando la luz menguante que acariciaba la fachada de cristal del gimnasio de kickboxing. Dentro, la silueta de Erica bailaba un violento ballet de golpes y patadas, su cuerpo tejiendo un intrincado tapiz de fuerza y precisión. La respiración del asesino era un susurro perdido en el murmullo de la ciudad, su corazón un metrónomo marcando el ritmo hacia el inevitable crescendo.

En su mente retorcida, los pensamientos se arrastraban como arañas por una telaraña, cada hilo vibrando con anticipación. Se imaginaba a sí mismo como el arácnido en el centro, con Erica atrapada sin saberlo. Cada momento que la había observado, cada mínimo detalle que había recogido, se hilaba en la seda de su trampa. Sonrió, y era la curva de una hoja, oculta en la sombra. Ella era fuerte, sí, pero para él, eso solo endulzaba la victoria. Su presa no era una criatura frágil; era una fortaleza a asediar, un testimonio de su destreza cuando finalmente fuera conquistada.

Las arañas eran sus acólitos, sus socios silenciosos en este macabro ritual. Eran más que símbolos; eran extensiones de su voluntad, dejadas para vigilar a aquellos que reclamaba. Con su gracia de ocho patas,

montaban guardia, asegurando que su presencia perdurara mucho después de que él se retirara en la noche. Ningún rastro de él quedaría, salvo estos delicados centinelas. En ellas, encontraba afinidad, una comprensión de lo que significaba ser paciente, ser perfecto.

Esta noche, no la seguiría. No, esta noche invadiría el santuario de su hogar. Mientras ella gastaba sus energías junto al río, él colocaría sus centinelas de ocho patas dentro de sus paredes. No eran meros insectos para él; eran extensiones de su voluntad, observadores silenciosos que aguardarían su regreso.

Su anticipación crecía, un crescendo de oscura excitación que amenazaba con desbordar su habitual compostura impasible. Se imaginaba a ella regresando, fatigada de su carrera, inconsciente de que estaba cruzando el umbral hacia su dominio. El pensamiento le provocó un escalofrío, el poder de saber que controlaba el desenlace de este juego mortal.

Imaginaba sus movimientos, la forma despreocupada en que dejaría caer las llaves sobre la mesa, se quitaría los zapatos y quizás se serviría un vaso de agua. Mientras tanto, sus silenciosos depredadores observarían, su presencia inadvertida hasta que él decidiera que era el momento de la gran revelación.

La cacería estaba casi terminada. Pronto, añadiría otro trofeo a su colección, otra prueba de su destreza. Con cada paso que daba Erica, se acercaba más a la trampa que él le había preparado. Sin ser visto, seguía su progreso, un centinela fantasmal aguardando su momento.

La araña estaba lista para reclamar su presa, y él, el maestro de este juego mortal, estaba dispuesto a saborear la victoria. Los hilos del destino estaban tensos, y pronto atraparían a otra víctima. El asesino esperaba, la oscuridad era su aliada, mientras el inevitable final se aproximaba.

CAPÍTULO SIETE

Fiona se inclinaba sobre las imágenes granuladas en su portátil, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Entrecerró los ojos tras sus gafas, centrándose en el hombre que se movía por la pantalla. Estaba allí de nuevo, su corpulenta figura vestida con una sudadera anodina, pero eran los tatuajes de araña que trepaban por sus brazos y cuello los que captaban su atención cada vez. El corazón de Fiona latía con una mezcla de emoción y temor. En cada aparición, compraba un batido, intercambiaba unas palabras con el cajero y se marchaba. Su presencia se sentía como una sombra que pasaba, pero las sombras no tenían tatuajes que coincidieran con las escenas del crimen.

—Veamos qué puede sacar el reconocimiento facial —dijo Jake, pulsando la barra espaciadora con urgencia. El programa cobró vida, rompiendo el silencio de la habitación.

Esperaron, la tensión espesándose a su alrededor como un capullo. Fiona se pasó el pulgar por la uña, un hábito que tenía cuando los nervios se apoderaban de ella. Las imágenes parpadeaban en la pantalla, los algoritmos diseccionando el rostro del hombre: anchura de los ojos, longitud de la nariz, ángulo de la mandíbula. Los datos se deslizaban por el monitor mientras el software escudriñaba su vasta base de datos criminal, buscando una coincidencia.

Los minutos pasaban lentamente, cada uno cargado con el peso de posibles avances y callejones sin salida. La mente de Fiona divagó hacia Joslyn, el trauma de su hermana siempre acechando en el trasfondo de sus pensamientos. Si tan solo este software hubiera podido encontrarla...

—Lo tenemos —dijo Jake, su voz cortando la bruma de las preocupaciones de Fiona.

—Calvin Rhodes —leyó Fiona en voz alta de la pantalla, el nombre asentándose en su mente como una pieza de puzle encajando en su lugar. El rostro que les devolvía la mirada desde la base de datos era más nítido, con

líneas grabadas en su piel, pero indudablemente el mismo hombre del vídeo.

—Vamos a investigar al señor Rhodes —dijo Jake, su tono ahora todo profesional. Tenían un nombre, un punto de partida, y Fiona sintió el familiar impulso de determinación. Para esto se había convertido en agente: para perseguir las sombras hasta que no tuvieran donde esconderse.

La mirada de Fiona se clavó en la pantalla, donde los fríos píxeles formaban el rostro de Calvin Rhodes. El perfil que se cargó junto a su foto policial era una lista de señales de alarma.

—Exterminador —murmuró, sus ojos recorriendo la lista de delitos—. Cargos de agresión, múltiples, y todos contra mujeres.

—Parece que tenemos a nuestro principal sospechoso —dijo Jake a su lado, su voz una mezcla de asco y resolución. Se inclinó más cerca, entrecerrando los ojos ante los detalles. Había algo personal en esto para él, Fiona lo sabía. Cada caso era otra oportunidad de corregir los errores del pasado, de hacer por estas víctimas lo que nadie había podido hacer por su madre.

—Su historial laboral —señaló Fiona, tocando la pantalla— le da acceso a todo tipo de productos químicos y... arañas. —La última palabra quedó suspendida en el aire, manchada con el recuerdo de sus escenas del crimen: las delicadas y mortales telarañas que habían acunado los cuerpos sin vida de Lena Chase y Jamie Lin.

—Veamos qué más podemos averiguar sobre nuestro amigo —dijo Jake, abriendo su portátil con un sentido de urgencia.

El tecleo de Jake llenó la habitación mientras navegaba por bases de datos y registros. Fiona observaba por encima de su hombro cómo se desplegaban ante ellos fragmentos de la vida de Calvin Rhodes. Nacido en Portland, emergió un perfil de infancia impregnado de violencia y abandono. Pintaba el cuadro de un chico que encontró consuelo en la compañía de insectos y arácnidos, criaturas que prosperaban en la oscuridad y eran temidas por muchos.

—Mira esto —dijo Jake, haciendo clic en un artículo de un periódico local. Un joven Calvin, reconocido en una feria de ciencias por su proyecto

sobre arañas—. Su obsesión comenzó temprano.

—Convirtió su fascinación en una carrera —observó Fiona—, pero supongo que algunas fascinaciones tienen bordes afilados. —Pensó en cuán a menudo la gente se escondía detrás de máscaras de normalidad, sus verdaderas naturalezas acechando justo bajo la superficie.

—Cualquier línea que hubiera para él, parece que la cruzó hace mucho tiempo —murmuró Jake, con el ceño fruncido mientras examinaba más información.

Los dedos de Fiona bailaban sobre el teclado, sus ojos escaneando las líneas de texto que comenzaban a dar forma a una narrativa siniestra. Se detuvo, centrándose en una entrada reciente en el historial laboral de Calvin Rhodes. Su respiración se entrecortó ligeramente mientras leía los detalles en voz alta.

—Despedido por comportamiento agresivo hacia una compañera de trabajo —dijo, las palabras quedando suspendidas pesadamente en el aire entre ella y Jake.

Jake miró a Fiona, su expresión sombría.

—Eso encaja con el patrón —respondió—. Tiene un historial con las mujeres.

—Su temperamento parece ser tan venenoso como las arañas con las que trabaja —reflexionó Fiona, ajustándose las gafas. Las imágenes de Lena Chase y Jamie Lin destellaron en su mente: mujeres fuertes e independientes cuyas vidas habían sido cruelmente arrebatadas. Era personal para Fiona, que no podía evitar ver ecos de su hermana Joslyn en cada víctima.

Se sumergió más profundamente en el expediente de Rhodes, buscando cualquier cosa que pudiera darles una ventaja. Su corazón latía acelerado, no solo por la cafeína que pulsaba por sus venas, sino por la persecución, la necesidad de evitar que más vidas fueran segadas por este depredador. Su enfoque era inquebrantable, el perfil de Calvin Rhodes volviéndose lentamente más claro con cada clic.

Los dedos de Fiona volaban sobre el teclado mientras Jake le transmitía los detalles por teléfono.

—Necesitamos vigilar la última residencia conocida de Rhodes y su lugar de trabajo —ordenó él con un tono que no admitía discusión.

La policía local respondió rápidamente, su eficiencia demostrando la gravedad de la situación. Mientras organizaban la vigilancia, Fiona no podía quitarse de la cabeza la imagen de los tatuajes de arañas que reptaban por la piel del hombre en las grabaciones.

—La vigilancia está lista —anunció Jake, terminando la llamada y volviéndose hacia Fiona.

Ella asintió, con la mirada fija en la pantalla frente a ella. Juntos, examinaron montones de información digital, cada nuevo descubrimiento añadiendo capas de urgencia a su búsqueda.

—Rhodes podría estar en cualquier parte —reflexionó Fiona en voz alta, su voz un suave murmullo en el tenso silencio de la habitación. Sus ojos saltaban de un documento a otro, buscando cualquier pista que les llevara al depredador antes de que atacara de nuevo.

Jake se quedó de pie junto a ella, su presencia una fuerza tranquilizadora.

—Pero ahora tenemos ojos por todas partes. No se nos escapará —dijo, su confianza reconfortante incluso cuando el peso de la incertidumbre les presionaba a ambos.

—Repasemos todo de nuevo —sugirió Fiona, su mente corriendo mientras revisitaban las escenas del crimen a través de fotos e informes. Con cada detalle, construían un perfil de Calvin Rhodes en acción, tejiendo conexiones entre sus movimientos y las tragedias que se desarrollaron.

—Mira esto —Jake señaló una serie de marcas de tiempo—. Estaba en la tienda de batidos a intervalos constantes. Es como si estuviera vigilando.

—Cronometrando sus visitas —añadió Fiona, armando el patrón—. Calculando cuándo tendría la mejor oportunidad de pasar desapercibido.

Cada pista parecía subrayar la naturaleza meticulosa de Rhodes, la forma deliberada en que acechaba a sus víctimas.

—Esperando el momento adecuado para atacar —concluyó Jake, con el rostro sombrío. Eran cazadores tras una araña demasiado humana, una que había tejido una red de violencia y terror.

—Su próximo movimiento... —la voz de Fiona se apagó mientras contemplaba las implicaciones—. Necesitamos predecirlo, adelantarnos a él.

—Exacto —confirmó Jake, su mirada encontrándose con la de ella con feroz determinación. Estaban unidos en su propósito, agentes de la justicia contra la oscuridad que se arrastraba.

Fiona sintió el familiar aleteo de nervios, pero fue eclipsado por una creciente resolución. Era más que una entomóloga; era una agente del FBI, y no permitiría que otra vida se perdiera a manos de este monstruo.

La llamada del equipo de vigilancia llegó como un rayo, rompiendo el tenso silencio de su centro de operaciones improvisado. Rhodes estaba en movimiento. Fiona sintió que su pulso se aceleraba mientras observaba las imágenes granuladas; el hombre al que habían estado siguiendo salía de su casa, su paso firme y decidido, con un voluminoso maletín que sugería equipo de exterminación colgado sobre su hombro.

—Es hora de irnos —dijo Jake, su voz tensa por la urgencia.

Fiona asintió, reuniendo su ingenio como un manto a su alrededor. Se unieron al equipo táctico, cada miembro vestido con chaleco antibalas y determinación sombría. El aire estaba cargado con el peso de la confrontación inminente.

Mientras se ponían en marcha, Fiona repasó cada protocolo que había aprendido, cada escenario que podría desarrollarse. Agarró su arma, aún extraña en su mano pero estabilizada por incontables horas de entrenamiento. Ahora era real: ya no era la erudita que examinaba insectos bajo un microscopio. Era la cazadora, y Calvin Rhodes era la peligrosa presa.

La casa suburbana se alzaba bañada por el resplandor anaranjado del atardecer, una fachada ordinaria que ocultaba la guarida de un depredador. El corazón de Fiona latía contra su caja torácica, reflejando el rítmico tictac

del reloj en el salpicadero. Observaba la casa, sus ventanas oscuras e inescrutables, esperando que Rhodes saliera.

—Recuerda, lo necesitamos vivo —murmuró Jake a su lado—. Es nuestra mejor pista.

—Entendido —respondió Fiona, su voz más firme de lo que se sentía. Miró a Jake, su perfil grabado con la misma determinación que le había impulsado desde el asesinato sin resolver de su madre. Era un dolor compartido: la desaparición de su propia hermana seguía siendo una herida nunca completamente curada, un misterio aún sin resolver.

Respirando hondo, Fiona se armó de valor. El perfil de Rhodes pintaba un cuadro de intimidación: un agresor hábil en la violencia con una retorcida afinidad por las arañas. Pero bajo la ansiedad, había una chispa de desafío. Ella era Fiona Red, agente del FBI, armada no solo con una pistola sino con una mente afilada para la deducción y el detalle. No permitiría que el miedo nublara su juicio.

—En cualquier momento —susurró, más para sí misma que para Jake. Estaba lista. A su lado, Jake asintió en silencio, su mano descansando cerca de su funda. Ambos sabían lo que estaba en juego. Con el equipo en espera, aguardando su señal, Fiona se centró en la puerta, sabiendo que cualquier cosa que hubiera más allá, la enfrentarían juntos.

Los ojos de Fiona se clavaron en la figura que salía al porche. Rhodes, vestido con su uniforme de exterminador, bajó los escalones con paso lento y medido, llevando su equipo. Ella contuvo la respiración, su corazón latiendo contra sus costillas como un pájaro enjaulado que anhelaba escapar.

—Equipo, vamos a entrar —la voz de Jake crepitó por la radio, tranquila pero autoritaria—. Estad alerta y preparados para respaldarnos.

Sin decir nada más, abrieron las puertas y pisaron el asfalto. El sol de la tarde proyectaba largas sombras que parecían extenderse hacia Rhodes. Fiona notó el peso de su pistola contra la cadera, un recordatorio de su deber y su recién descubierto valor.

Se acercaron con cautela, observando cómo Rhodes cargaba su equipo en la parte trasera de una furgoneta anodina. Sus movimientos eran

precisos, los de un hombre que había realizado la misma rutina innumerables veces. Pero hoy sería diferente.

Los tatuajes de arañas de Rhodes se extendían por sus brazos, una grotesca imitación de las criaturas que Fiona había dedicado su vida a estudiar. Parecían ondular con cada movimiento de sus músculos, una danza siniestra que le helaba la sangre. Siguió adelante, con Jake a su lado, sus pasos un heraldo silencioso de la confrontación que se avecinaba.

—Calvin Rhodes —dijo Jake con firmeza, mostrando su placa—. Somos del FBI. ¿Podemos hablar un momento?

Rhodes se puso tenso, su expresión se agrió al instante cuando se giró para enfrentarlos. Sus ojos centellearon con hostilidad, una tormenta que se gestaba bajo la superficie.

—No pienso hablar con polis —espetó, con veneno en la voz.

—Señor Rhodes, es importante —insistió Jake, dando un paso más cerca, pero manteniendo una distancia respetuosa—. Solo necesitamos unos minutos de su tiempo.

Con un gruñido, Rhodes se abalanzó hacia delante, con la intención de empujar a Jake. El instinto se activó y ambos agentes se prepararon para el impacto. Pero antes de que estallara el caos, el equipo táctico irrumpió en una ráfaga de movimientos y órdenes.

—¡Alto! ¡FBI! —resonó a su alrededor mientras Rhodes era rápidamente detenido, su intento de huida frustrado por los esfuerzos bien coordinados del equipo. Fiona observó, con el pulso acelerado, cómo el hombre que podría tener las respuestas a su macabro caso estaba finalmente bajo custodia. Las piezas encajaban y la búsqueda de la verdad se acercaba a su fin.

Las manos de Fiona permanecieron firmes a pesar de la adrenalina que corría por sus venas mientras veía a Jake recuperarse del intento de empujón. Rhodes era un hombre corpulento, sus anchos hombros y brazos tatuados indicaban que no se rendiría sin resistencia. Pero el equipo del FBI fue más rápido, su entrenamiento evidente en la rápida contención.

—¡Las manos a la espalda! —ordenó uno de los agentes, con voz autoritaria que no admitía discusión.

Rhodes gruñó, su rostro se contrajo de rabia mientras era sometido, las esposas tintinearón al asegurar sus muñecas. Fiona sintió una punzada de satisfacción; para esto se habían entrenado, por esto habían pasado incontables horas examinando expedientes y siguiendo pistas.

—¿Tienes algo que decir ahora, Rhodes? —provocó Jake ligeramente, aunque sus ojos marrones estaban oscuros de seriedad.

—Iros al infierno —gruñó Rhodes, su voz amortiguada mientras un agente le presionaba la cabeza hacia el coche que esperaba.

Jake intercambió una mirada con Fiona, una comunicación silenciosa que hablaba por sí sola. Este era un gran avance en su caso, potencialmente la pieza clave que necesitaban para empezar a desentrañar la red de crímenes que les había llevado hasta este sospechoso tatuado con arañas.

CAPÍTULO OCHO

Jake agarró el tirador metálico de la puerta, sintiendo el frío peso de la autoridad en su mano mientras entraba en la sala de interrogatorios de la sede del FBI en Portland. El aire estaba cargado de tensión, cada respiración pesada como la niebla que a menudo cubría la ciudad. Fiona le seguía de cerca, su presencia una sutil garantía contra la inquietud que se anudaba en su estómago.

Frente a ellos, Calvin Rhodes estaba sentado, encerrado en los límites austeros y estériles de la sala. Su corpulenta figura parecía empequeñecer la frágil silla en la que estaba posado, con los músculos tensos bajo una piel grabada con una red de tatuajes de arañas. Sus ojos, duros e inflexibles, se clavaron en Jake con una mirada que podría cortar el cristal.

Jake recordó el momento en que la mano carnosa de Calvin se había lanzado hacia él, un intento fallido de empujar para escapar del interrogatorio. Ese empujón decisivo había sido toda la razón que necesitaban para traerlo. Ahora, las esposas reemplazaban la posibilidad de más empujones, y la frustración ardía en el pecho de Jake. Odiaba a los matones, odiaba a los que usaban su tamaño para intimidar. Le recordaba demasiado a cuando encontró a su madre, a la impotencia que le había envuelto aquel día.

—Rhodes —dijo Jake, con voz firme pero con un tono de irritación que bullía justo bajo la superficie. Se sentó frente al hombre, con la mesa entre ellos como una fina barrera ante la animosidad que crepitaba en el aire.

Calvin se reclinó, con una mueca de desprecio curvando sus labios mientras se acomodaba más cómodamente en su desafío. Cruzó los brazos sobre su ancho pecho, una fortaleza silenciosa construida de carne y tinta. Jake casi podía oír el desafío no expresado en su postura: "Hazme hablar".

—No perdamos el tiempo —insistió Jake, sosteniendo la mirada del otro hombre sin pestañear—. Los dos sabemos por qué estás aquí.

Pero Calvin permaneció en silencio, su mueca de desprecio haciéndose más profunda. La mandíbula de Jake se tensó al observar la obstinada inclinación de la cabeza de Calvin, la casual expansión de sus brazos tatuados. Este era un hombre que se deleitaba en la confrontación, que llevaba su indiferencia como una armadura.

Fiona, siempre la contraparte serena a la creciente impaciencia de Jake, organizó sus papeles a su lado, imperturbable ante la palpable hostilidad. Miró a Jake, una señal silenciosa para mantener el control, antes de volver sus ojos hacia Calvin.

Iba a ser un interrogatorio largo.

Jake deslizó las fotos brillantes sobre la mesa, sus movimientos deliberados. Una por una, las imágenes revelaron los rostros sin vida de Lena Chase y Jamie Lin, sus ojos vacíos de la fuerza que una vez tuvieron. Los ojos de Calvin se desviaron hacia las fotografías, luego de vuelta a Jake, con una fría indiferencia en su mirada.

—Nunca las he visto —murmuró Calvin, empujando las fotos con un dedo calloso. Su voz era tan fría como el invierno de Portland fuera, su indiferencia notable, considerando la gravedad de las imágenes frente a él.

Los dedos de Jake se apretaron en puños a sus costados.

—¿Esperas que nos creamos eso? Siempre estás en ese bar de batidos donde ellas solían pasar el rato.

—Coincidencia —se burló Calvin, con una risa despectiva escapando de sus labios. El sonido raspó la paciencia de Jake como papel de lija.

—Mira más de cerca —instó Jake, aunque sabía que era inútil. Reconocía ese brillo desdeñoso en los ojos de Calvin, el mismo que había visto en innumerables sospechosos que pensaban que podían fanfarronear durante un interrogatorio.

Calvin se reclinó, con los brazos aún cruzados, los tatuajes en su piel moviéndose con su movimiento. La burla en su expresión era clara: no iba a darles nada.

Fiona se inclinó hacia adelante, sus rizos rojos cayendo sobre su hombro mientras intervenía con una calma que parecía ajena en la habitación llena de tensión.

—Tus tatuajes —comenzó, con voz firme—, son bastante intrincados. Son arañas, ¿verdad?

La mirada de Calvin se desplazó hacia Fiona, la mueca disminuyendo ligeramente mientras la observaba. Ella era una jugadora inesperada en sus juegos mentales, su comportamiento imperturbable a pesar de la hostilidad que emanaba del otro lado de la mesa.

—¿Te gustan los bichos? —replicó Calvin, el filo en su voz suavizado por la curiosidad.

—Las arañas son criaturas fascinantes —continuó Fiona—. Pueden simbolizar muchas cosas: poder, control, miedo. ¿Qué significan para ti?

Era una danza de ingenio, y Jake observó cómo Fiona guiaba a Calvin paso a paso. Tenía una manera de desarmar a la gente, de pelar capas con su tranquila intensidad.

—Siempre he odiado a los bichos —admitió Calvin a regañadientes, sus ojos desviándose hacia su piel manchada de tinta por un momento fugaz—. Me hice estos para demostrar que no le temo a nada.

Fiona asintió, su rostro sin revelar nada de la satisfacción que Jake sentía ante esta pequeña victoria. Era una natural, desenredando los hilos de la fachada de Calvin con nada más que palabras y compostura.

—Interesante elección —reflexionó Fiona—. Marcarte con algo que temes.

—La vida se trata de enfrentar tus demonios —dijo Calvin, con voz baja. Hubo un breve destello de algo en sus ojos antes de que las paredes volvieran a levantarse.

Jake observó cómo los dedos de Calvin trazaban el contorno de una viuda negra intrincadamente tatuada en su antebrazo. Su confesión sobre los tatuajes fue comedida, lejos de la chulería que había mostrado antes. La habitación parecía más pequeña de alguna manera, el silencio puntuado por el suave zumbido de los fluorescentes en el techo.

—Empezó cuando era un crío —dijo Calvin, con voz monótona—. Me quedaba paralizado cada vez que veía una araña. Decidí superarlo. Me marqué con ellas.

—Enfrentándote a tus miedos directamente —observó Jake, intentando no juzgar con su tono. Era difícil conciliar esta confesión vulnerable con el hombre que había intentado atropellarle hacía poco.

—Eso es —respondió Calvin, pero no había orgullo en su afirmación, solo resignación. Miró sus brazos como si viera los tatuajes por primera vez.

Fiona se inclinó hacia delante, fijándose en Calvin.

—Fascinante —murmuró, empujando sus gafas sobre el puente de la nariz—. Pero verás, encontramos arañas de jardín en ambas escenas del crimen. No son comunes en las casas, especialmente durante el invierno.

La mención de las arañas hizo que Calvin se pusiera tenso. Miró a Fiona y luego apartó la vista rápidamente, como si le hubieran pillado desprevenido. Jake pudo ver el cambio en él; la dura fachada se estaba agrietando, desmoronándose como un muro tras un asedio implacable.

—¿Arañas de jardín? —La voz de Calvin apenas era un susurro, y tragó saliva con dificultad.

—Sí —continuó Fiona, implacable en su calma—. Buscamos a alguien con un interés particular en las arañas. Dados tus... peculiares tatuajes, puedes entender por qué necesitamos hacer estas preguntas.

La mueca de Calvin había desaparecido, reemplazada por una creciente comprensión de la gravedad de la situación. Se removió incómodo en su silla, las esposas de metal tintineando al restringir su movimiento.

—No les hice nada a esas mujeres —dijo, pero había un temblor en su voz que no estaba antes. La certeza, el desafío, todo eso se había evaporado bajo el peso de la evidencia que no podía ignorar.

Jake observó cómo la fachada de Calvin se desmoronaba como los últimos vestigios de una tormenta. Los anchos hombros del hombre se hundieron, y sus ojos, que habían mantenido una chispa de desafío, se apagaron.

—Mira, no he hecho daño a nadie —murmuró Calvin, bajando la mirada a la mesa. Era como si el peso de sus tatuajes le anclara allí, en ese momento de vulnerabilidad.

—¿No lo hiciste? —replicó Jake con dureza. Se inclinó hacia delante, sus dedos tamborileando sobre la fría mesa metálica—. Tu historial cuenta una historia diferente, Rhodes. La agresión contra mujeres no es algo que nos tomemos a la ligera.

La cabeza de Calvin se alzó de golpe, un destello de ira en sus ojos antes de que fuera apagado por algo parecido a la vergüenza.

—Era un tío diferente entonces —dijo, con la voz teñida de amargura—. He cambiado. Ya no bebo. Fui a rehabilitación.

—La rehabilitación no borra el pasado —dijo Jake secamente. Sus ojos marrones taladraron a Calvin, buscando la verdad bajo capas de arrepentimiento y tinta.

—Estas mujeres frecuentaban el bar de zumos al que vas —señaló Fiona—. ¿Por qué mentir sobre reconocerlas?

—No las reconozco.

—¿Dónde estabas anoche, Calvin? —La pregunta de Jake cortó la tensión entre ellos—. Desde medianoche hasta esta mañana. ¿Dónde estabas?

Calvin apartó la mirada, con la mandíbula apretada. Cuando habló, sus palabras fueron reluctantes, cada una arrastrada desde un lugar que quería mantener oculto.

—Estaba fuera de la ciudad —dijo finalmente—. Conocí a una mujer en una aplicación de citas. Me quedé en su casa.

—Qué conveniente. —El tono de Jake estaba cargado de escepticismo. Intercambió una mirada con Fiona, cuyos ojos reflejaban la misma duda que ensombrecía sus pensamientos. Ambos conocían la importancia de una coartada, especialmente una tan endeble.

—¿Su nombre? —presionó Jake, observando a Calvin atentamente.

—No importa —gruñó Calvin—. Estuve allí. Eso es todo lo que necesitáis saber.

—Todo importa cuando una mujer está muerta —dijo Jake fríamente—. Averiguaremos quién es, y veremos si tu historia se sostiene.

Los ojos de Calvin se encontraron con los de Jake, un destello de desesperación pasando por ellos antes de que volviera a bajar la mirada, asintiendo lentamente. Jake tomó nota de esta reacción, añadiéndola al expediente mental que llevaba sobre Calvin Rhodes. Fuera o no su asesino, estaba ocultando algo. Y Jake estaba decidido a descubrir qué era.

Jake se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa metálica que le separaba de Calvin.

—El pueblo —dijo, con voz firme—. Dime el nombre.

—Ridgefield —masculló Calvin, mirando a cualquier parte menos a Jake.

—¿Actividades? —insistió Jake.

—Quedamos para cenar, fuimos a su casa, vimos una película. Lo normal. —La voz de Calvin tenía un tono ensayado.

—¿Qué restaurante? ¿Qué película? —intervino Fiona, con el bolígrafo sobre su cuaderno.

—Eh, un sitio italiano. No recuerdo el nombre —dijo Calvin, rascándose la cabeza—. Y vimos "La noche de los muertos vivientes". Le gustan las películas de terror antiguas.

—¿Fuisteis a algún otro sitio? —preguntó Jake, con la mirada fija.

—No.

—¿Recibos? ¿Mensajes coordinando este encuentro? —Jake estaba escéptico. Su instinto le decía que Calvin estaba agarrándose a un clavo ardiendo, pero la evidencia diría la verdad.

—No guardé los recibos. Y en la aplicación... no hablamos mucho. Fue espontáneo —respondió Calvin, sus ojos encontrándose brevemente con los de Jake antes de apartarse.

Fiona anotaba cada palabra mientras Jake miraba fijamente a Calvin, intentando leer entre las líneas grabadas en el rostro del hombre. Calvin se movió inquieto bajo el escrutinio, pero Jake solo podía adivinar el motivo.

—Muy bien, Calvin. Comprobaremos tu historia —dijo Jake mientras se levantaba, dando por finalizado el interrogatorio—. Cada detalle.

Los ojos de Calvin siguieron a Jake mientras se movía por la habitación.

—Te lo digo, he cambiado —insistió, con voz casi suplicante—. No he hecho daño a esas mujeres.

Jake se detuvo junto a la puerta, girándose para mirar a Calvin una última vez. Quería creer en la redención, pensar que un hombre podía huir de su pasado y convertirse en algo mejor. Pero el sabor amargo persistía en su boca, un recordatorio de las demasiadas veces que se había equivocado antes.

—El cambio es difícil, Calvin. Demostrarlo es aún más complicado —dijo Jake. Cruzó la mirada con Fiona, viendo reflejada su propia duda en ella.

—Buena suerte con eso —Con un último gesto hacia Fiona, salió de la sala de interrogatorios, dejando a Calvin dándole vueltas a sus propias palabras.

Fuera, la asepsia del pasillo hizo poco por aclarar los pensamientos de Jake. No sabía qué pensar de Calvin Rhodes. Un cabrón, sin duda. Pero, ¿su asesino? Eso estaba por verse. Miró a Fiona, sus rizos rojos un punto brillante en el sombrío corredor. Ya estaba al teléfono, comprobando la coartada de Calvin.

—Veamos si nuestro aficionado a las arañas teje verdades o redes de mentiras —dijo, aunque una parte de él temía la respuesta. Caminaron uno al lado del otro, cada uno perdido en sus propios pensamientos sobre el caso que les había traído hasta allí.

CAPÍTULO NUEVE

Erica Silverman se ató las zapatillas, su ajuste perfecto era una promesa silenciosa de su dedicación. Fuera, el frío invernal de Portland mordía la piel expuesta, pero no la disuadiría. Como boxeadora profesional y tenaz, conocía el valor de una rutina inquebrantable. Las calles la recibieron con escasa compañía; peatones solitarios envueltos en abrigos, sus rostros medio ocultos contra el viento. Los faros de los coches atravesaban el crepúsculo que se acercaba, breves compañeros de su soledad.

Comenzó su carrera, cada exhalación una columna blanca que se desvanecía en el aire frío. Sus pasos mantenían un ritmo constante sobre el pavimento, una seguridad metronómica bajo el resplandor de las farolas. Erica se movía con determinación, sus respiraciones superficiales y rápidas, los músculos calentándose a pesar de la gélida tarde.

Mientras corría, los pensamientos de Erica se desviaron hacia las bebidas isotónicas que la esperaban después de la carrera. Absorta en visiones de reabastecimiento, alteró su ruta hacia su local preferido, una tienda que tenía su marca favorita. Pero a mitad de camino, una punzada de irritación la golpeó. Se palpó los bolsillos, encontrándolos vacíos de la forma familiar de su tarjeta de crédito.

—Maldita sea —murmuró, las palabras disolviéndose en vapor frente a ella. Con un suspiro, la comodidad de una bebida bien merecida se esfumó de sus planes. Resignada a su olvido, Erica giró de vuelta hacia casa. El calor de una taza de té caliente ahora la atraía, un pequeño consuelo en medio del frío mordaz.

Su paso se aceleró, ansiosa por el confort resguardado de cuatro paredes y un techo. Cada paso la llevaba más cerca del descanso, lejos de la tarde mordiente que parecía demasiado ansiosa por engullirla por completo. Las luces de la ciudad pasaban borrosas, espectadores indiferentes a su figura solitaria atravesando la oscuridad. Erica se centró en la promesa de calidez,

dejando que alimentara el tramo final de su carrera involuntariamente abreviada.

La llave de Erica giró en la cerradura, y entró en el pasillo tenuemente iluminado de su casa. Esperaba el acogedor abrazo del calor de su hogar, pero en su lugar, un frío peculiar se filtraba a través de su ropa humedecida por el sudor. Era un frío ajeno, uno que no pertenecía al interior, y se arrastraba sobre su piel con dedos arácnidos.

—Qué raro —murmuró para sí misma, la palabra apenas audible mientras cerraba la puerta tras ella. Su aliento, visible en el aire del vestíbulo, se arremolinaba a su alrededor como susurros espectrales. Frunció el ceño, la inquietud enroscándose en su estómago. El termostato, programado con un temporizador, debería haber desterrado el mordisco del invierno hacía horas. Sin embargo, aquí persistía, un invitado no deseado.

Los ojos de Erica se dirigieron hacia arriba, preguntándose si la negligencia había dejado una ventana entreabierta. Pero ningún recuerdo surgió de haber abierto una antes de salir. Quitándose los zapatos, avanzó, sus oídos esforzándose por captar el zumbido familiar del sistema de calefacción. El silencio la recibió, profundo e inquietante. Un escalofrío la sacudió, no por la adrenalina residual de su carrera, ni por el persistente frío de Portland en el exterior, sino por algo mucho más instintivo.

Su mirada recorrió las sombras acumuladas en los rincones de su visión, buscando cualquier cosa fuera de lugar. Fue entonces cuando notó el movimiento en el suelo. A primera vista, parecía un truco de la luz, un mero parpadeo. Luego se movió otro, y otro, hasta que la horrible realidad se hizo evidente: arañas. Docenas de ellas, correteando por sus baldosas, sus patas haciendo un leve clic contra la superficie dura.

Un nudo se apretó en la garganta de Erica, su pulso retumbando en sus oídos. Esto no podía ser real. Las arañas no eran inusuales en su casa — nunca había lidiado con más que alguna ocasional extraviada— pero esto era una infestación. La visión envió una alarma primaria por sus venas, y sin pensarlo, su voz rompió el silencio, aguda y fuerte —un grito que astilló la quietud de su hogar.

Los arácnidos parecían imperturbables ante su pánico, continuando su espeluznante danza sobre su suelo. La mente de Erica corría; ¿de dónde

habían salido? ¿Por qué ahora? Su corazón martilleaba contra su caja torácica, un frenético redoble que hacía eco del caos que se retorció a sus pies. Cada instinto gritaba huir, escapar del terror reptante, pero estaba paralizada, atrapada en la telaraña de su propio pavor.

Su grito aún flotaba en el aire, un eco desvaneciente de terror que parecía burlarse de su parálisis. Antes de que Erica pudiera recuperar la compostura o dar sentido a la pesadilla de ocho patas a sus pies, la oscuridad se transformó en forma. El hombre se materializó de las sombras como si fuera conjurado por su miedo, su presencia abrupta y amenazante. Su mano se aferró a su brazo con un agarre de hierro, sacudiéndola del susto a la lucha.

—Has vuelto temprano a casa —gruñó él, con voz baja y cargada de amenaza. Las palabras se deslizaron en su oído, frías y siniestras. La piel de Erica se erizó bajo su toque, y sintió el peso de su intención presionándola como un sudario.

La mente de Erica daba vueltas, luchando por asimilar la escena inconcebible que se desarrollaba ante ella. ¿Quién era este hombre? ¿Cómo había entrado en su casa? Las preguntas se arremolinaban, cada una amplificando su alarma. Pero bajo la superficie de su pánico, algo más se agitaba: una determinación endurecida, afilada por horas de entrenamiento riguroso y combate en el gimnasio de kickboxing.

Su respiración se aceleró; sus músculos se tensaron, preparándose para reaccionar. Sin embargo, antes de que pudiera canalizar sus instintos perfeccionados en acción, una nueva sensación atravesó su concentración: el inconfundible roce del metal frío contra su garganta. El objeto afilado presionaba con una promesa mortal, y el mundo de Erica se redujo al escalofriante contacto del acero sobre su piel.

El pánico estalló, cegador y ardiente como el metal al rojo vivo. Su corazón latía frenéticamente en su pecho, un redoble de miedo primitivo. Podía saborear el peligro en el aire, metálico y denso, ahogándola antes de que las palabras pudieran siquiera formarse. Esto no era como estar en el ring. Era supervivencia pura y real.

El dolor llegó sin previo aviso, una descarga abrasadora que atravesó sus defensas. Le arrancó un jadeo de los pulmones, un sonido estrangulado

por la conmoción y el inicio de la comprensión. El peligro había irrumpido en su santuario y amenazaba con apagar su luz con la implacabilidad de una sombra que devora el día.

Mientras el dolor grababa su mensaje en lo más profundo de su carne, Erica supo con escalofriante certeza que su vida pendía de un hilo. Y el abismo que se abría bajo sus pies estaba hambriento.

CAPÍTULO DIEZ

Las piernas de Fiona pesaban al salir del coche. Las luces del centro de Portland brillaban en la fachada de cristal del edificio de apartamentos de Jake. Atravesaron el silencioso vestíbulo con el cansancio que solo un día persiguiendo sombras podía provocar. El ascensor zumbaba suavemente, subiendo al piso de Jake, y Fiona se apoyó contra la pared fría, cerrando los ojos un instante.

La puerta de su apartamento se abrió con un clic y entraron en la calma silenciosa del piso de Jake. Todo eran ángulos agudos y líneas limpias, el mobiliario minimalista, un contraste con el caos de su día. Mientras Jake dejaba las llaves sobre la isla de la cocina, continuó el hilo de su conversación anterior.

—La coartada de Rhodes es sólida —dijo, quitándose la chaqueta—. Las cámaras de seguridad confirman que ni siquiera estaba en la ciudad.

Fiona asintió, procesando esta nueva información. Se quitó su propio abrigo, sintiendo cómo el peso se levantaba de sus hombros. Todavía podía visualizar la cara desafiante de Calvin Rhodes, los tatuajes de araña subiendo por su cuello, la personificación de la sospecha. Pero no se podía discutir con las pruebas, y Fiona sabía que los hechos tenían que marcar el camino, sin importar hacia dónde apuntara la intuición.

—Parece que estamos de vuelta en el punto de partida —dijo Fiona con voz uniforme, pero sentía la frustración burbujeando bajo la superficie. Su mirada vagó hacia las grandes ventanas, el cielo nocturno extenso y salpicado de estrellas.

Jake la miró, formándose una arruga entre sus cejas. —Pronto tendremos un avance. Siempre lo conseguimos.

Fiona quería creerle, compartir su confianza, pero la duda la carcomía. Se unió a Jake junto a la ventana, la ciudad se extendía debajo de ellos como una vasta bestia dormida. Se quedaron allí un momento, asimilando la situación, antes de que Fiona se dirigiera al mullido sofá y se hundiera en

él, su cuerpo amoldándose a los suaves cojines. A su lado, Jake imitó sus movimientos, sus hombros rozándose en silencio. La tenue iluminación del apartamento proyectaba un cálido resplandor sobre sus rasgos, ofreciendo una apariencia de paz en medio del caos de sus vidas. La mente de Fiona, sin embargo, se negaba a calmarse. Ahora que tenía un momento lejos del caso, las imágenes de Joslyn la atormentaban: el eco de una risa, el destello de una sonrisa que parecía estar siempre fuera de alcance.

—¿Alguna noticia del hospital? —dijo Jake, sacando a Fiona de su ensimismamiento—. ¿Sobre tu hermana?

—Nada —murmuró, sus dedos trazando patrones invisibles en la tela del sofá—. Dicen que no hay noticias son buenas noticias.

Jake se volvió hacia ella, sus ojos escrutando su rostro. —Puedo notar cuando estás preocupada, Roja.

Fiona asintió. —Es que... ¿Y si nunca vuelve a hablar, Jake? ¿Y si está atrapada dentro de su propia mente para siempre?

Él extendió la mano, tomando suavemente la de ella. —Estarás ahí para ella, Roja. Es todo lo que puedes hacer. Estar ahí y tener esperanza.

—La esperanza parece escasear estos días —admitió Fiona, apretando su mano en señal de gratitud. El silencio los envolvió de nuevo, pero era un silencio reconfortante, lleno de comprensión tácita y miedos compartidos.

Sus cuerpos se relajaron uno contra el otro mientras el peso del día se cernía sobre ellos. Fiona observó a Jake, su perfil recortado contra las luces de la ciudad que se filtraban a través de las persianas. Los músculos de su mandíbula trabajaban en silencio, una señal que ella había llegado a reconocer como su contemplación, o su lucha. Tomó aire, sintiendo el peso de su pregunta como una piedra en el pecho.

—Jake —comenzó, su voz apenas por encima de un susurro—, me preguntaba... ¿sigues pensando en tu madre? En el caso, quiero decir.

Él se tensó, luego se relajó en una exhalación, como si liberara una carga que había estado sosteniendo. Volviéndose para mirarla, sus ojos marrones contenían un destello de dolor que raramente dejaba ver.

—Sí, Roja. Me recuerda a ella —su admisión quedó suspendida entre ellos, cruda y honesta—. Fui yo quien la encontró, ¿sabes? Simplemente

entré en la cocina y allí estaba... —se interrumpió, tragando con dificultad—. De la misma manera en que dejaron a Lena y Jamie.

Su corazón se encogió, sabiendo cuánto le costaba revivir ese recuerdo. —Me lo contaste antes. Nunca fuiste a ese viaje de acampada con tu padre y tu hermano, ¿verdad?

—Cierto —Jake negó con la cabeza, las sombras parecían acercarse más a su alrededor—. Me quedé, pensando que tendría tiempo para salir con mis amigos mientras solo estábamos mi madre y yo en casa. Resultó que estar en la ciudad no supuso ninguna diferencia. Igualmente volví a casa para encontrarme con una pesadilla —su voz era un murmullo bajo de dolor y arrepentimiento—. Si tan solo hubiera estado en casa con ella...

El silencio regresó, pero ahora los envolvía como un sudario, pesado con el dolor no expresado. Fiona extendió la mano, tentativa, sus dedos rozando los de él. En la tenue luz, podía ver la fina línea de su cicatriz, un recordatorio físico de heridas emocionales mucho más profundas.

—Dios, Jake, lo siento muchísimo —dijo ella, con la voz quebrada. Quería ofrecerle consuelo, alivio, cualquier cosa para aligerar su carga. Pero las palabras parecían triviales ante semejante pérdida—. ¿Hubo alguna vez sospechosos en el caso de tu madre? —preguntó, rompiendo el silencio. Su voz resonaba demasiado en la habitación callada.

Jake negó con la cabeza, mirando fijamente por los ventanales del suelo al techo que mostraban las luces de la ciudad.

—No —dijo secamente—. Nunca pillaron al tío. Han pasado quince años.

—¿Podría ser el mismo hombre? —La pregunta de Fiona quedó suspendida en el aire, su mente dando vueltas a las posibilidades—. El que mató a Jamie y Lena... ¿podría ser...?

—Lo dudo —murmuró Jake, sin apartar la mirada de la ventana—. No recuerdo que hubiera arañas en casa.

Fiona se mordió el labio, la parte analítica de su cerebro uniendo patrones y cronologías.

—¿Deberíamos revisar los archivos del caso antiguo, por si acaso?

Jake se giró de la ventana, sus ojos encontrándose con los de ella. Estaban llenos de una vulnerabilidad que rara vez veía en él.

—No estoy seguro —admitió—. Una parte de mí quiere investigar todas las posibilidades, pero... —Hizo una pausa, pasándose una mano por el pelo.

—¿Pero qué? —le animó Fiona con suavidad.

—Me da miedo hacerme ilusiones —Su voz apenas era un susurro—. Después de lo de mi madre... pasé mucho tiempo intentando resolverlo desde lejos. Por eso me metí en el FBI. Pero la pista se enfrió mucho antes de que me hiciera agente. Me da miedo volver a tener esperanzas.

Fiona dudó antes de formular la pregunta que le rondaba la cabeza.

—Tu madre... ¿era fuerte, como Jamie o Lena? —Observó a Jake atentamente, evaluando su reacción ante la comparación.

Él se removió incómodo en el sofá, sus ojos oscureciéndose con el recuerdo.

—Era bombera —dijo en voz baja, como si cada palabra le costara—. Como todos los demás en mi familia —Una sombra de sonrisa cruzó su rostro—. Pero no era una fanática del gimnasio. Creía en mantenerse en forma para el trabajo, pero no iba al gimnasio como estas víctimas.

El corazón de Fiona se encogió al ver el dolor de Jake, tan palpable que parecía llenar la habitación. Podía verlo: cómo el caso lo estaba arrastrando de vuelta a su día más oscuro. Respiró hondo y se acercó, dejando que su presencia se notara más que sus palabras. No era el momento de presionar; sabía que no debía abrir viejas heridas sin cuidado. Sin embargo, el pensamiento persistente permanecía en el fondo de su mente: una conexión entre su pasado y su presente, si tan solo Jake estuviera listo para considerarlo.

La conversación se desvaneció en un silencio cómodo. Fiona extendió la mano, sus dedos rozando la mano de Jake, buscando aliviar la tensión que se había instalado en sus hombros. Él se volvió hacia ella, y en ese instante, el mundo fuera de las paredes del piso pareció desvanecerse.

Sus labios se encontraron, una suave colisión que decía mucho más que las palabras. En la seguridad del abrazo, Fiona sintió que el peso del caso, la

preocupación por su hermana y el temor de los misterios sin resolver se desvanecían, dejando solo el calor de los brazos de Jake a su alrededor.

El beso se profundizó, una promesa silenciosa de apoyo y fuerza compartida. Por un momento fugaz, encontraron consuelo el uno en el otro, un refugio de la tormenta que rugía justo más allá de su puerta.

Sus labios se separaron, pero permanecieron cerca, apoyándose el uno en el otro en busca de consuelo. Sus gafas, empañadas por el calor de su aliento compartido, se deslizaron por su nariz. Jake las empujó suavemente hacia arriba con una suave risa.

—Siempre las estás perdiendo —murmuró, sus ojos brillando con afecto. Ella sintió el calor que irradiaba de él, envolviéndola como una manta muy necesaria contra el frío del mundo exterior.

Fiona respondió con un suave golpe en su hombro.

—No las perdería si tú no las empañaras —A pesar de la broma, sus palabras eran suaves, la sonrisa que se extendió por su rostro, genuina. La risa de Jake se desvaneció, su expresión volviéndose seria de nuevo.

—Pelirroja —comenzó, su pulgar trazando distraídamente sus nudillos—. Vamos a encontrar a quien hizo esto. A quien mató a Lena y Jamie. Nos hemos enfrentado a cosas peores que esto antes, ¿verdad?

La promesa flotó pesadamente en el aire, una afirmación sólida entre un mundo de incertidumbres. Fiona asintió, su mente aún llena de las imágenes de las víctimas y su hermana, pero ahora había una resolución fortalecida. Un entendimiento de que no estaban solos en esto.

Se quedaron allí un rato más, sus cuerpos cerca en silenciosa solidaridad contra las crueldades del mundo exterior. Las luces de la ciudad parpadeaban y bailaban en la oscuridad, proyectando largas sombras que danzaban sobre sus rostros.

El silencio era cómodo, cada uno perdido en sus pensamientos pero encontrando consuelo en la presencia del otro.

Pero la realidad destruyó la tranquilidad cuando el móvil de Jake estalló con su tono estridente. A regañadientes, se apartó para contestar, su ceño frunciéndose al instante. Fiona contuvo la respiración, observando cómo su rostro se tornaba sombrío.

—¿Otro asesinato? —La voz de Jake sonaba ronca, teñida de incredulidad. Escuchó un momento más y luego asintió con brusquedad—. Vamos para allá.

Colgó el teléfono, su expresión endureciéndose con determinación. Las palabras del comisario Whittaker habían sido claras: el asesino había vuelto a atacar.

CAPÍTULO ONCE

Jake exhaló una nube de vaho en el aire gélido de la noche mientras él y Fiona llegaban a la escena. El barrio, normalmente envuelto en serenidad suburbana, era ahora un cuadro discordante de luces azules y rojas parpadeando contra las casas oscurecidas. Bajó del coche, sus botas de cuero crujendo sobre la grava, con los sentidos inmediatamente agudizados por la energía urgente que emanaba de la multitud de policías y curiosos.

—Mantén la concentración —murmuró Jake para sí mismo, un mantra para mantener el pasado a raya.

El vestíbulo de la casa les recibió con un silencio absoluto que contrastaba bruscamente con el clamor del exterior. Allí, entre los objetos cotidianos de la vida doméstica, yacía el cuerpo de una joven. Su garganta era una macabra sonrisa, la sangre empapando las fibras de una alfombra ornamentada, mientras las arañas —un grotesco homenaje a los tejedores de la naturaleza— se arrastraban sobre su piel que se enfriaba. El estómago de Jake se encogió, pero no por la visión ante él; era el fantasma de otro día, otro hogar, lo que amenazaba con engullirle. Su propio recuerdo de su madre.

Mientras examinaba la escena, notó la ausencia de lucha, la quietud del entorno de la víctima. Esto no se trataba solo de muerte; era un mensaje, cuidadosamente elaborado pero horrible en su ejecución.

—Otra mujer fuerte derribada —dijo Jake, su voz baja pero con un deje de ira contenida. Estas víctimas eran más que casos para él; eran recordatorios de la madre que perdió, la justicia que buscaba en cada momento de vigilia. Sabía que no podía cambiar el pasado, pero aquí, en su implacable persecución, quizás pudiera enderezar el futuro.

Jake se acercó al umbral, su mirada sin apartarse nunca del cuerpo de Erica Silverman. El aire del vestíbulo estaba inmóvil, la escena intacta, salvo por el macabro cuadro ante él. A diferencia de las otras, ella no había llegado muy lejos de su propia puerta de entrada. Era como si la muerte la

hubiera estado esperando en el momento en que giró la llave. Pero eso no había sido necesariamente el *modus operandi* del asesino hasta ahora.

—Con prisas —murmuró entre dientes. Sus ojos buscaron señales de lucha —un zapato pateado, una alfombra desplazada— pero no encontró ninguna. Las víctimas anteriores aparentemente habían caminado a través de telarañas hasta llegar a sus cocinas. Aquí, la víctima nunca llegó mucho más allá de la puerta principal.

Apartó su atención de la horrible visión y buscó a un agente que estaba cerca, con un cuaderno en la mano.

—¿Qué sabemos? —preguntó Jake, su tono exigente pero controlado.

El agente, un joven con la mandíbula tensa, levantó la vista de sus notas.

—Una vecina dio el aviso —dijo—. Vio a un hombre extraño saliendo de aquí.

—¿Erica solía tener visitas? ¿Hombres? —insistió Jake, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta.

—Raramente, según la vecina. Le pareció lo suficientemente raro como para llamar —el agente se movió, evidentemente incómodo, mientras añadía—: Llegamos rápido. La vimos a través de esa ventana —señaló con la cabeza hacia el cristal que les ofrecía a todos una vista que deseaban no haber visto nunca.

La mente de Jake iba a toda velocidad. Un hombre, una salida apresurada, la intuición de una vecina... piezas de un rompecabezas que empezaban a formar una imagen más siniestra. Quien hizo esto no tuvo el lujo del tiempo, no como antes. Algo había cambiado esta noche, algo había salido mal para el asesino.

—Gracias —dijo Jake secamente, apartándose del agente. Necesitaba espacio, necesitaba pensar. Esta nueva variable, la naturaleza apresurada del asesinato, era una grieta en el patrón. Y las grietas eran cómo entraba la luz, cómo la verdad se abría paso a través de la oscuridad. Jake sabía eso después de años persiguiendo sombras, intentando dar sentido a lo que no lo tenía.

Sentía el peso del recuerdo de su madre, un ancla en su pecho que le arrastraba hacia abajo, pero luchó contra ello, se obligó a centrarse en el aquí y ahora. Erica Silverman se merecía eso. Todas lo merecían.

—Que entre el equipo forense —dijo Jake en voz alta, dirigiéndose a la sala, la urgencia en su voz no dejaba lugar a dudas—. Y que alguien vuelva a peinar el barrio. Si vieron a nuestro hombre, tal vez se descuidó. Tal vez alguien más notó algo.

Mientras los agentes se movían para seguir sus directrices, Jake se quedó solo por un momento, la realidad de la caza asentándose sobre él. Encontraría a este asesino, por Erica, por las demás, por el fantasma que aún rondaba su propia casa. Era una promesa grabada en cada línea de su expresión determinada, un juramento pronunciado en el lenguaje silencioso de la pérdida.

Cruzó una mirada con Fiona y le hizo un gesto con la cabeza.

—Puedes seguir trabajando aquí, Pelirroja —dijo—. Yo me encargaré de la vecina.

Fiona asintió, con el rostro sombrío. Jake salió, el frío del aire nocturno cortando a través del caótico calor de la escena del crimen que dejaba atrás. Las luces parpadeantes continuaban su implacable danza, pintando el vecindario en tonos de rojo y azul. A unos pasos de distancia, bajo la atenta mirada de un agente uniformado, una mujer mayor estaba sentada envuelta en una gruesa manta, sus ojos reflejando la tragedia que se había desarrollado dentro de estas paredes.

—Señora, soy el agente Tucker —se presentó Jake con un respetuoso gesto de cabeza—. Necesito hacerle algunas preguntas sobre lo que vio esta noche.

La mujer alzó la mirada para encontrarse con la suya, y Jake pudo ver el peso de la tristeza en sus ojos. Asintió, aferrándose a la manta con más fuerza, como si pudiera protegerla de los horrores de la realidad.

—Erica era una chica tan fuerte —murmuró, con la voz teñida de dolor—. Siempre tan amable con todos. Es... es sencillamente trágico lo que le ha pasado.

Jake luchó por mantener su rostro impassible, por no dejar que los ecos de su propia pérdida se filtraran en su actitud profesional.

—Entiendo que esto es difícil para usted —dijo con suavidad—. Pero cualquier detalle que pueda recordar podría ayudarnos a atrapar al responsable.

La observó atentamente, notando el escalofrío que no era por el frío, la forma en que sus manos temblaban ligeramente mientras sostenía la tela cerca. Esta era la vecina de alguien, una persona que había presenciado lo suficiente como para estar sentada aquí ahora, envuelta por las secuelas de la violencia.

—Era alto —comenzó, con la voz apenas por encima de un susurro—. Delgado. Vestido completamente de negro, de pies a cabeza. Incluso llevaba una máscara, como si hubiera salido directamente de una película de terror.

—¿Vio su cara? ¿Alguna marca distintiva? —preguntó Jake, manteniendo un tono uniforme, a pesar de la oleada de urgencia que pulsaba por sus venas.

Ella negó con la cabeza, sus ojos nublados por la frustración y el miedo.

—No, nada de eso. Estaba demasiado oscuro, y él... se movía muy rápido.

—Gracias —dijo Jake, dándole un suave apretón en el hombro—. Ha sido de gran ayuda.

Mientras caminaba de vuelta hacia la casa, la mente de Jake iba a toda velocidad. Alto, delgado, enmascarado: la descripción era vaga pero consistente con alguien que intentaba evitar dejar rastros. Sintió un familiar destello de determinación; este asesino era meticuloso, pero todos los criminales cometían errores. Y dependía de él y de Fiona encontrarlos.

Dentro de la casa, Fiona subió la escalera, sus pasos deliberados y silenciosos, a pesar del alboroto policial en el exterior. Su mirada se fijó en la ventana agrietada del segundo piso con hambre forense. Observó los

bordes irregulares; apuntaban hacia adentro, evidencia inequívoca de que alguien había entrado en lugar de salir. El asesino araña era sin duda ágil y decidido, y probablemente había usado el ladrillo y el revestimiento de la casa para escalarla.

Pasó los dedos cerca del alféizar, con cuidado de no alterar posibles huellas o fibras. Es físicamente apto, pensó, imaginando la figura delgada que debió haberse izado a través de esta misma abertura. No se trataba solo de fuerza; era cuestión de atrevimiento, la audacia de escalar y entrar en lo desconocido.

La habitación estaba intacta, sin signos de lucha, lo que significaba que Erica nunca supo que él estaba allí hasta que fue demasiado tarde. Los ojos de Fiona recorrieron las paredes, adornadas con momentos de triunfo enmarcados: Erica, en plena patada, suspendida en el tiempo, con los músculos tensos. Trofeos y medallas proclamaban su destreza en el kickboxing. Cada recuerdo era un testimonio de disciplina y dedicación solitaria.

Fiona anotó los detalles en su cuaderno, su letra destacaba contra el papel blanco. Erica Silverman, otra mujer fuerte que vivía sola, había encontrado un final tan trágico como indecoroso. El patrón se estaba solidificando, volviéndose más claro con cada desafortunado descubrimiento.

La mirada de Fiona se detuvo en los trofeos de kickboxing que alineaban la estantería, cada uno un testimonio de la fuerza de Erica. En la quietud de la habitación, una punzada de empatía la atravesó. Ella también conocía el orgullo silencioso de una vida independiente. Antes de unirse al FBI, nunca había sido la más atlética, pero su fortaleza mental y su amor por la entomología siempre habían sido sus pilares. Vivía sola, dependiendo de nadie más que de sí misma, su santuario intacto por otros... hasta Jake.

Jake Tucker, el primer hombre que había logrado atravesar sus muros, aunque incluso con él, mantenían sus vidas separadas. Su relación era un delicado equilibrio entre cercanía e individualidad, no muy diferente a las existencias solitarias de las mujeres cuyas vidas habían sido tan brutalmente truncadas.

Pasó los dedos por una fotografía de Erica, sonriendo ampliamente, con una medalla alrededor del cuello. Fiona sintió el peso de la soledad que envolvía a las víctimas, una elección que debería haber significado seguridad pero que en su lugar las había convertido en objetivos. Respiró hondo, apartando los pensamientos. La empatía no atraparía a un asesino; la evidencia sí.

Con una última mirada a las fotos, Fiona se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia abajo, sus pasos pesados por la fatiga. Los eventos del día se aferraban a ella como telarañas, pegajosos y persistentes. El aire parecía espesarse mientras descendía, haciendo que cada paso se sintiera laborioso, cada respiración un poco más corta. Extendió la mano hacia el pasamanos en busca de apoyo, sintiendo el grano de la madera bajo su palma.

Al pisar el suelo de baldosas del vestíbulo, el mareo que había comenzado como un susurro se convirtió en un grito. Se detuvo, apoyándose contra la pared. Sus gafas se deslizaron ligeramente por su nariz, y se las subió con un dedo tembloroso.

—¿Roja? —La voz de Jake atravesó la niebla que amenazaba con nublar su mente. Alzó la mirada y le vio entrar, su figura sólida y reconfortante. Su presencia era un salvavidas que la alejaba del borde del agotamiento.

—Hola —dijo ella, con una voz más firme de lo que se sentía—. Has vuelto.

—Un vecino vio a un hombre vestido de negro, pero no puede decirnos mucho más —dijo Jake—. Al menos tenemos una idea de su complexión.

—Mejor que nada. Repasemos los hechos —Fiona abrió su libreta, cuyas páginas contenían notas que ahora parecían resonar con una familiaridad ominosa—. Lena Chase, Jamie Lin y ahora Erica Silverman —comenzó, con voz baja pero clara. Su dedo recorrió los nombres como si intentara esculpir un patrón en la tinta—. Todas mujeres fuertes e independientes. Todas solas. Y todas con la garganta cortada —Levantó la mirada hacia Jake, el peso de la revelación palpable entre ellos.

—Arañas en todas las escenas —añadió Jake, frunciendo el ceño mientras se apoyaba en el marco de la puerta, con los brazos cruzados—. Arañas tejedoras. Es como una firma.

—Exacto —confirmó Fiona. Las arañas no eran una mera coincidencia; formaban parte de la retorcida tarjeta de visita del asesino—. Es metódico. Deliberado.

Se quedaron allí un momento, en silencio, asimilando la gravedad de sus hallazgos. No se trataba de actos de violencia al azar; se enfrentaban a un depredador que acechaba a sus presas con una precisión escalofriante. Y, sin embargo, algo en esta escena no encajaba.

—Algo salió mal aquí —dijo Fiona, rompiendo el silencio. Su mirada volvió al cuerpo en el vestíbulo, la quietud de la muerte en marcado contraste con el caos del crimen—. Las otras fueron asesinadas en sus cocinas. Esto... esto fue precipitado, impulsivo. Apresurado, como dijiste antes.

Jake asintió, apartándose de la pared.

—Sí, Erica debió llegar antes de lo previsto o pillarle por sorpresa —Sus ojos escudriñaron el entorno, trazando el camino de un agresor que había huido demasiado rápido—. Tuvo que acabar con ella aquí mismo.

—Lo que significa que pudo haber sido descuidado —sugirió Fiona, con un tono de esperanza. Lo necesitaban: un error, un descuido que pudiera llevarles al monstruo que se escondía detrás de estos asesinatos.

—Hagamos que los forenses examinen todo a fondo —decidió Jake, ya sacando su móvil—. Si se apresuró, puede que nos haya dejado algo que podamos usar.

—De acuerdo —Fiona cerró su libreta, con una sensación de determinación asentándose en su interior. Estaban cerca, podía sentirlo. Cada escena del crimen era una pieza del puzzle, y la imagen empezaba a tomar forma. Con un análisis meticuloso y un poco de suerte, atraparían a este asesino. Era solo cuestión de tiempo antes de que cometiera un error, y cuando lo hiciera, estarían listos.

CAPÍTULO DOCE

Los ojos de Fiona estaban cansados, las gafas resbalándole por el puente de la nariz mientras se inclinaba más cerca del microscopio. A su lado, Jake hojeaba fotos de la escena del crimen, con el ceño fruncido en concentración. El reloj de la pared marcaba el tiempo, indiferente a su urgencia. El laboratorio forense de la sede del FBI era una cueva de sombras a esa hora tardía, iluminado solo por el resplandor azul de las pantallas de ordenador y el destello ocasional de una lámpara de escritorio.

—¿Algo? —dijo Jake, su voz cargada de esperanza y fatiga.

—Nada —respondió Fiona secamente, con frustración. Se apartó del microscopio, se frotó los ojos y echó un vistazo a la variedad de bolsas de pruebas que cubrían la mesa, un testimonio silencioso de su esfuerzo infructuoso. El zumbido de la maquinaria analizando muestras era un recordatorio constante de cuánto dependían de la ciencia para hablar cuando las voces humanas habían sido silenciadas para siempre.

—Repasémoslo de nuevo —sugirió Jake, aunque el hundimiento de sus hombros traicionaba su entusiasmo menguante.

Fiona asintió, preparándose para otra ronda. Examinaron cada detalle: fibras de cabello, partículas de tela, la más mínima mancha de sangre, todo escrutado bajo el ojo implacable de la tecnología. Pero el asesino era un fantasma, sin dejar atrás ADN rastreable, ni un mechón de pelo, ni siquiera una escama de piel.

—Pelirroja, ¿estás bien? —dijo Jake, notando la arruga que se profundizaba entre las cejas de Fiona.

Ella forzó una sonrisa tensa.

—Sí, es solo que... necesitamos algo de lo que partir, Jake.

Su historia compartida de pérdida, de tragedias familiares sin resolver, los unía en un entendimiento silencioso. No se trataba solo de resolver

casos; era personal. Cada víctima era un espejo de su pasado, reflejando el dolor de las preguntas sin respuesta que los atormentaban desde jóvenes.

El equipo forense entró, agotado tras horas de meticuloso trabajo. Sus expresiones lo decían todo incluso antes de hablar.

—Hemos realizado cada prueba dos veces —informó el técnico principal—. Ningún ADN. Es como si nunca hubiera estado allí.

—Maldita sea —masculló Jake entre dientes, pasándose una mano por el pelo.

Fiona sintió el peso de la desesperación asentándose sobre sus hombros. Todas sus técnicas avanzadas, toda su dedicación, y aun así no estaban más cerca de atrapar al asesino que cuando habían empezado. Las arañas tejedoras de orbes parecían burlarse de ellos con su presencia silenciosa, un enigma envuelto en hilos de seda.

Fiona se detuvo en las fotos brillantes de las escenas del crimen, su mirada fijándose en las arañas tejedoras de orbes que acechaban en las esquinas como testigos silenciosos. Comunes en jardines, su presencia en el interior era una clara anomalía. Un detalle demasiado específico para ser una coincidencia. Mordisqueó el extremo de su bolígrafo, las ruedas girando en su cabeza.

—¿Pelirroja? —dijo Jake, sacándola de sus pensamientos.

—Tejedoras de orbes —dijo, señalando una foto—. ¿Por qué están aquí? —Fiona se levantó abruptamente, empujando su silla hacia atrás. Caminó de un lado a otro una vez, dos veces, luego agarró su teléfono del escritorio—. Tengo una idea.

Sus dedos se cernieron sobre la pantalla antes de presionar con resolución. Marcó, el sonido resonando en el silencioso laboratorio.

—Es tarde, así que puede que Caleb no conteste —dijo—, pero tengo que intentarlo.

—¿Quién es Caleb? —dijo Jake, frunciendo el ceño.

—Un viejo amigo de Harvard —respondió mientras el teléfono seguía sonando—. Le van los bichos. Especialmente las arañas.

—¿Un entomólogo? —adivinó Jake.

—Exacto —confirmó Fiona, justo cuando un clic señaló la conexión de la llamada. Rápidamente cambió a altavoz.

Fiona golpeaba el suelo con el pie impacientemente mientras el teléfono sonaba por tercera vez, lanzando una mirada de reojo a Jake, que estaba inclinado sobre su propio conjunto de fotos del caso. Él le dio un gesto de ánimo justo cuando la voz de Caleb, ronca por el sueño pero teñida de curiosidad, crepitó a través del altavoz.

—Hola, Fiona Pelirroja —murmuró—, ¿a qué debo el placer?

—Hola, Caleb. Cuánto tiempo —dijo ella bruscamente, su voz profesional pero cálida—. Ahora estoy con el FBI, trabajando como agente.

—Vaya, eso es impresionante —respondió Caleb, sonando más alerta—. Interesante momento para llamar y decírmelo. ¿Qué pasa?

—Pregunta extraña para ti —comenzó Fiona, metiendo un rizo rebelde detrás de su oreja—. ¿Conoces a alguien que trate con arañas tejedoras de orbes en la zona de Portland, Oregón?

—¿Tejedoras de orbes? —repitió Caleb, y Fiona casi podía oír los engranajes girando en su cabeza—. ¿Por qué preguntas?

—No puedo decir mucho, pero son parte de un patrón en una serie de asesinatos que estamos investigando —respondió, con los ojos fijos en la evidencia de seda de araña embolsada sobre la mesa.

—¿Asesinatos, eh? —Hubo un cambio en el tono de Caleb, de somnoliento a agudo—. Espera.

Oyó el roce de sábanas, el débil sonido de papeles siendo revueltos. Fiona esperó, su mirada fija en el tenue reflejo de sus rostros en la ventana.

—Barry Fink —soltó Caleb de repente—. Tiene un local, una granja de arañas. Trabaja con todo tipo, sobre todo las más raras.

—Barry Fink —repitió Fiona, cogiendo un bolígrafo. Garabateó el nombre en un bloc de notas—. ¿Crees que vendería arañas tejedoras de orbe?

—Si se trata de arañas en Portland, Barry es tu hombre —confirmó Caleb—. Tiene de todo, desde arañas comunes hasta las más exóticas. Te mando la dirección por mensaje.

Hubo una pausa al otro lado hasta que el móvil de Fiona vibró con un mensaje de Caleb.

—Vale —dijo ella, con una voz que mezclaba gratitud y determinación.

—Oye, Fiona —la voz de Caleb crepitó a través del altavoz, con un tono de cautela—. Es tarde, y este tío... bueno, es un poco raro. Quizás deberías contactar con él por la mañana.

—Gracias, Caleb. Haremos eso.

—Vale, entonces —dijo él—. Y oye, sobre cuando me echaste una mano con la tesis...

—Considera nuestra deuda saldada —le interrumpió Fiona, con un toque de diversión en su tono cansado.

Una risa resonó desde el teléfono, un recuerdo compartido iluminando la oscuridad del laboratorio.

—Buena suerte, Agente Roja.

—Buenas noches, Caleb —finalizó la llamada, dejando la última palabra flotando en el aire, un recordatorio de lo lejos que había llegado desde aquellos días enterrada entre libros y colecciones de insectos.

Jake la miró de reojo.

—Barry Fink, ¿eh?

—Primera cosa mañana —afirmó Fiona, empujando sus gafas sobre el puente de la nariz. Sentía el tirón del sueño como una fuerza física, pero su mente se negaba a apagarse, los pensamientos parpadeando como las luces fluorescentes sobre sus cabezas.

—Buena decisión —coincidió Jake, cerrando la carpeta frente a él. Se estiró, la tela de su camisa tensándose sobre sus hombros, un testimonio silencioso de las horas que habían pasado examinando pruebas.

—Vamos a dejarlo por hoy, Roja. No podemos cazar arañas si estamos medio dormidos.

—Cierto —exhaló Fiona, sintiendo de repente la habitación más fría mientras la adrenalina comenzaba a disminuir. Recogió los papeles dispersos, cada uno un fragmento del rompecabezas que estaban desesperadamente intentando resolver.

—Mañana —repitió Jake, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora mientras guardaban su trabajo—. Resolveremos este caso de una vez por todas.

—Mañana —repitió Fiona, permitiéndose una pequeña sonrisa. Caminaron lado a lado hacia la salida, sus sombras fundiéndose en el suelo. Esta noche, el descanso era una necesidad.

Mañana, irían de caza.

La respiración de Fiona era profunda y regular, el suave subir y bajar de su pecho el único movimiento en la habitación por lo demás inmóvil. A su lado, Jake yacía completamente despierto, su mirada fija en los patrones rugosos del techo. El fantasma de su conversación anterior acechaba en la oscuridad, arañas tejedoras hilando silenciosas telarañas en su mente.

Por más que lo intentaba, el sueño lo eludía. Sus pensamientos se agitaban, olas implacables estrellándose contra los acantilados de la memoria. Las similitudes entre este caso y lo que le había sucedido a su madre quince años atrás eran demasiado evidentes para ignorarlas. Cada vez que cerraba los ojos, veía visiones de aquel horror sin resolver, la imagen del cuerpo sin vida de su madre grabada en sus retinas.

Giró ligeramente la cabeza, observando a Fiona dormir. Sus rizos rojos se derramaban sobre la almohada, un vivo contraste con el lino pálido. Apreciaba su presencia, la forma en que traía un sentido de orden a su caótico mundo, pero esta noche su respiración constante se sentía como un metrónomo para su creciente inquietud. Los ojos de Jake volvieron al techo como si las respuestas estuvieran escritas en las grietas y sombras.

No quería albergar esperanzas; la esperanza era algo peligroso que podía llevar a una decepción aplastante. Sin embargo, el hilo de araña de la posibilidad se entretejía en sus pensamientos, negándose a ser ignorado. Con un suspiro silencioso, Jake se deslizó cuidadosamente de debajo de las sábanas, teniendo cuidado de no despertar a Fiona.

Jake permaneció inmóvil por un momento, dejando que sus ojos se ajustaran a la tenue luz que se filtraba a través de las persianas. Caminó de puntillas por el frío suelo hasta el salón, donde una vieja estantería albergaba varios objetos que contaban sus propias historias. Pero había una historia —una narrativa personal y dolorosa— que lo llamaba ahora.

Sus dedos recorrieron los lomos de libros y baratijas hasta que se detuvieron en una caja de aspecto inocente, encajada entre novelas policíacas desgastadas y un polvoriento álbum de fotos familiar. Este contenedor de cartón, descolorido y deshilachado en los bordes, guardaba los restos de un caso hace mucho tiempo archivado: el asesinato sin resolver de Cassandra Tucker.

Con manos más firmes de lo que se sentía, Jake liberó la caja. Cayó con un suave golpe, levantando motas de polvo que bailaban perezosamente en la luz tenue. Abrió la tapa, revelando carpetas de manila pulcramente apiladas, cada una meticulosamente etiquetada con fechas y detalles que solo un detective —o un hijo en duelo— podría descifrar.

Por un momento, dudó, su corazón pesado con el peso de la historia. Estos archivos no habían sido tocados en años, pero siempre estaban ahí, un recordatorio constante de las preguntas que habían atormentado la mitad de su vida. Ahora, quizás, contenían la clave para resolver no solo el caso de su madre, sino también el misterio de los asesinatos de la araña tejedora.

Dejando la tapa a un lado, Jake cogió la carpeta superior, sus bordes suavizados por el tiempo. La desplegó sobre la mesa de centro, las páginas extendiéndose como un mapa hacia un tesoro que nadie quería encontrar. Sus ojos recorrieron el contenido, buscando una pista.

Jake se acomodó en los desgastados cojines de su sofá, el olor a humedad del papel envejecido llenando el aire mientras extendía el contenido de la carpeta superior. La habitación estaba en silencio, salvo por el ocasional zumbido de la nevera, una banda sonora de fondo para su inquieta búsqueda de la verdad. Había visto estas páginas incontables veces, memorizado cada palabra y fotografía, pero ahora las examinaba con renovada desesperación.

Las fotografías de la escena del crimen destacaban en contraste con el tenue resplandor de la lámpara: imágenes de la cocina de su infancia

convertida en una exposición de horror. Entre el caos capturado en esas fotos, buscaba cualquier rastro de los diminutos depredadores que se habían convertido en el foco de su investigación actual. ¿Sería posible que hubiesen estado allí todo este tiempo?

Sus dedos recorrieron el contorno de las notas hechas por los investigadores, deteniéndose en las observaciones que ahora cobraban importancia a la luz de los acontecimientos recientes. El silencio de la noche lo envolvía, recordándole la soledad que acompañaba el caso sin resolver de su madre.

Entonces lo vio, una simple frase en el informe de un agente que hizo que su pulso se acelerara: «al menos tres arañas de jardín» descubiertas en la escena. Era más bien una nota al pie, algo que Jake había pasado por alto antes, o quizás olvidado porque había demasiadas otras cosas en las que centrarse en el expediente de su madre. Pero esto era una prueba: había al menos algunas de las arañas allí.

Lo que significaba que podrían estar tratando con la misma persona.

Las palabras se volvieron borrosas cuando Jake se dio cuenta de lo que esto significaba. Su madre, Cassandra, había sido precisa en sus rituales domésticos; ni una sola telaraña permanecía jamás en los rincones de su hogar. Encontrar arañas allí, especialmente arañas de jardín, desafiaba cada recuerdo que tenía de sus meticulosos hábitos.

Una mezcla de temor y reivindicación se asentó en su pecho. Quince años de dudas y callejones sin salida de repente se fusionaron en un único hilo de posibilidad. Lena, Jamie, Erica... todas estaban vinculadas a la muerte de su madre por la más delgada e improbable de las pistas. Por primera vez desde que se había puesto la placa, Jake sintió que la tensa línea de su pasado convergía con el presente.

El descubrimiento debería haber traído algún sentido de cierre, pero en su lugar, reavivó la ardiente necesidad de justicia que lo había llevado a esta carrera. Mientras la noche se hacía más profunda a su alrededor, Jake sabía que el sueño no llegaría. Había trabajo por hacer, y la retorcida firma de un asesino acababa de desentrañarse ante sus ojos.

Con los archivos extendidos como un sudario sobre la mesa de centro, Jake se reclinó, su mente acelerada. La evidencia era clara, pero sus

implicaciones eran vastas y abrumadoras. El hombre que había atormentado sus pesadillas, que había robado la luz a su familia todos esos años atrás, seguía ahí fuera, escondido tras las telarañas de sus oscuras predilecciones.

Esta era su oportunidad de atraparlo.

CAPÍTULO TRECE

La escarcha se aferraba a las ventanillas del coche de Jake, dispersando la luz del sol temprano en rayos fragmentados que bailaban en el campo de visión de Fiona. Sentada en el asiento del copiloto, con las manos entrelazadas sobre el regazo, observaba cómo pasaban el paisaje urbano de Portland, adentrándose en las afueras más rurales donde les esperaba la granja de Barry Fink.

Lanzaba miradas furtivas a Jake, que agarraba el volante con una intensidad que igualaba a la escarcha del exterior. Su silencio desde el amanecer había sido diferente de sus habituales discusiones animadas y cargadas de cafeína sobre el caso. Era como si una sombra se hubiera posado sobre él, y Fiona no podía quitarse la sensación de que no era solo el frío de la mañana invernal lo que causaba ese ambiente sombrío.

—Jake —dijo finalmente, con voz suave pero insistente—, has estado callado. Incluso para ser tan temprano. —Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, una invitación para que compartiera lo que tanto pesaba en su mente.

Exhaló lentamente, sin apartar los ojos de la carretera.

—Anoche revisé los archivos del caso de mi madre —admitió, tensando el músculo de la mandíbula—. También había arañas orbe en su escena. Se pasó por alto entonces, pero ahora...

La revelación golpeó a Fiona como una ola fría. Conectaba su actual serie de asesinatos con la tragedia sin resolver del pasado de Jake. Ahora entendía la gravedad de su silencio, la carga del conocimiento que vinculaba al asesino de su madre con el depredador que estaban cazando.

—Jake, lo siento —dijo Fiona, extendiendo la mano para posarla sobre la suya en un gesto reconfortante—. Esto debe estar reabriendo viejas heridas.

Él asintió, tragando saliva con dificultad.

—Lo hace, pero más que eso, nos da una pista. Si la misma persona está detrás de estos asesinatos, entonces estamos más cerca de atraparla que nunca antes.

Su determinación era palpable, y encendió una chispa en Fiona. Compartían no solo una conexión personal, sino también una resolución profesional de hacer justicia a este asesino. Con cada kilómetro que recorrían hacia la granja de arañas de Barry Fink, las piezas de un oscuro rompecabezas empezaban a encajar, y las implicaciones de lo que podrían encontrar se cernían en los pensamientos de Fiona.

Los dedos de Fiona tamborileaban sobre su rodilla, un ritmo que acompañaba el latido acelerado de su pulso. A su lado, Jake conducía con una intensidad silenciosa que ella había llegado a reconocer como su forma de procesar. La escarcha de la madrugada aún se aferraba a los bordes de las ventanas, enmarcando el mundo en un gélido recordatorio de la tarea que les esperaba.

—Jake —comenzó Fiona, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos desde su revelación—. No podemos contarle esto al jefe todavía.

Él la miró brevemente, con una pregunta en sus ojos marrones.

—Si sabe que estás tan cerca del caso, personalmente, podría apartarte de él —mantuvo su mirada, asegurándose de que sus palabras calaran hondo—. Y sé que necesitas llegar hasta el final.

Un asentimiento, sombrío y resuelto.

—Sí. Lo mantendremos entre nosotros por ahora. Centrémonos en encontrar al asesino.

La decisión se asentó entre ellos como un pacto tácito, y Fiona sintió el peso de su entendimiento secreto. Eran ellos contra un pasado que se negaba a quedar enterrado y un presente que exigía justicia.

A medida que se acercaban a la granja, Fiona juntaba los fragmentos de su perfil, su lado entomólogo ayudando a su mente analítica.

—Sabes —reflexionó en voz alta—, el asesino cometió un error con tu madre. Había personas que podrían haberle interrumpido. Por eso ha cambiado su patrón, por eso se centra en mujeres solteras.

Las manos de Jake se tensaron sobre el volante, una sutil concesión a la verdad de sus palabras. Su madre había estado rodeada de un marido y unos hijos, un hogar lleno de potenciales testigos. Tenía sentido, una retorcida evolución del método para asegurar que el asesino siguiera siendo un fantasma.

—Exacto —concordó Jake, la única palabra cargada con la aceptación de una teoría que tocaba demasiado de cerca—. Aprendió de sus errores. Tiene que haber una razón por la que estuvo inactivo.

Su mirada se detuvo en Jake, notando la mandíbula apretada, la forma en que sus ojos permanecían fijos en la carretera.

—La araña en la escena de tu madre... le vincula a todo esto. Pero ¿por qué empezar de nuevo ahora?

Jake exhaló lentamente, su aliento empañando brevemente el parabrisas antes de disiparse.

—¿Miedo? ¿Codicia? ¿Necesidad? —Se encogió de hombros, un movimiento tenso de energía apenas contenida—. Algo ha cambiado para él, pero ¿qué?

—O quién —añadió Fiona en voz baja, su mente recorriendo las posibilidades. El asesino había evolucionado, sus métodos refinados a lo largo de años de silencio. Sentía el peso de las preguntas sin respuesta presionando sobre ellos, los hilos invisibles que conectaban el pasado y el presente.

Jake asintió una vez, bruscamente.

—De cualquier manera, vamos a averiguarlo.

Una oleada de adrenalina recorrió a Fiona mientras la gravedad de su tarea se asentaba en su pecho. Esto era más que un simple caso; era personal para Jake, la oportunidad de cerrar una herida de quince años. Para Fiona, se trataba de evitar que otra familia experimentase la agonía de la pérdida, algo que ella conocía demasiado bien. Cada víctima representaba una vida truncada, una historia terminada prematuramente, y ese pensamiento alimentaba su determinación. No dejaría que el miedo la paralizase, no esta vez.

—Jake —dijo ella con firmeza, su voz segura a pesar del latido acelerado de su corazón—. Vamos a atrapar a este tío. Tenemos que hacerlo. Por tu madre, por las mujeres que ha secuestrado y por las que aún podría tener como objetivo.

Él la miró, compartiendo un reconocimiento silencioso entre ellos. Compartían un vínculo, no expresado pero inquebrantable, unido por la pérdida y fortalecido por el juramento que habían hecho como agentes. Este asesino había atormentado la vida de Jake durante demasiado tiempo, escapándose por las grietas de un sistema imperfecto. Era hora de poner fin al ciclo, de asegurarse de que ninguna otra familia tuviese que soportar el tormento de un crimen sin resolver.

—Hagámoslo por ellos —dijo Jake solemnemente.

Y con esas palabras, Fiona sintió que su compromiso se solidificaba en algo tangible, un hilo de acero de propósito entrelazándose con su propio ser. No descansaría hasta que se hiciese justicia, hasta que la sombra que se cernía sobre el pasado de Jake y el presente de su ciudad fuese finalmente erradicada. Hoy era un paso hacia ese cierre, un movimiento contra la oscuridad. Con cada fibra de su ser, Fiona estaba lista para enfrentarse a lo que les esperaba en la granja de arañas de Barry Fink.

Fiona apartó la mirada del perfil de Jake, el silencio entre ellos tan nítido como la escarcha en las ventanillas del coche. El sol ya estaba subiendo, sus rayos intentando atravesar el frío con lanzas doradas. Al salir de la carretera principal, la grava crujió bajo los neumáticos, y el bosque los envolvió en un abrazo esmeralda. Las hojas susurraron una bienvenida —o una advertencia— mientras se adentraban más en el bosque.

Llegaron a un claro donde la granja de arañas de Barry Fink yacía escondida como un secreto. El lugar era una rareza anidada en la naturaleza, las estructuras imitaban pobremente el crecimiento orgánico de los árboles circundantes. Fiona salió del coche, su aliento visible en el aire frío de la mañana. El canto de los pájaros se mezclaba con el sutil zumbido de insectos invisibles. Era sereno pero inquietante, como si la tranquilidad enmascarase algo más siniestro.

Con una mirada entre ellos, se acercaron a la puerta de la granja. Los golpes resonaron con un sonido hueco que pareció ondular por el bosque.

Momentos después, se abrió, revelando una figura rechoncha que encajaba con la excentricidad de su vivienda. Barry Fink estaba ante ellos, con la barba desaliñada y las gafas reflejando la luz del sol. Los miró, la curiosidad iluminando sus ojos detrás de las lentes.

—Buenos días —dijo, su voz retumbando con una calidez inesperada—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Fiona mostró su placa del FBI, notando cómo el comportamiento de Barry pasó de amistoso a cauteloso, pero aún cordial.

—Nos gustaría hablar sobre sus arañas, señor Fink —dijo Fiona.

—Por supuesto, eres Fiona Red, ¿verdad? —dijo Barry—. Un viejo colega mío me llamó para avisarme de que vendrías.

—Así es —dijo Fiona.

—Bueno, pasad —dijo Barry con un gesto, apartándose para darles la bienvenida a su mundo de arácnidos. A pesar del escenario extraño, su exuberancia era contagiosa, casi entrañable. Fiona percibió a un hombre que encontraba consuelo en sus peculiares intereses, un rasgo que ella entendía muy bien.

Fiona cruzó el umbral. Se tomó un momento para adaptarse al cambio de luz, las sombras del bosque dando paso a la penumbra de la casa. El interior albergaba la promesa de respuestas, y podía sentir el peso de la anticipación de Jake como una fuerza tangible a su lado. Estaban cerca ahora, más cerca que nunca de desentrañar un misterio que se había enredado en sus vidas. Este hombre extraño y amable que tenían delante podría ser la clave para exponer la oscuridad que acechaba bajo la superficie de la ciudad que habían jurado proteger.

Fiona entró en el espacio tenuemente iluminado, sus ojos adaptándose a la vista de innumerables recintos de cristal apilados unos sobre otros. Sintió una curiosa mezcla de fascinación e inquietud mientras examinaba la habitación. Cada terrario era un mundo autónomo, rebosante de vida que se movía y tejía entre el follaje y las estructuras artificiales. El aire llevaba un olor a humedad, una amalgama de tierra y el persistente almizcle de los insectos.

—Vaya colección —dijo Fiona, su voz teñida de admiración profesional. Su mirada se posó en un terrario donde una araña con patas como agujas delgadas cuidaba de una intrincada telaraña. Barry siguió su mirada, con un brillo de orgullo en sus ojos.

—Ah, has visto mi joya de la corona —dijo, señalando hacia el recinto—. Es una araña tejedora de seda dorada. Rara por estas partes.

—Preciosa —suspiró Fiona, acercándose más. Su corazón de entomóloga latía acelerado ante la vista. Allí estaba el depredador perfecto de la naturaleza, un exquisito equilibrio de gracia y letalidad. Por un instante fugaz, ya no era la agente Red, sino la estudiante de ojos abiertos que había pasado horas absorta en las páginas de libros de texto sobre arácnidos.

—Poca gente aprecia su belleza —continuó Barry, visiblemente complacido con la reacción de Fiona—. La mayoría solo las ve como bichos asquerosos. Supongo que no debería esperar menos de una entomóloga como tú —su risa resonó dentro de los confines del santuario de arañas.

Fiona cruzó una mirada con Jake, que parecía pálido; nunca había sido un aficionado a los insectos, no como ella.

Fiona se apartó de la cautivadora exhibición. El deber llamaba, más fuerte que el canto de sirena de la búsqueda académica. Se aclaró la garganta, un sutil cambio de vuelta a su papel como agente del FBI.

—Barry, estamos especialmente interesados en sus arañas tejedoras comunes. ¿Tiene de esas? —preguntó Fiona.

—Por supuesto —Barry les guió a través del laberinto de recintos hasta una sección menos llamativa. Filas de arañas ocupaban estos espacios, cada una enfrascada en el trabajo diario de tejer o reparar telarañas—. Aquí están. No son tan vistosas, pero tienen su propio encanto.

Jake, que había permanecido callado, dio un paso al frente. Su voz tenía un tono de urgencia.

—¿Has vendido alguna recientemente?

Barry hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras hacía memoria.

—Sí, hubo alguien —se rascó la barba, mirando a lo lejos como si el recuerdo estuviera escondido en un rincón de la habitación—. No parecía del tipo estudioso, pero estaba interesado en estas pequeñas. No son gran cosa para la mayoría, pero tejen telarañas bastante rápido, lo que puede resultar atractivo para quienes buscan construir tipos específicos de recintos.

O dejarlas en algún lugar donde puedan tejer rápidamente para alarmar a víctimas desprevenidas...

Fiona cruzó una mirada con Jake, una comunicación silenciosa entre ellos. Esta podría ser la pista que necesitaban.

Fiona observó cómo el semblante jovial de Barry se ensombrecía, sus ojos nublándose con el esfuerzo de rescatar un recuerdo incómodo.

—Era diferente —murmuró Barry, sus palabras lentas y medidas—. Vino aquí, pidió específicamente tejedoras de orbe. Muchas de ellas.

—¿Dijo por qué? —insistió Jake, inclinándose hacia delante.

—No —Barry negó con la cabeza—. Simplemente entregó el dinero. Buena suma, pero... había algo raro en él —frunció el ceño—. Ni siquiera dio un nombre. Pensándolo bien, me dio escalofríos.

—¿Algo más que puedas recordar? —preguntó Fiona, su mente acelerada por las implicaciones. ¿Un no erudito comprando arañas al por mayor? No cuadraba.

Barry se encogió de hombros, un gesto pesado.

—Vestía todo de negro. Se mantuvo reservado. Entró y salió como una sombra.

Jake cruzó una mirada con Fiona. Ambos sabían que esto era significativo. El hombre de negro. La descripción del vecino. Era más que una coincidencia.

—Barry, ¿tienes cámaras de seguridad aquí? —la voz de Fiona era firme, a pesar de la adrenalina que comenzaba a surgir en sus venas.

—Claro que sí —dijo Barry, guiándoles de vuelta a través del laberinto hasta una oficina desordenada. Los monitores cubrían una pared, cada uno mostrando diferentes ángulos de la granja.

—¿Podemos ver las imágenes de cuando este tipo estuvo aquí? —preguntó Jake, con la mirada fija en las pantallas.

—Por supuesto —Barry se acomodó en una silla que crujió bajo su peso y comenzó a teclear. Después de un minuto, se detuvo y señaló la pantalla—. Ahí. Ese es él.

Las imágenes granuladas mostraban una figura alta, vestida con un abrigo negro largo, gorra calada sobre su rostro, gafas de sol ocultando sus ojos. Incluso en la pantalla, el hombre emanaba un aura inquietante.

—¿Podemos obtener una copia de esto? —preguntó Fiona, su voz sin revelar nada de la emoción que sentía por esta pista.

—Por supuesto —Barry pulsó unas teclas más, y una impresora cobró vida. Les entregó un CD—. Aquí está la totalidad de su visita.

—Gracias, Barry. Has sido increíblemente útil —dijo Jake, guardando el CD en su bolsillo.

Mientras caminaban de vuelta a su coche, Fiona podía sentir el cambio en el aire entre ellos. Esto era: una prueba tangible que podría llevarles al asesino.

—¿Difusión pública? —sugirió Jake, sus ojos encontrándose con los de ella.

—De acuerdo —asintió Fiona—. Alguien podría reconocerle, incluso con el disfraz.

Se metieron en el coche, el sol de la mañana ahora derritiendo la escarcha en las ventanas. Mientras Jake arrancaba el motor, Fiona sostenía el CD en sus manos, consciente de su importancia. Estaban un paso más cerca de poner fin a esta pesadilla, un paso más cerca de vengar a la madre de Jake, de prevenir más muertes.

Mientras se alejaban de la granja de arañas, Fiona pensó en todas las víctimas, en la madre de Jake, en los años de dolor y preguntas sin respuesta. Este avance, este pequeño disco circular, podría ser la clave para poner fin a todo.

CAPÍTULO CATORCE

La luz del amanecer se filtraba por las persianas, proyectando un resplandor estéril sobre las paredes blancas de la habitación. El hombre yacía inmóvil, sintiendo la rigidez en sus músculos por los esfuerzos de la noche anterior. Se estiró en la cama, un escalofrío recorrió su columna al recordar el asesinato.

La lucha había sido vigorizante, una danza entre la vida y la muerte. Aún podía ver el miedo en los ojos de su presa, sentir sus desesperados forcejeos. El momento final, cuando la vida se escapaba bajo sus manos, le proporcionó una sensación extática de logro. Era un arte que había perfeccionado, y la noche anterior demostró su destreza.

Al incorporarse, su mirada se posó en la foto de su madre sobre la mesilla de noche. Su expresión severa y sus ojos penetrantes aún le exigían mucho. Demostrar su valía había sido una búsqueda interminable que ella orquestó con precisión.

Su reciente fallecimiento destrozó la frágil paz que había logrado construir. Ahora, las viejas heridas se reabrían, supurando de nuevo, instándole a cazar, a sentir una vez más la emoción del dominio.

Se levantó, contemplando el vacío que dejaba su partida. En el silencio de su santuario, sintió una extraña sensación de liberación. Ya no había expectativas, ni miradas de desaprobación; solo quedaba la caza, la expresión más pura de su verdadera naturaleza.

Habían pasado quince años desde su primer asesinato, el más dulce de todos. La emoción y el peligro alimentaron su ascenso. Su madre había sospechado algo, y esa sospecha fue un grillete del que trabajó incansablemente para liberarse. Esto le enseñó la importancia del secreto, la necesidad de la perfección.

Ahora, libre de su antigua vida, abrazaba sus instintos. Los pensamientos sobre su próximo objetivo le consumían. Necesitaba a alguien fuerte, alguien cuya derrota elevaría la caza y afirmaría su destreza.

Su mirada volvió a la foto de su madre. En la muerte, ella se convirtió en el catalizador de su renacimiento, encendiendo su pasión por la caza. Con una última mirada a su imagen, se dio la vuelta, su determinación era como acero templado. La cacería había comenzado, y estaba ansioso por probarse a sí mismo una vez más.

Se dirigió hacia su colección de arañas. Las arañas, sus confidentes silenciosas, se ocupaban de sus asuntos con determinación. Cada telaraña era un testimonio de la eficiencia y la gracia implacable de la naturaleza. Eran depredadoras como él: silenciosas, pacientes y mortales.

Dejó que la tarántula se arrastrara sobre su palma, disfrutando de la sensación, la conexión cruda con algo tan temido pero tan perfecto. Esta criatura, con su gracia letal, encarnaba la esencia de lo que él aspiraba a ser: una sombra que se deslizaba sin ser vista, un depredador supremo.

Una sonrisa curvó sus labios mientras observaba a la tarántula acomodarse en su mano. Era una danza peligrosa, a un paso en falso del dolor o la muerte, pero él la había dominado hace mucho tiempo. La emoción del control, el poder sobre la vida y la muerte, era embriagador. Devolvió la araña a su lugar, su presencia era un juramento silencioso de continuar la caza.

El recuerdo de su primer asesinato persistía como una melodía preciada. Quince años no habían logrado difuminar los bordes de aquella noche. La descarga de adrenalina, el jadeo de sorpresa, la luz apagándose en los ojos de su presa... había sido un despertar.

Su madre había sido la primera en notar el cambio en él, sus ojos agudos captando la alteración en su comportamiento. La sospecha nubló sus facciones, una acusación sin palabras. Había sido su llamada más cercana, un desliz en la fachada que había construido.

Pero ahora, con ella ausente, no había necesidad de pretensiones. Su muerte había liberado la última compuerta que contenía sus deseos más oscuros. El impulso de cazar surgía dentro de él como una bestia voraz. Ya no quedaban ojos que cuestionaran; era libre de abrazar su naturaleza.

En la quietud de su habitación, rodeado por sus silenciosos observadores, sabía una cosa con escalofriante claridad: la caza continuaría.

La anticipación de seleccionar a su próxima presa, de planear y ejecutar el asesinato perfecto, le llenaba de una alegría oscura.

Se paró frente al espejo, con la mandíbula tensa de determinación. El hombre en el reflejo era poco llamativo, una máscara de normalidad perfeccionada a lo largo de los años. Pero bajo la superficie, había una necesidad palpitante que exigía satisfacción. La ausencia de su madre cortó la última cadena que le ataba a la apariencia de una vida ordinaria. Ahora, podía habitar plenamente la piel del depredador que estaba destinado a ser.

Mientras se abotonaba la camisa, cada movimiento era deliberado, impregnado con la anticipación de la caza. Consideró las cualidades de su presa ideal: fuerte, quizás con conocimientos de defensa personal. Anhelaba la resistencia, el miedo, el momento en que se dieran cuenta de su impotencia frente a él. No se trataba solo de matar; se trataba de afirmar su superioridad.

Su mente tejía escenarios tan intrincados como telas de araña. Planeaba el acercamiento, la captura, el final con meticuloso detalle. Hoy comenzaría la búsqueda, saboreando la perspectiva de burlar a las fuerzas del orden una vez más.

La emoción de la cacería era embriagadora, pero ahora había un elemento adicional: un homenaje a la mujer que lo crio. Su afán por la perfección y la necesidad de sobresalir lo moldearon, aunque ella nunca entendió la dirección de sus talentos. Su fallecimiento lo liberó de su escrutinio, otorgándole una libertad sin límites para perseguir su verdadera vocación.

Con ojo experto, evaluó sus herramientas: un cuchillo afilado como una cuchilla, guantes que no dejaban rastro, una colección de ataduras. Cada objeto era una pieza del rompecabezas que conducía a su próxima obra maestra. Los guardó con cuidado. Este asesinato sería impecable.

Se ajustó el cuello de la chaqueta, ocultando el leve temblor de emoción en sus manos. Estaba listo, el depredador en su interior completamente despierto. Al echar un último vistazo a la foto de su madre, una sonrisa fantasmal cruzó sus labios. La muerte de ella marcaba el comienzo de un nuevo capítulo en su oscura odisea.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Su mirada se desvió hacia el terrario donde habitaban sus arañas, sus formas silenciosas una presencia reconfortante. Eran sus parientes espirituales, sus mentores en la caza. Con una última mirada a sus intrincadas telas, salió al mundo. Su determinación era inquebrantable; el hambre en su interior ardía como una llama.

La luz de la mañana se filtraba entre los árboles mientras caminaba, proyectando largas sombras en el sendero. El mundo ignoraba al monstruo entre ellos, un lobo con piel de cordero buscando su próxima presa. Se mezclaba entre la multitud, una cara más, pero en su interior, los engranajes giraban. Hoy marcaba el inicio de su próxima conquista, un tributo a la mujer que lo había moldeado para ser el cazador perfecto. El juego había comenzado, y él saboreaba la oportunidad de demostrar su maestría una vez más.

CAPÍTULO QUINCE

Jake permanecía rígido frente al banco de monitores, con la mirada fija en uno en particular. Mostraba imágenes granuladas de un hombre, con la gorra calada hasta las cejas, mientras entregaba dinero a cambio de un puñado de arañas. Las tejedoras de orbes, sinónimo de muerte en su investigación, parecían burlarse de ellos desde la pantalla.

El corazón de Jake latía con fuerza. ¿Podría ser realmente este el hombre que estaba matando a estas mujeres, que posiblemente mató a su propia madre?

—¿Algo en la línea? —La voz de Jake sonaba tensa, impaciente.

—Nada más que callejones sin salida —dijo Fiona desde su escritorio contiguo, sus dedos tecleando mientras revisaba los datos.

El equipo técnico había estado zumbando a su alrededor desde que abrieron la línea de información, atendiendo llamadas con una mezcla de esperanza y escepticismo. Antes había entrado una llamada de broma, algún idiota imitando sonidos de araña antes de estallar en carcajadas y colgar. Jake había colgado el auricular con tanta fuerza que el eco resonó por toda la oficina.

—Tengo otra —gritó un técnico, pasándole una nota a Jake.

—Un chaval de catorce años visto con una tarántula —Arrugó el papel y lo arrojó a la creciente pila de pistas inútiles—. Esto no nos lleva a ninguna parte.

Fiona levantó la mirada, sus ojos ámbar encontrándose con los de él.

—Está ahí fuera, Jake. Alguien le conoce.

—Ya —murmuró Jake, poco convencido. Se sabía el perfil de memoria: un hombre, posiblemente de veintitantos años en el momento de la muerte de su madre, probablemente de treinta o cuarenta ahora, posiblemente con una conexión personal con las víctimas. Pero el conocimiento se sentía como un frío consuelo cuando las pistas escaseaban.

El reloj avanzaba burlonamente, cada segundo un recordatorio de la urgencia que les apremiaba. Tres mujeres, sus vidas brutalmente truncadas, y en algún lugar ahí fuera, un asesino con afición por las arañas y la matanza.

Los dedos de Jake tamborileaban un ritmo staccato en el borde de su escritorio, cada golpe un eco agudo en el silencio de la sala. Los agentes a su alrededor eran un borrón, sus voces fundiéndose en un zumbido indistinto mientras él miraba fijamente la imagen granulada congelada en la pantalla. Era un rostro que podría pertenecer a cualquiera de los hombres de Portland, un rostro que, sin embargo, parecía burlarse de él con su anonimato.

Lo sintió de nuevo, ese viejo y persistente dolor, el que resurgía con cada callejón sin salida y cada pregunta sin respuesta. Quince años no habían embotado los bordes de su pérdida; si acaso, el tiempo los había afilado aún más, un recordatorio constante del día en que llegó a casa para encontrar su mundo irrevocablemente alterado.

—¿Jake? —La voz de Fiona cortó su ensimismamiento, suave pero insistente.

Parpadeó, forzándose a apartar la mirada de la pantalla para encontrarse con la de ella.

—¿Sí?

—Estás apretando la mandíbula —observó ella en voz baja.

—¿Ah, sí? —Ni siquiera se había dado cuenta, pero ahora que lo mencionaba, sentía la tensión allí, la sorda tensión de los músculos demasiado apretados durante demasiado tiempo.

—¿Está todo bien? —Su preocupación era palpable, una calidez que encontraba a la vez reconfortante e inquietante.

—Bien —mintió con soltura, la palabra saliendo con facilidad practicada—. Solo... ansioso por atrapar a este tipo.

Fiona lo estudió un momento más, su expresión ilegible tras sus gafas.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? De lo que sea.

Asintió, ofreciéndole una media sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Lo sé, Roja. Y lo aprecio. Pero de verdad, estoy bien. Centrémonos en encontrar a nuestro coleccionista de arañas antes de que decida ampliar su colección.

Vio el destello de duda cruzar sus facciones antes de que ella lo enmascarara con un asentimiento, retrocediendo para darle espacio. Jake volvió a girarse hacia la pantalla, hacia la imagen congelada del hombre que buscaban.

Las mentiras pesaban en su lengua, la verdad ardiendo como ácido justo bajo la superficie. Este caso era más que una simple cacería de un asesino; era un camino que conducía de vuelta al día más oscuro de su vida, a preguntas sin respuesta y justicia no servida. Pero no podía permitirse ser apartado por sus propios fantasmas, no cuando había vidas en juego.

Volvió su atención a la pantalla, pero las siguientes palabras de Fiona lo devolvieron a la realidad.

—Dejemos un momento la línea de información —sugirió ella, apartándose un mechón de pelo rojo y rizado detrás de la oreja—. Necesitamos un nuevo enfoque. ¿Qué tal si hablamos con gente que conocía a Erica Silverman? Quizás alguien vio algo que no se dio cuenta de que era importante.

Jake lo consideró. El mundo de Erica —su gimnasio, sus amigos— era un territorio inexplorado. Necesitaban pistas frescas, y esta podría ser su oportunidad de encontrarlas.

—Su gimnasio de kickboxing —dijo Jake, la idea tomando forma—. Si alguien conoce su rutina, sus conexiones, son ellos.

—Exacto —Fiona asintió, con satisfacción en sus rasgos—. Podríamos descubrir algo que el asesino no pretendía dejar atrás.

Jake se puso de pie, sintiendo que el peso de la inercia se levantaba. Acción era lo que necesitaban, algo para romper el ciclo de pistas sin salida y frustración creciente. Cogió su chaqueta, la tela un escudo contra el frío que nada tenía que ver con el suave invierno del exterior.

—Vamos a hacerles una visita —decidió, su voz transmitiendo la nueva determinación que Fiona había despertado en él.

Dejaron atrás el zumbido de los ordenadores y el suave murmullo de sus compañeros, adentrándose en el aire fresco que prometía claridad. Con cada paso hacia su todoterreno, Jake sentía la atracción del caso, el impulso de resolverlo no solo por las víctimas, sino por sí mismo. Esta investigación era un puente entre su pasado y su presente, y estaba listo para cruzarlo.

El gimnasio de kickboxing bullía con los golpes rítmicos de los guantes contra los sacos, las fuertes exhalaciones de esfuerzo y el chirrido de las zapatillas sobre el suelo pulido. Fiona entró por la puerta, escudriñando el espacio, captando cada detalle —un hábito perfeccionado tras años de estudio meticuloso. Se fijó en cómo se movían los luchadores, cada uno un estudio de poder controlado, muy parecido a lo que debió haber sido Erica Silverman.

Miró a Jake, notando cómo apretaba ligeramente la mandíbula —un gesto que había llegado a reconocer como su propia forma de concentración —.

—Vamos a buscar a Kacey, la encargada general —sugirió.

Navegaron por el laberinto de equipos y cuerpos, hasta llegar finalmente a una oficina donde Kacey, la encargada del gimnasio, estaba contabilizando las cuotas de los socios. La mujer levantó la vista, y su expresión pasó del aburrimiento rutinario a la preocupación cuando vio sus placas.

—Agentes Red y Tucker, FBI. Necesitamos hablar sobre Erica Silverman —dijo Fiona, prescindiendo de cortesías.

Kacey se levantó bruscamente, los papeles revolotearon hasta el suelo, olvidados.

—¿Erica? ¿Qué ha pasado?

Fiona cruzó una mirada con Jake antes de hablar, sus palabras deliberadas y tranquilas.

—Siento decirte esto, pero Erica ha sido encontrada muerta en su casa.

La incredulidad se apoderó del rostro de Kacey, seguida de un estremecimiento visible.

—¿Muerta? Pero... es una de nuestras luchadoras más fuertes. Cómo pudo alguien... —Su voz se quebró, y negó con la cabeza en señal de negación.

—Desgraciadamente, parece que fue emboscada en su casa —explicó Fiona, con el corazón dolorido por la mujer que tenía delante—. Alguien se aprovechó del factor sorpresa.

—Su casa... —repitió Kacey, con las manos temblorosas—. Tiene sentido. Erica... sabía defenderse, sin duda. —Hizo una pausa, recomponiéndose con una respiración profunda—. No puedo creer que se haya ido.

Fiona asintió con simpatía, su papel como agente fundiéndose con su compasión intrínseca. El mundo de Erica había sido violentamente alterado, y ahora esas ondas se estaban extendiendo, tocando a todos los que la habían conocido. Era un patrón que Fiona conocía demasiado bien —el mismo patrón que se había llevado a su hermana Joslyn, dejando tras de sí un vacío lleno solo de preguntas.

—¿Hubo algo inusual últimamente? ¿Algo fuera de lo común? —preguntó Jake, con voz suave pero insistente.

Kacey se mordió el labio, su mirada distante como si buscara en su memoria algo que pudiera haber pasado por alto.

—No, nada. Solo las sesiones de entrenamiento habituales, los clientes regulares yendo y viniendo...

Fiona cambió el peso de su cuerpo, sintiendo la dureza del suelo del gimnasio bajo sus pies. Kacey estaba de pie con los brazos cruzados, una barrera para protegerse contra el dolor que parecía flotar en el aire como el olor rancio del sudor y la determinación.

—Erica —comenzó Fiona, su voz cortante con un tono analítico—, ¿alguna vez tuvo problemas con alguno de los hombres de aquí? ¿Quizás alguien que le prestara atención no deseada?

Los ojos de Kacey recorrieron la habitación antes de volver a fijarse en Fiona.

—No, Erica sabía cuidarse sola. Nunca mencionó ningún problema. — Su voz tenía la firmeza de la convicción, pero también había una sombra — duda o quizás miedo.

Jake se inclinó hacia delante, su postura emanando una intensidad que a menudo cogía a la gente por sorpresa.

—Piensa con cuidado —insistió, no sin amabilidad, pero con urgencia—. ¿Alguien que pudiera haber intentado acercarse a ella, molestarla?

Kacey suspiró, un sonido cargado con la tensión de intentar recordar.

—Sinceramente, no se me ocurre nadie en concreto. Rechazaba los acercamientos como si no fueran nada, pero también tenía una buena manera de evitar la hostilidad.

—Entonces, ¿nadie fue particularmente agresivo con ella? —preguntó Jake.

—No —confirmó Kacey, negando con la cabeza—. Erica era popular. La gente respetaba sus habilidades... y su espacio.

Había una finalidad en sus palabras que hizo suspirar a Fiona. Otro callejón sin salida.

Jake intercambió una mirada con Fiona. El aire en el gimnasio parecía volverse más pesado por momentos, presionándoles con el peso de sus pistas fallidas y expectativas no cumplidas.

La mirada de Fiona vagó sutilmente por la habitación, captando cada detalle como si fuera una pieza de puzle esperando ser colocada. Notó los típicos objetos de gimnasio: guantes dispersos, cuerdas para saltar y el tenue contorno de tiza donde las manos de Erica una vez agarraron el suelo.

Entonces lo vio —una mirada fugaz que captó su atención. Detrás del escritorio, medio oculto por una toalla arrugada, había un vaso desechado, con el brillante logo de Power Juice estampado en su lateral.

El ritmo cardíaco de Fiona se aceleró, un tambor silencioso en su pecho. Era un pequeño vínculo, pero potencialmente una cadena hacia algo más grande. Power Juice era el nombre del bar de batidos al que habían ido ayer, donde Jamie Lin y Lena Chase frecuentaban, donde trabajaba Victor Harmon, a quien habían descartado.

Fiona miró fijamente el vaso de marca, cuyo contenido había desaparecido hacía tiempo, pero cuyas implicaciones seguían siendo evidentes.

—¿Erica frecuentaba Power Juice? —preguntó, con voz firme a pesar de las ideas que bullían en su cabeza.

Kasey asintió con un gesto rígido, casi robótico.

—Sí, era su sitio favorito. Nos traía batidos a todos después de su entrenamiento matutino.

Fiona cruzó la mirada con Jake, estableciendo una comunicación silenciosa entre ellos. El peso del descubrimiento le oprimía el pecho, intensificando la urgencia que latía en sus venas. Su sospechoso había dejado un rastro, tenue pero perceptible, que conducía de vuelta a Power Juice.

Jake se centró en Kasey.

—¿Erica mencionó alguna vez al encargado de ese local? Un hombre llamado Victor Harmon —dijo Jake.

Kasey lo meditó un momento.

—Creo que no... ¿por qué? ¿Podría ser importante? —dijo Kasey.

—Quizás —dijo Jake—. Gracias por tu tiempo, Kasey. Volveremos si tenemos más preguntas.

—Solo espero que descubráis quién lo hizo —dijo Kasey.

Al salir del gimnasio, el bullicio de la actividad se desvaneció en el fondo, eclipsado por el eco silencioso de sus pasos sincronizados. Con cada paso, Fiona sentía que las piezas del puzle encajaban en su lugar. El hombre de la gorra, las arañas tejedoras, el local de batidos... todo tenía que significar algo.

Y ahora mismo, parecía que todo apuntaba de nuevo hacia su primer sospechoso: Victor Harmon.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Fiona empujó la puerta de Power Juice, con el colorido logo salpicando el cristal mientras entraban. El sol del mediodía se colaba por los amplios ventanales, proyectando un cálido resplandor sobre los vivos tonos del interior: paredes turquesa decoradas con carteles de frutas y eslóganes saludables, y relucientes encimeras plateadas repletas de batidoras y vasos. Sorprendentemente, había poca gente para ser la hora del almuerzo, con solo unos pocos clientes bebiendo sus zumos en silencio.

Divisó a Marcus de inmediato, con la fregona en la mano, limpiando un derrame detrás del mostrador. Sus hombros encorvados, sus movimientos lentos y deliberados, contrastaban marcadamente con el animado entorno que le rodeaba. La brillante luz del sol parecía evitarle, dejando su expresión en sombras, una isla de melancolía en el alegre espacio.

—Pelirrojo —susurró Jake, empujándola hacia delante. Se acercaron a Marcus, sus pasos amortiguados por el zumbido ambiental de los frigoríficos.

—Hola, Marcus —dijo Fiona con suavidad, sin querer sobresaltarle más. Pero cuando Marcus se giró, sus ojos se abrieron de par en par, delatando sorpresa... ¿o era miedo? Se enderezó, agarrando el mango de la fregona como si fuera un salvavidas.

—Agentes... ¿de vuelta? —su voz se quebró ligeramente, su mirada apartándose de la de ellos.

—¿Está Victor hoy? —preguntó Fiona, intentando sonar casual. Observó a Marcus atentamente, su entrenamiento activándose, notando las gotas de sudor en su frente a pesar del frescor del local.

—Eh, no... hoy libra —la respuesta de Marcus llegó rápida, demasiado rápida. Sus ojos iban y venían entre Fiona y Jake, y ella pudo ver cómo le temblaban las manos.

—¿Va todo bien, Marcus? —insistió Jake.

—Bien, todo bien —balbuceó Marcus, aunque sus manos temblorosas desmentían sus palabras—. Es que ha sido un día flojo, ¿sabes? —Pero la mentira flotaba pesada en el aire, tan tangible como el aroma a fruta fresca y proteínas en polvo que impregnaba la tienda.

Fiona intercambió una mirada con Jake, percibiendo que había algo más detrás del nerviosismo de Marcus que un simple día de poco negocio. Tenían que actuar con cautela; quien hubiera matado a esas mujeres podría estar relacionado con este lugar, con Marcus, o incluso con el propio Victor Harmon. Y si Marcus sabía algo, necesitaban que confiara en ellos lo suficiente como para revelarlo.

La mirada de Fiona se clavó en Marcus, sin perder de vista el leve temblor de sus manos.

—Marcus —comenzó Jake, con un tono firme pero no desagradable—, ¿podemos hablar en privado un momento?

Marcus miró de reojo a los pocos clientes dispersos antes de asentir. Llamó por encima del hombro, haciendo una señal a un compañero con un delantal tan vistoso como la fruta expuesta en el mostrador. El compañero ocupó el lugar de Marcus, adaptándose a la rutina de mezclar y servir sin perder el ritmo.

Juntos, se retiraron a la sala de descanso, pálida en comparación con el colorido frontal de Power Juice. La habitación era estrecha, el zumbido de la nevera llenaba el silencio, y las paredes estaban empapeladas con horarios de empleados y carteles de seguridad alimentaria. Fiona se quedó cerca de la puerta mientras Jake se apoyaba en una mesa que había conocido días mejores.

—Marcus, esto es importante —dijo Jake, sacando una fotografía del bolsillo de su chaqueta. Era una imagen de Erica Silverman, con los ojos brillantes y el semblante fuerte. La sostuvo en alto—. ¿La has visto por aquí antes?

Marcus se secó las palmas de las manos en los pantalones antes de coger la foto. Sus dedos rozaron la superficie brillante mientras la estudiaba. Fiona observó su rostro, buscando cualquier atisbo de reconocimiento o engaño.

—Sí —admitió tras una larga pausa—, ha estado aquí un par de veces.

—Piensa bien, Marcus. ¿Algo inusual en sus visitas? —preguntó Fiona, con voz firme.

—¿No? —las manos de Marcus temblaban, la foto de Erica Silverman resbalando ligeramente mientras intentaba sujetarla con firmeza. Fiona notó el temblor en su agarre y el nervioso parpadeo de sus ojos.

—Pareces nervioso, Marcus —observó Jake, su voz cortando el silencio como un bisturí.

Marcus los miró, luego bajó la vista a sus zapatos, las líneas limpias de la sala de descanso de repente asfixiantes.

—Yo... no puedo perder este trabajo —soltó de golpe, las palabras saliendo de su boca como rocas en una avalancha—. Victor... no estuvo con nosotros toda la noche. Mentí.

Fiona sintió que se le aceleraba el pulso, la confesión golpeándola con la fuerza de un impacto físico. A su lado, Jake se puso rígido, su conmoción palpable incluso sin una palabra.

—Marcus, tienes que explicarte —exigió Jake, con un tono de acero en la voz—. ¿Por qué mentir por Victor?

Marcus se pasó una mano temblorosa por el pelo, el peso de la desesperación en su postura.

—Mi novia está embarazada de ocho meses. Apenas llegamos a fin de mes —su voz se quebró, tensa por el miedo—. Victor me acorraló, me dijo que tenía que respaldarle. No sabía... no pensé que se tratara de... asesinato.

Fiona intercambió una mirada con Jake, ambos conmocionados por las implicaciones. Las mentiras que les habían contado ahora se desplegaban en algo mucho más siniestro. Se acercó a Marcus, su determinación fortaleciéndose.

—Entendemos la situación en la que te encuentras —le aseguró con suavidad, tratando de aliviar parte del terror que se aferraba a él como una segunda piel—. Pero necesitamos saberlo todo si queremos encontrar la verdad. Si Víctor no estaba contigo hace dos noches, ¿dónde estaba?

La pregunta quedó suspendida en el aire, como un espectro que parecía aferrarse a los bordes de la compostura de Marcus.

—No tengo ni idea —admitió, con un deje de derrota que desinfló su postura. Su mirada se desvió, incapaz de sostener el escrutinio firme de Fiona.

—Piensa, Marcus —le instó Fiona, con un tono firme pero no cruel—. Cualquier cosa que recuerdes podría ayudar.

Marcus negó con la cabeza, apretando los labios hasta formar una fina línea.

—Simplemente no estaba allí. Eso es todo lo que sé.

Jake se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su expresión era inescrutable, pero había una corriente subyacente de intensidad en su postura.

—Necesitamos saber más sobre Víctor —dijo, con voz suave pero autoritaria—. ¿Cómo es como jefe? ¿Algún comportamiento o hábito extraño que debamos conocer?

—Víctor es... duro —comenzó Marcus, descorriendo a regañadientes el velo sobre su enigmático jefe—. Un auténtico cabrón, sin duda. Tiene una manera de hacerte sentir pequeño, ¿sabes? —Un escalofrío recorrió a Marcus al recordar interacciones mejor olvidadas—. Y un perverso también, siempre mirando demasiado tiempo a las mujeres que entran.

Jake asimiló las palabras de Marcus, con la mirada distante.

—¿Algún incidente que involucre a Víctor y a empleadas? —preguntó. Fiona vio a Marcus dudar, con una fugaz expresión de miedo cruzando su rostro antes de responder.

—A Víctor lo echaron de su último trabajo por esas cosas —admitió, tragando saliva con dificultad—. Quiero decir, probablemente ya lo sepáis. El tío es, como, un genio o lo que sea, pero está trabajando aquí.

—Era entomólogo, sí —dijo Fiona.

—Sí, bueno, el dueño de esta franquicia es también un tipo un poco turbio y no le importa lo que haga Víctor mientras dirija la tienda —dijo

Marcus—. Algunas de las chicas se han sentido incómodas con él, pero nunca ha, ya sabes, hecho nada.

—¿Víctor mencionó alguna vez algo sobre arañas? —preguntó Fiona.

Marcus frunció el ceño.

—No... No creo.

—¿Alguna vez dijo algo sobre Erica Silverman?

Marcus tragó saliva, envolviéndose con los brazos como para protegerse del frío.

—No lo sé —respondió honestamente—. Ella suele venir solo cuando hay mucha gente, y Víctor tiende a quedarse en la trastienda durante las horas punta. Sí parecía algo obsesionado con una chica, ¿la artista marcial?

—Jamie —dijo Fiona.

—Sí. Solo lo recuerdo porque ella venía vestida con esos trajes de artes marciales, y Víctor se la comía con los ojos. Incomodaba a todo el mundo.

—¿Pero no mencionó a las otras dos?

—No lo sé, si lo hizo, no nos dimos cuenta.

—¿Eso es todo? —insistió Jake, con mirada penetrante.

Marcus dudó antes de añadir:

—No es el peor tío del mundo, a pesar de todo eso. —Suspiró, con una nota de conflicto en su voz—. No creo que sea capaz de asesinar. Pero entonces, ¿por qué mentir sobre la coartada? No tiene sentido. Es raro, ¿verdad?

—Raro se queda corto —murmuró Jake entre dientes.

Fiona asintió, procesando la información. El retrato del carácter de Víctor se volvía cada vez más complejo, un rompecabezas con piezas que no encajaban del todo. La mentira sobre la coartada, ¿qué ocultaba?

Fiona estudió a Marcus, notando el temblor en sus manos mientras se las limpiaba en el delantal. Sus ojos se desviaban hacia la puerta y luego de vuelta a ella y Jake, como si esperara que alguien irrumpiera en cualquier momento.

—Marcus —dijo Jake, con voz firme, como una roca en aguas turbulentas—, has hecho lo correcto al contarnos esto. Vamos a investigar la historia de Víctor, a averiguar por qué mintió sobre dónde estaba. Eso es lo que importa ahora.

—Ya sea que lleve a cargos por asesinato o no —añadió Fiona, con voz firme pero compasiva. Vio cómo el peso de sus palabras se asentaba sobre los hombros de Marcus, vio el alivio mezclado con miedo en sus ojos.

—Gracias —murmuró Marcus, con voz apenas audible. Se enderezó ligeramente, como si se estuviera preparando contra una fuerza invisible—. No pretendía hacer daño al mentir. Es solo que... realmente necesito este trabajo.

Fiona asintió. Las líneas de preocupación grabadas en el rostro de Marcus hablaban por sí solas de las presiones que soportaba, presiones que ellos habían agravado sin querer. Pero ahora, con la verdad al descubierto, quizás podrían empezar a desenredar el nudo de engaños.

—Mira —continuó Marcus, con una nueva determinación endureciendo su voz—, si necesitáis algo más, cualquier otra información, solo preguntad. Seré sincero de ahora en adelante. Lo juro.

—Gracias por eso, Marcus. La honestidad es lo que necesitamos —respondió Fiona, dándole un gesto de confianza.

Observó cómo Marcus exhalaba profundamente, su pecho desinflándose como un globo después de una fiesta. La ansiedad no abandonó su rostro por completo, pero el pánico agudo parecía haber disminuido. Había dado un paso hacia la luz de la verdad y, independientemente de las consecuencias, había honor en ello.

Fiona salió de Power Juice con la mente acelerada mientras agradecía a Marcus una última vez. La puerta se cerró tras ellos con un suave tintineo, un sonido que contrastaba bruscamente con la gravedad de su situación. Miró a Jake, notando la expresión sombría de su mandíbula, y ambos se dirigieron hacia su coche aparcado calle abajo.

—Victor Harmon —masculló Fiona entre dientes. Sus ojos escudriñaron las concurridas aceras, medio esperando ver al hombre en cuestión

acechando en alguna esquina—. Si es nuestro hombre y lo dejamos escapar...

El paso de Jake vaciló por un momento.

—No podemos empezar a pensar así, Roja. No es culpa nuestra. Lo encontraremos.

—Vale —dijo Fiona mientras desbloqueaba el coche, el pitido resonando en el silencio entre ellos. Se metieron dentro, el interior aún frío por haber estado a la sombra. Sus manos agarraron el volante con tanta fuerza que se le blanquearon los nudillos, una muestra palpable de su frustración—. Pero Erica Silverman podría seguir viva si... —comenzó Fiona, pero Jake la interrumpió antes de que pudiera seguir dándole vueltas.

—Oye —dijo Jake, extendiendo la mano para ponerla sobre la de ella, aflojando suavemente su agarre—. Vamos a encontrar a Victor y vamos a obtener respuestas. Eso es lo que importa ahora.

Ella asintió, respirando hondo mientras giraba la llave en el contacto. El motor rugió, rompiendo el silencio que se había instalado dentro del vehículo. Fiona se centró en la carretera que tenía delante, dejando que la tarea familiar de conducir anclara sus pensamientos dispersos.

—Repasemos lo que sabemos —sugirió Jake, sacando su cuaderno lleno de garabatos y notas del caso.

Fiona se incorporó a la carretera, el paisaje pasando borroso mientras conducía. Pensó en Erica Silverman, una mujer cerca de su edad con pasión por el kickboxing, cuya vida había sido cruelmente arrebatada.

—No podemos permitirnos pensar en los "y si..." —reiteró Jake, con voz firme pero comprensiva—. No cuando aún queda tanto por hacer.

—Tienes razón —dijo Fiona, esta vez con más convicción. Aceleró ligeramente, ansiosa por dejar atrás la sombra del remordimiento que parecía aferrarse al retrovisor. Por delante estaba la búsqueda de la verdad y, con ella, la oportunidad de evitar otra tragedia.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jake aferraba el volante con los nudillos blancos contra el cuero negro. La calefacción del coche luchaba valientemente contra el frío cortante que se había instalado en Portland, enviando escalofríos por su espalda a pesar del calor que ofrecía. Miró a Fiona, su pelo rojo rizado en marcado contraste con la pálida luz que se filtraba a través de las nubes.

—Ya casi estamos —murmuró, más para sí mismo que para ella. Mientras giraban hacia la carretera descuidada que llevaba a la casa de Victor Harmon, Jake podía sentir el latido de anticipación —¿o era temor? — palpitando en su pecho. Su concentración vacilaba, sus manos temblando sin control. Intentó todo para mantener la calma. Todos esos años de entrenamiento, todos los casos en los que había trabajado. Todo se reducía a esto. No podía estropearlo.

La casa en sí era una aberración en medio de la desolación invernal, una estructura solitaria aparentemente olvidada por el tiempo y el cuidado. Sus ventanas eran ojos sin alma, y las malas hierbas crecidas se erguían como centinelas silenciosos guardando los secretos del interior. Chatarra esparcida por el jardín hablaba de abandono y decadencia. Jake aparcó el coche con un crujido de grava, el sonido estridentemente alto en el silencio que los envolvía.

—Ya hemos llegado —dijo, apagando el motor y girándose hacia Fiona—. ¿Lista?

—¿Estamos seguros de esto? —respondió ella. Jugeteaba con la patilla de sus gafas, un tic nervioso que había llegado a reconocer.

—Victor es escurridizo —afirmó Jake secamente—. La última vez, se salió con la suya con esa coartada falsa. No podemos dejar que se nos escape de nuevo.

Fiona exhaló, empañando la ventana a su lado. —Lo sé, pero tenemos que tener cuidado. Este tío... no está bien de la cabeza.

—Por eso mismo no podemos jugar limpio —la voz de Jake era firme, su mirada fija en la de Fiona—. Lo hemos hecho según las normas y, ¿adónde nos ha llevado? A ninguna parte. Es hora de cambiar de táctica.

Ella asintió lentamente, la determinación asentándose en sus facciones. —Vale, entonces. Hagámoslo a tu manera.

—Bien —Jake abrió su puerta pero se detuvo antes de salir—. Pelirroja, somos un equipo. Te cubro las espaldas, siempre.

—Lo mismo digo —respondió ella, con una pequeña sonrisa que no llegó del todo a sus ojos. Juntos, salieron a la fría tarde, el mundo a su alrededor conteniendo la respiración. Caminaron hacia la desgastada puerta principal, cada paso cargado de intención. Hoy, Victor Harmon no tendría donde esconderse.

Las botas de Jake crujían en la grava mientras se dirigía hacia la casa, los pasos de Fiona marcando el ritmo a su lado. La puerta principal se alzaba amenazante, su pintura descascarillada como viejas cicatrices. Con una mano enguantada, golpeó firmemente la madera, el sonido cortando el silencio del vecindario. —FBI —anunció, su voz cargada de autoridad e impaciencia—. Victor Harmon, ¡abra la puerta!

El silencio los recibió. Ni un arrastre de pies, ni un murmullo de voz desde dentro. Jake miró a Fiona, sus rizos un contraste ardiente contra el entorno sombrío. Ella le devolvió la mirada, un acuerdo tácito pasando entre ellos.

Llamó de nuevo, más fuerte esta vez. El eco quedó suspendido en el aire, sin respuesta. Una ráfaga de viento frío pasó, trayendo consigo el olor a descomposición del jardín descuidado. Los ojos de Jake se entrecerraron, sus instintos hormigueando bajo su piel.

—Su coche está ahí —dijo Fiona, indicando hacia el vehículo oxidado en el camino de entrada. Su presencia era una burla silenciosa, una admisión fantasmal de ocupación.

—Parece que está jugando al escondite —murmuró Jake. Su temperamento se encendió, caliente y rápido, una llama que se negaba a ser sofocada. Cerró el puño y golpeó la puerta una vez más—. ¡Victor! Sabemos que estás ahí. ¡Sal y habla con nosotros!

No hubo respuesta, pero el silencio se sentía cargado, como si el aire mismo vibrara con palabras no pronunciadas. La mandíbula de Jake se apretó con fuerza, un músculo palpitando de frustración. Había visto esta danza antes, sospechosos pensando que una puerta cerrada podía protegerlos de sus pecados. Era un respiro temporal, nada más.

—Se acabaron los juegos —gruñó entre dientes. Miró a Fiona, su expresión una mezcla de preocupación y determinación. Este era el momento, el punto culminante hacia el que habían estado trabajando. Victor Harmon se les había escapado una vez, pero no de nuevo. No hoy.

Con una mirada resuelta compartida entre ellos, se prepararon para su siguiente movimiento. La justicia no esperaba a nadie, y ellos tampoco.

Los oídos de Jake captaron el leve forcejeo, una perturbación que parecía arañar el silencio como un insecto atrapado en una telaraña. Lanzó una mirada hacia Fiona, notando cómo su postura se tensaba, lista para la acción. Sin mediar palabra, rodearon la esquina de la casa destartada, sus pasos rápidos y silenciosos contra el crujido de la hierba quemada por la escarcha.

El patio trasero era un enredo de abandono, y allí, en medio del caos de la reconquista de la naturaleza, estaba Victor Harmon —su figura demacrada casi esquelética mientras trepaba hacia la valla con la desesperación de un animal acorralado. Los ángulos afilados de su cuerpo destacaban contra el fondo de ramas desnudas y maleza.

—¡Alto, FBI! —gritó Jake, la orden cortando el aire helado. Pero Víctor, por toda respuesta, aceleró su huida, aferrándose a los listones de madera de la valla.

Fiona ya se había puesto en movimiento, cruzando el patio a una velocidad que contrastaba con su habitual carácter reservado. Su aliento se elevaba ante ella, una nube de determinación en el frío cortante, persiguiendo al fugitivo como un espíritu desatado.

Los dedos de Victor acababan de agarrarse a la parte superior de la valla cuando Fiona se abalanzó, cerrando su mano alrededor del tobillo de él con la precisión de una entomóloga. Por un instante, el tiempo pareció quedar suspendido, como una gota de rocío en la tela de una araña.

Entonces, con un movimiento brusco, Victor pateó. Su talón impactó en la cara de Fiona, resonando con un crujido nauseabundo. Las gafas de ella salieron volando, haciéndose añicos contra la tierra dura y escarchada mientras caía hacia atrás con un golpe seco, despatarrada y desorientada.

—¡Red! —La voz de Jake fue un trueno de preocupación, sus pies impulsándole hacia delante. La visión de ella tirada allí, vulnerable y herida, encendió una urgencia primitiva en su interior, alimentando su persecución con una intensidad renovada.

Vio a Fiona intentar levantarse, una mano presionada contra su cara donde la sangre empezaba a brotar, contrastando fuertemente con su piel pálida. Pero se tambaleó, aturdida, sus ojos ambarinos parpadeando a través del shock del dolor y la traición.

—No te muevas —ordenó, aunque su propia voz sonaba distante a sus oídos, ahogada por la oleada de adrenalina que pulsaba por sus venas mientras acortaba la distancia con Victor.

La persecución no había terminado aún, y aunque Fiona hubiera caído, Jake la llevaría hasta el final si fuera necesario.

El corazón de Jake martilleaba en su pecho, cada latido reverberando con las imágenes del asesinato sin resolver de su madre y las víctimas recientes. La visión de Fiona en el suelo, sus rizos rojizos extendidos como un halo contra la escarcha, le impulsó hacia delante. La rabia corría por sus venas mientras recordaba la fuerza de Lena Chase, la habilidad de Jamie Lin y la independencia de Erica Silverman, todas apagadas demasiado pronto.

—¡Victor! —bramó, su voz cortando el aire crujiente con un filo de venganza. El hombre estaba cerca ahora, la respiración agitada de Victor visible en el frío.

Con cada zancada, la determinación de Jake se endurecía. Sus puños se cerraron a los costados. Esto ya no se trataba solo de capturar a un sospechoso; era sobre justicia para todos los que habían sido agraviados, incluida la mujer que le había criado solo para ser arrebatada por las manos de la violencia. No dejaría que este canalla se escapara de nuevo.

—¡Para, Victor! —rugió Jake, su voz haciendo eco. Las palabras quedaron suspendidas pesadamente en el aire frío, pero la única respuesta de Victor fue una mirada de pánico por encima del hombro antes de intentar trepar la valla de nuevo. Jake acortó la distancia entre ellos en rápidas zancadas, agarrando el cuello de la camisa del hombre. Su agarre era firme, alimentado por un implacable sentido de la justicia.

Victor se retorció como una rata acorralada, pero Jake era implacable, su agarre inquebrantable. Con un gruñido, tiró de Victor hacia abajo de la valla, enviándolos a ambos al suelo escarchado. Victor chilló al caer torpemente mientras Jake lanzaba su peso sobre él. Chocaron con una fuerza que sacudió las ramas quebradizas a su alrededor, un enredo de extremidades entre hojas crujientes.

—Te tengo —gruñó Jake cuando golpearon el suelo. Victor jadeó, su cuerpo delgado inmovilizado bajo la corpulencia musculosa de Jake. Sin vacilar, Jake agarró las muñecas de Victor, cerrando las esposas con un chasquido que resonó con finalidad.

—Por favor —gimoteó Victor, pero no había misericordia en el agarre de Jake, ni perdón en sus ojos. Empujó la cara de Victor contra la tierra, asegurándose de que el hombre no pudiera moverse. Cada clic de las esposas sonaba como una promesa para todos los que habían sufrido: Lena, Jamie, Erica... y su propia madre, cuyo recuerdo le impulsaba incluso ahora.

—No te muevas —ordenó Jake, su voz fría e implacable. Victor yacía sometido, sus respiraciones superficiales levantando polvo del suelo, la lucha abandonando su cuerpo.

—Justicia —susurró Jake, más para sí mismo que para el hombre que acababa de detener. Hoy, el pasado y el presente colisionaban, y casi podía sentir la balanza inclinándose hacia la rectificación de injusticias de larga data.

La respiración de Jake salía en bocanadas blancas mientras se giraba de la figura esposada en el suelo. Su corazón latía con fuerza, no solo por el esfuerzo, sino por una oleada de emociones que no podía contener del todo. Las apartó por el momento; Fiona le necesitaba. Estaba sentada en la hierba, una mano presionada contra su cara, sangre goteando entre sus dedos.

—Red —llamó Jake, su voz firme pero teñida de preocupación mientras se arrodillaba junto a ella. El frío parecía retroceder, y todo lo que podía sentir era el calor del momento, la necesidad de asegurarse de que ella estaba a salvo. Fiona le miró, sus ojos nublados por el dolor y la confusión. Sus gafas yacían destrozadas a su lado, y sin ellas, había una vulnerabilidad que le removía las entrañas a Jake.

—Estoy bien —murmuró ella, aunque su voz tembló, y Jake sabía que no era cierto. Un moratón ya se estaba formando bajo la suciedad en su mejilla, y su nariz sangraba sin parar.

—Déjame ver —dijo Jake con suavidad, extendiendo la mano para inclinar su barbilla hacia arriba. Ella se estremeció, pero no se apartó, la confianza brillando a través de la niebla en sus ojos. Podía notar por la forma en que sus pupilas se dilataban de manera desigual que podría tener una conmoción cerebral—. Vamos al hospital. Pediré un coche para llevar al detenido.

Fiona negó débilmente con la cabeza, siempre obstinada.

—El caso...

—Puede esperar —insistió Jake, su instinto protector imponiéndose al de agente. Ella había resultado herida bajo su vigilancia, y la culpa se mezclaba con su preocupación. No era solo su compañera; era Fiona, su Pelirroja, que ya había enfrentado suficiente oscuridad para toda una vida. No iba a dejar que lo pasara por alto—. Venga, vamos a levantarte —dijo Jake mientras deslizaba un brazo alrededor de la cintura de Fiona, con cuidado de no moverla demasiado. Ella se apoyó en él, su cuerpo temblando por el frío o el shock, no podía distinguirlo. Juntos se levantaron, la delgada figura de Fiona sostenida por la presencia firme de Jake.

Jake volvió su mirada hacia Fiona, sus rizos rojos húmedos y enredados por la pelea. Su rostro estaba pálido bajo el duro resplandor de la luz del sol, con motas de tierra pegadas obstinadamente a su piel pecosa. Le colocó un rizo suelto detrás de la oreja, su pulgar rozando suavemente su mejilla en una promesa silenciosa de protección. Fiona no se apartó de su contacto; en su lugar, se apoyó en él, el calor que emanaba actuando como su única fuente de calidez en el frío penetrante.

Miró de nuevo a Victor, que ahora era una forma arrugada en el suelo, su respiración laboriosa visible en el aire helado. No había satisfacción en ver al hombre así, solo la sombría sensación del deber cumplido. La mirada de Jake se detuvo un momento más, confirmando la realidad de que lo habían atrapado, que la persecución había terminado, por ahora. Pero la justicia aún no se había hecho, no hasta que los tribunales jugaran su parte. Era un comienzo, no un final.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Fiona parpadeó ante la luz fluorescente del hospital, su visión un caleidoscopio de colores mientras se adaptaba al brillo. Con cuidado, tanteó la carne sensible alrededor de su ojo, haciendo una mueca al tocarla. El moratón era extenso, de un púrpura furioso.

—Ha tenido bastante suerte, Agente Red —dijo el médico, quitándose los guantes de látex con un gesto experto. La miró a través de sus propias gafas, con las comisuras de los ojos arrugadas en un gesto de simpatía—. No hay conmoción cerebral ni fracturas. Puede volver al trabajo, pero tómesele con calma.

—Gracias —murmuró Fiona, su voz ronca, una sombra de su tono habitual. Aún podía sentir el fantasma del zapato de Victor Harmon en su cara, el dolor agudo que había estallado en su cráneo. No podía permitirse quedar fuera de juego, no cuando el caso la necesitaba, cuando Joslyn la necesitaba.

—Sus visitas podrán entrar en breve —dijo el médico, su tono volviéndose más formal mientras miraba su tablilla—. Les daré el visto bueno.

—¿Visitas? —repitió Fiona, sintiéndose extraña al pronunciar la palabra. Sus padres probablemente estarían ocupados con su negocio funerario y Jake... Jake tenía que interrogar a un sospechoso. Una chispa de calidez recorrió su pecho al pensar en su compañero, firme y decidido.

La gratitud fluía por sus venas como un salvavidas. Necesitaba estar en el campo, entre las pruebas y los insectos que susurraban sus secretos. Fiona se irguió, preparándose para lo que estaba por venir, su mente ya clasificando pistas y preguntas sin respuesta.

Fiona abrió los ojos cuando la puerta crujió y dos figuras familiares se deslizaron en la habitación blanca y estéril. Sus padres, con rostros preocupados, avanzaron hacia su cama. Llevaban un pequeño objeto rectangular en las manos: unas gafas nuevas. Bueno, técnicamente eran sus

gafas viejas, un par que usaba cuando era más joven, pero la graduación seguía siendo la misma. Su corazón se enterneció al saber que sus padres las habían guardado todos estos años.

—¿Mamá? ¿Papá? —La voz de Fiona era un susurro, teñido de sorpresa. No los esperaba; siempre estaban tan absortos en su trabajo en la morgue que parecía consumir todo su tiempo.

—Cariño —exhaló su madre, abrazando a Fiona con suavidad. Su padre se unió, y por un momento, la habitación del hospital se sintió menos fría, el aire menos clínico.

—Jake nos contó lo que pasó —dijo su padre después de separarse, su tono llevaba una nota de fuerza destinada a fortalecer su espíritu—. Cómo te enfrentaste a ese matón.

Una sonrisa tiró de las comisuras de la cara magullada de Fiona. Por supuesto, Jake se aseguraría de que lo supieran. Él entendía la importancia de la familia, el vínculo tácito que unía su vida tan estrechamente a la de ellos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó su madre, mirando alrededor de la habitación como si esperara que Jake apareciera detrás de las cortinas.

—Interrogando a Victor —respondió Fiona, apretando los labios. Aceptó las gafas y se las puso, el mundo volviendo a enfocarse—. Tenía que seguir trabajando.

—¿Habéis ido a ver a Joslyn? —Las palabras salieron con naturalidad, pero la brusca inspiración de sus padres habló por sí sola. Fiona observó cómo la preocupación cruzaba sus rostros como sombras pasajeras.

—Más tarde iremos —dijo su madre rápidamente, demasiado rápido, desviando la mirada. Había algo no dicho, algo pesado que yacía entre ellos.

El corazón de Fiona se encogió ante la escena. La ausencia de Joslyn había sido una herida que nunca cicatrizó del todo, un dolor que resonaba a través de los años. Ahora que había vuelto, pero no estaba realmente con ellos, el dolor resurgía de nuevo, un espectro silencioso en la habitación.

—Vale —dijo Fiona suavemente, asintiendo.

La mirada de Fiona se detuvo en sus padres, su silencio compartido era un fino velo sobre la inquietud que se había instalado en la habitación.

—¿Qué está pasando? —preguntó, su voz firme pero teñida de preocupación. Su madre miró a su padre, buscando apoyo silencioso antes de volverse hacia Fiona.

—Cariño —comenzó su madre, con voz apenas audible—, tenemos miedo por Joslyn. Los médicos... no están seguros de si volverá con nosotros. No como la chica que recordamos. —La mano de su padre encontró la de su madre, agarrándola con fuerza, como si intentara mantener unidos los fragmentos de una esperanza que se desvanecía.

—El trauma —continuó su padre, con la voz tensa—, le ha quitado tanto. No sabemos si alguna vez volverá a ser la misma. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, un recordatorio de la incertidumbre a la que todos se enfrentaban.

Fiona sintió una punzada de dolor, sabiendo que la hermana vibrante que una vez conoció estaba perdida en un abismo de sombras. Pero bajo el dolor, una feroz determinación se encendió dentro de ella. Extendió la mano, tomando las de sus padres entre las suyas, el contacto cálido y reconfortante.

—No os rindáis con ella —dijo Fiona, con tono firme—. Joslyn es fuerte. No podemos perder la fe ahora. Los milagros ocurren, ¿recordáis? Tenemos que creer que puede superar esto. —Apretó sus manos, una promesa silenciosa pasó entre ellos.

Sus padres asintieron, con lágrimas a punto de caer, pero sin hacerlo, un testimonio de la determinación acerada que corría por sus venas.

—Tienes razón —asintió su madre—. No podemos perder la esperanza.

—Nunca —repitió su padre, su voz más firme ahora.

Juntos, se sentaron en la habitación del hospital, sus manos entrelazadas, formando un círculo inquebrantable de firme convicción. En ese momento, no había agentes ni víctimas, solo una familia unida por el amor y la inquebrantable certeza de que no abandonarían a Joslyn a su trauma. Eran los Red: resilientes, resistentes, y lucharían por cada resquicio de luz en la oscuridad.

Jake permanecía rígido bajo la luz fluorescente de la sala de interrogatorios, con la mirada fija en Victor Harmon. Los hombros del sospechoso se encorvaban a la defensiva, en contraste con la postura erguida de Jake. Los ojos de Harmon se movían inquietos tras sus gafas, con la mirada de un hombre acorralado. Jake ya llevaba un rato presionando a Victor, y el hombre estaba a punto de quebrarse.

—Agredir a un agente federal es un asunto serio, Victor —dijo Jake, con voz baja y controlada—. Debías de estar bastante desesperado para querer huir de esa manera.

Los labios de Victor temblaron, en un débil intento de mantener la compostura. Jake podía ver a través de él: el miedo, la culpa. Todo estaba ahí, expuesto en el rostro demacrado de Harmon. Pronto se derrumbaría. Jake podía olerlo.

—Mira —comenzó Victor, con voz apenas audible—. Hace dos noches estuve en un club de alterne, ¿vale? No estaba con mis compañeros de trabajo como dije.

Jake se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre la mesa. Sentía el peso del caso sin resolver de su madre presionándole, alimentando su determinación. Esto era más que un simple interrogatorio; era personal.

—Continúa —le instó, sin apartar los ojos del rostro de Victor.

Victor tragó saliva con dificultad, con un brillo húmedo en las comisuras de los ojos.

—Yo no maté a nadie —insistió, con un tono desesperado—. Pero mentí porque estaba asustado. No quería que me culparan de... de algo que no hice. Tampoco quería admitir que fui a uno de esos sitios, y desde luego no quiero ser el tío responsable de traer a los federales haciendo preguntas sobre mí para verificar mi maldita coartada.

—Asustado o no, Victor, mentir a los agentes federales no te deja en buen lugar. Te hace parecer culpable —afirmó Jake categóricamente. Su corazón latía con fuerza, un redoble rítmico en sus oídos que coincidía con

el tictac del reloj en la pared. Cada segundo contaba en esta danza de verdades y mentiras.

—Lo sé, lo sé —tartamudeó Victor, retorciéndose las manos—. Pero es la verdad. Estuve en el club, pero nunca hice daño a esas chicas. No podría.

—Tener miedo de que te culpen no es una defensa. Es una excusa —replicó Jake. Su mente corría con las posibilidades, con las conexiones que parecían estar justo fuera de su alcance. Fiona habría visto a través de la débil defensa de Victor, tal como él lo hacía ahora.

—Por favor, tienes que creerme —suplicó Victor, con la voz quebrada por la tensión.

Jake permaneció en silencio un momento, considerando al hombre frente a él. Victor Harmon no era lo que Jake había esperado: un antiguo entomólogo convertido en gerente de un bar de batidos, atrapado en una oscura red de engaños y violencia. Pero independientemente de si Victor era o no su asesino, Jake sabía una cosa con certeza: no se detendría ante nada para descubrir la verdad y poner fin a esta pesadilla, por Fiona, por las víctimas y por el fantasma de su madre que aún lo perseguía.

Jake deslizó las fotografías brillantes sobre la fría mesa metálica, una por una. Los ojos sin vida de Erica Silverman miraban desde la superficie estéril, seguidos por la forma inmóvil de Jamie Lin y la complexión musculosa de Lena Chase, ahora para siempre flácida. La habitación estaba en silencio, excepto por la respiración agitada de Victor, su mirada saltando entre las imágenes como si intentara descifrar un código.

—¿Las reconoces? —preguntó Jake, con voz desprovista de calidez.

Victor se removió en su asiento, se lamió los labios y miró las fotos de nuevo.

—Yo... ya te dije que las vi en el bar de zumos... pero no...

—Ahórratelo —le interrumpió Jake. Conocía los signos de un hombre ahogándose en sus propias mentiras. Fiona habría despedazado a este tipo con precisión, sin dejar piedra sin remover. Pero aquí estaba él, haciendo precisamente eso, todo mientras cargaba con el peso de la lesión de ella sobre sus hombros.

—Mira —comenzó Victor, con un tono desesperado—, hay muchas chicas que entran y salen de Power Juice. No se puede esperar que recuerde a cada una...

—Tres mujeres asesinadas, gargantas cortadas, arañas orbitelas dejadas en la escena. Eras entomólogo, así que podrías tener fácilmente conocimientos sobre dónde conseguir esas arañas. Tenemos varios testigos que afirman que te comportaste de forma extraña con Jamie Lin. Mentiste sobre tu coartada. ¿Y esperas que crea que no tienes nada que ver con todo esto? —Jake se inclinó, con los ojos clavados en los de Victor, buscando ese destello de culpabilidad, cualquier cosa para atrapar a esta comadreja.

Victor vaciló bajo el escrutinio, sus manos temblando mientras se cernían sobre las pruebas incriminatorias.

—No, no, lo juro...

—Jura todo lo que quieras —dijo Jake, irguiéndose, notando cómo el traje se le ceñía a los músculos, un recordatorio del control que mantenía sobre la situación. Su mente volvió al caso sin resolver de su madre, los patrones similares le reconcomían. Por impulso, sacó su móvil y pasó a una foto: una mujer morena sonriente con uniforme de bombero, sus ojos amables un recordatorio de la crueldad de su destino. La madre de Jake, Cassandra.

—¿La has visto alguna vez? —dijo Jake, acercando el móvil a Victor.

Victor se inclinó hacia delante, entornando los ojos para mirar la pantalla.

—No... no la conozco —dijo. La confusión y la irritación se reflejaron en su rostro.

—¿Estás seguro? —insistió Jake, estudiando atentamente la reacción de Victor. El más mínimo tic, un parpadeo rápido, cualquier señal podría ser el hilo que necesitaba para desentrañar la historia de Victor.

—Completamente. Nunca la he visto —insistió Victor, apartando el móvil con mano temblorosa.

Jake retiró el móvil, mirando a Victor con renovada sospecha. El hombre ocultaba algo; lo sentía en sus entrañas. Quizás no se tratara de su

madre, quizás sí, pero de cualquier manera, Victor Harmon no saldría de esa habitación sin soltar la verdad.

Mientras Jake lo miraba fijamente, se preguntó si Victor era realmente quien había matado a su madre.

¿Habría mirado este hombre a los ojos de su madre mientras la vida se le escapaba? ¿Se habría vuelto luego este mismo hombre hacia otras mujeres fuertes y capaces, acabando con sus vidas de forma igual de brutal?

Una oleada de furia surgió dentro de Jake ante ese pensamiento. Sintió que sus puños se cerraban involuntariamente, los nudillos blancos mientras luchaba por mantener la compostura. Su mirada se oscureció. El control y la emoción pura libraban una batalla en su interior.

—Entonces, ¿no conoces a esta mujer? —dijo Jake de nuevo, forzando una calma que no sentía en su voz—. ¿Nunca conociste a Cassandra Tucker?

—No —repitió Victor, esta vez con un deje de frustración en su voz. Su débil desafío solo sirvió para avivar la determinación de Jake.

—No estoy convencido, Victor —replicó Jake, con un tono frío y calculado para lograr el máximo efecto. Había realizado innumerables interrogatorios, pero este le tocaba demasiado de cerca. Era personal.

Jake sintió que la rabia se enroscaba en su interior. Exhaló lentamente, forzándose a calmarse mientras miraba a Victor a los ojos.

—Mira, Victor —comenzó, con palabras afiladas como el acero—, vamos a descubrir la verdad. Tarde o temprano, saldrá a la luz. Puedes hacer que esto sea más fácil para ti... O puedes seguir mintiendo y empeorar las cosas.

Victor pareció encogerse en su asiento, su mirada saltando entre Jake y las fotos incriminatorias esparcidas sobre la mesa. La habitación estaba en silencio, excepto por el constante tictac del reloj de pared y el ocasional arrastre de pies fuera de la puerta. El tiempo se agotaba, y con cada segundo que pasaba, Jake sentía el impulso de sacarle la verdad a Victor a la fuerza.

Necesitaba un momento. Tenía que aclarar su mente antes de hacer algo de lo que se arrepintiera.

Jake salió como una exhalación de la sala de interrogatorios, con el corazón golpeando contra sus costillas como un tambor implacable. El sabor metálico de la frustración se aferraba a su lengua, el sabor de una pista que podría escurrírsele entre los dedos. El rostro de su madre, congelado en el tiempo en la pantalla de su móvil, lo perseguía con preguntas sin respuesta mientras guardaba el dispositivo en su bolsillo.

—Duro, ¿eh? —La voz profunda del jefe Whittaker cortó el tumulto interior de Jake, resonando en las paredes estériles del pasillo.

Jake se detuvo, frotándose el puente de la nariz, su piel aún electrizada por la intensidad del interrogatorio.

—Sí —admitió, con la voz ronca por la emoción—. Le mostré una foto.

—¿De las víctimas? —dijo Whittaker, frunciendo sus pobladas cejas bajo el peso de su curiosidad.

—No —dijo Jake, levantando los ojos para encontrarse directamente con la mirada de Whittaker. Había querido mantener esto en secreto por más tiempo, pero si Victor era el tipo, entonces esto había ido demasiado lejos. Tenía que decirle la verdad al jefe—. Era mi madre, Cassandra.

La expresión del jefe pasó de la sorpresa a la preocupación.

—¿Tu madre? ¿Qué tendría que ver Harmon con su caso?

Con un suspiro tembloroso, Jake confesó lo que le había estado carcomiendo durante tanto tiempo.

—Revisé los archivos de nuevo. También había arañas tejedoras en la escena de su asesinato. Han pasado quince años, pero no puedo quitarme la sensación de que estos casos... podrían estar relacionados.

Jake se mantuvo rígido, con la mandíbula apretada. El aire en el pasillo de repente parecía sofocante, cargado con el peso de la mirada del jefe Whittaker. El bigote del jefe se crispó con irritación, una clara señal de su enfado.

—¡Maldita sea, Tucker! ¿Por qué no me lo dijiste? —ladró Whittaker. Su postura era amplia, con las manos en las caderas, una pose que exigía responsabilidad.

Jake tragó saliva con dificultad, la garganta seca.

—No podía estar seguro, jefe —dijo, con la voz firme a pesar del tumulto en su interior—. No quería sacar conclusiones precipitadas sin pruebas.

—¿Conclusiones? —Whittaker se acercó más, su presencia abrumadora—. ¡Estamos hablando de un conflicto de intereses importante!

—Por favor, jefe —suplicó Jake, sin apartar los ojos de Whittaker—. No me aparte de este caso. Ahora se trata de Jamie, Erica y Lena. Ya nos ocuparemos del resto más adelante.

La mirada de Whittaker se mantuvo fija en Jake, escrutándole, evaluándole. Finalmente, exhaló ruidosamente, sus hombros cayendo ligeramente.

—Victor Harmon es nuestro hombre. Creo que tú también lo sabes —hizo una pausa, frotándose la barbilla pensativo—. Intentaré traer a los agentes que trabajaron en el caso de tu madre. Veremos si hay algo que los relacione.

—Gracias, jefe —dijo Jake, sintiendo que el alivio le invadía. Pero mientras Whittaker se daba la vuelta para marcharse, Jake sabía en el fondo que su lucha no hacía más que empezar. Con cada paso que daba de vuelta hacia el despacho, la imagen de su madre, enmarcada por los delicados hilos de la tela de una araña tejedora, le perseguía.

Jake permaneció inmóvil mientras la mano firme del jefe Whittaker se posaba sobre su hombro, un peso que a la vez resentía y respetaba.

—Eres uno de mis mejores agentes, Tucker —dijo el jefe, con un tono más suave que antes, pero aún cargado con la gravedad de la situación—. Una mente brillante en este oscuro negocio.

—Gracias —fue todo lo que Jake logró decir antes de que las palabras se le atascaran en la garganta. El elogio chocaba con su tormenta interna: aprecio contra un telón de fondo de ansiedad. Sabía lo que el jefe veía en él: un agente tenaz cuyos instintos a menudo llevaban a avances importantes. Sin embargo, en ese momento, esos mismos instintos le corroían con dudas.

Victor Harmon, el hombre en quien habían depositado sus esperanzas, el supuesto vínculo entre los horrores pasados y presentes, no parecía ser el asesino que su corazón perseguía. La imagen de Victor, acobardado bajo la

presión del interrogatorio, no encajaba con la brutalidad calculadora de los crímenes. Y a pesar del moratón en la cara de Fiona, Jake no podía quitarse la sensación de que Victor era solo otro peón asustado en un juego más grande.

—Siempre has hecho un buen trabajo —repitió Whittaker, soltando su agarre. Pero la afirmación sonaba hueca para Jake. Un buen trabajo significaba resolver casos, proporcionar un cierre. Y justo ahora, el asesinato sin resolver de su madre arañaba los bordes de sus pensamientos, contaminando todo con su oscuridad irresuelta.

Mientras Whittaker se alejaba, la mente de Jake se centró en Fiona, tumbada en una cama de hospital por culpa de su pista. El deber se mezclaba con la preocupación, instándole a actuar. Necesitaba verla, asegurarse de que estaba realmente bien, disculparse por el peligro en el que la había puesto y, quizás, egoístamente, encontrar consuelo en su presencia.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Fiona estaba sentada en la aséptica blancura de la habitación del hospital, con los dedos entrelazados alrededor de la mano inerte de Joslyn. Las máquinas emitían pitidos en un ritmo reconfortante, puntuando el silencio. El olor acre a desinfectante flotaba pesadamente en el aire, en contraste con el calor que Fiona intentaba transmitir desde su palma a la de su hermana.

Estudió el rostro de Joslyn, memorizando la palidez de su piel contra las sábanas blancas del hospital. El suave subir y bajar de su pecho era la única señal de que se aferraba a la vida. El corazón de Fiona se encogió mientras se inclinaba hacia adelante, susurrando a la forma inmóvil de su hermana mayor.

—¿Recuerdas cuando nos escapamos para atrapar luciérnagas? —La voz de Fiona apenas rompía el silencio de la habitación—. Corrías delante, riendo, con tu pelo atrapando la luz de la luna como hebras de seda oscura —Tragó con dificultad, el recuerdo agridulce—. He echado de menos esa risa, Jos.

Una lágrima trazó un camino silencioso por la mejilla de Fiona. Se la limpió rápidamente, sin apartar la mirada del rostro de Joslyn.

—Dicen que eres fuerte, que puedes oírme —Sus palabras eran susurros esperanzados—. Por favor, vuelve con nosotros, Jos. Te necesito.

La letanía de recuerdos continuó: una avalancha de secretos compartidos, aventuras de la infancia y confesiones adolescentes. Fiona habló de la playa donde Joslyn había desaparecido, de los años de preguntas sin respuesta, del peso de no saber. Con cada palabra, tejía sus esperanzas en un salvavidas, deseando que Joslyn lo agarrara y volviera al mundo de los vivos.

—Tienes que despertar —instó Fiona, su voz un hilo trémulo en el tejido de pitidos y siseos—. Hay tantas cosas que quiero enseñarte... mi trabajo con el FBI, los insectos... Sé que te parecería fascinante.

Con suavidad, ajustó la manta de Joslyn, metiendo los bordes a su alrededor como si el acto pudiera protegerla de más daño. La mente de Fiona corría con datos científicos sobre los comas, sobre el misterioso umbral entre la consciencia y el olvido. Pero aquí, en la habitación silenciosa, todo ese conocimiento parecía distante, irrelevante frente al crudo dolor de la esperanza y el miedo.

—Joslyn —susurró Fiona, como si decir su nombre pudiera ser el conjuro para romper el hechizo que mantenía a su hermana en ese estado—. Por favor, abre los ojos.

Los ojos de Fiona se clavaron en el rostro de Joslyn, buscando el más mínimo signo de vida. La habitación estéril parecía contener la respiración, los monitores emitiendo un ritmo constante y mórbido. Mientras murmuraba un recuerdo sobre el perro de su infancia, ocurrió algo milagroso: los párpados de Joslyn temblaron. Fiona se inclinó, su corazón martilleando contra su caja torácica.

—¿Joslyn? —Su voz era apenas audible, teñida de una mezcla de esperanza y temor.

Entonces, tan abruptamente como una mariposa emergiendo de su crisálida, los ojos de Joslyn se abrieron. Eran del mismo marrón profundo que Fiona recordaba, ahora vidriosos por la confusión pero inconfundiblemente presentes.

—Fiona —susurró Joslyn, su voz un eco fantasmal de su antigua vivacidad.

—¡Jos! —Una oleada de euforia recorrió las venas de Fiona como adrenalina. Apretó la mano de Joslyn con más fuerza, deseando que su hermana continuara, que hablara, que existiera.

—¿Puedes oírme? —suplicó Fiona, cada palabra saturada de urgencia.

Pero el reencuentro se hizo añicos tan rápido como se había formado. El miedo, un terror primario y crudo, inundó la mirada de Joslyn. Su cuerpo se convulsionó, sus extremidades se agitaron con una violencia que desmentía su fragilidad. Fiona retrocedió, su mente dando vueltas.

—¡Joslyn, para! ¡Estás a salvo! —Pero sus garantías se ahogaron en la cacofonía de alarmas y los jadeos superficiales y asustados de Joslyn.

—¡Ayuda! ¡Que alguien la ayude! —La voz de Fiona se quebró, su súplica cortando a través del caos. Observó, impotente, cómo Joslyn se retorció en la cama, su pelo oscuro azotando la almohada como olas agitadas por la tormenta. Los monitores chillaban sus advertencias, una sinfonía discordante ante el terror que se desarrollaba ante los ojos de Fiona.

—Por favor, Joslyn, por favor, cálmate —Pero sus palabras se perdieron en la tempestad del miedo de su hermana.

Los pensamientos de Fiona giraban, recordando cada expediente, cada situación de las víctimas, pero nada de su entrenamiento la había preparado para esto: ver a la hermana que anhelaba salvar cayendo en un abismo de terror. Todo su conocimiento sobre insectos, todas sus habilidades analíticas, eran inútiles contra las sombras de la mente humana.

—¡Joslyn, estoy aquí! —gritó, la desesperación arañando su garganta. Pero Joslyn estaba atrapada en algún lugar que solo ella podía alcanzar, más allá del alcance de Fiona, luchando contra un agresor invisible en su propia mente.

El estruendo de las alarmas fue rápido y estremecedor, fracturando la frágil esperanza que había florecido en el pecho de Fiona. Las enfermeras, vestidas con sus uniformes azules, inundaron la habitación de Joslyn como una marea de calma urgente. Se movían con precisión practicada, sus manos estabilizando la forma convulsa de Joslyn mientras murmuraban palabras tranquilizadoras perdidas bajo el estruendo de la maquinaria.

—Por favor, retroceda —dijo una enfermera, su tono firme pero no descortés. Fiona retrocedió, su mirada fija en las facciones contorsionadas de Joslyn, muy lejos de la hermana plácida con la que había hablado momentos antes.

El Dr. Keller entró, su presencia cortando el tumulto. Sus ojos, agudos y evaluadores, captaron la escena ante él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con voz serena.

—E-ella ha despertado... y ha dicho mi nombre —tartamudeó Fiona, las palabras saliendo atropelladamente mientras retrocedía de la cama, su retirada detenida por la mano orientadora del Dr. Keller en su hombro.

—Démosles algo de espacio —dijo suavemente, guiándola hacia la puerta. El clic de la puerta al cerrarse amortiguó los sonidos de la lucha en curso dentro de la habitación.

Fuera, en el brillo estéril del pasillo, Fiona se apoyó contra la pared, su respiración entrecortada reflejando la de Joslyn momentos antes. El olor a desinfectante flotaba pesadamente en el aire, pero no podía limpiar el miedo que se aferraba a sus pensamientos.

—Joslyn ha hablado —logró decir Fiona de nuevo, su voz temblando como la última hoja aferrada a una rama invernal—. Ella... no estaba bien después, pero aun así ha hablado. Lo juro.

—Bien. Eso es bueno, Fiona —la tranquilizó el Dr. Keller, aunque su ceño fruncido delataba su preocupación—. Nosotros nos ocuparemos de ella. El equipo sabe qué hacer.

Puso una mano reconfortante en su brazo, anclándola en medio de la tormenta de emociones. Luego, con un gesto que parecía cargar el peso del mundo, volvió a la habitación, dejando a Fiona sola en el pasillo.

Se deslizó por la pared, abrazando sus rodillas. A su alrededor, el hospital continuaba su ritmo: pasos, conversaciones distantes, el zumbido subyacente de las máquinas que salvaban vidas. Pero en el vacío dejado por la partida del Dr. Keller, Fiona sintió una inquietante quietud filtrarse en sus huesos.

—Joslyn —susurró para sí misma, una plegaria por el regreso de su hermana de donde fuera que el terror la hubiera llevado. El recuerdo de la voz de Joslyn —un hilo fantasmal de familiaridad— era un salvavidas en la incertidumbre que ahora las envolvía a ambas.

Fiona escuchó los pasos medidos antes de ver a Jake. Dobló la esquina, su mirada recorriendo el lugar hasta encontrar su forma desplomada junto a la pared. Sus ojos, habitualmente agudos e inquisitivos, se suavizaron con preocupación. Sin decir palabra, cruzó la distancia entre ellos.

—Roja —dijo Jake, su voz baja, un rumor que de alguna manera cortaba la cacofonía del ritmo implacable del hospital. Había deducido su ausencia de urgencias, adivinando su necesidad de estar cerca de Joslyn.

Ella levantó la mirada hacia él, su visión borrosa por las lágrimas que amenazaban con derramarse. Los acontecimientos del día la habían vaciado, dejándola sintiéndose como uno de los exoesqueletos secos que tan a menudo estudiaba. Con el nombre de Joslyn en sus labios, Fiona se impulsó del suelo y se lanzó a los brazos expectantes de Jake.

Su abrazo era un ancla en la tormenta, una promesa de solidez cuando todo lo demás se sentía peligrosamente cerca de hacerse añicos. Jake la sostuvo fuertemente contra él, su mano acunando la parte posterior de su cabeza, sus dedos enredándose en su pelo rojo y rizado. Por un momento, Fiona se permitió el consuelo de su calor, el latido constante de su corazón contra su mejilla.

—Joslyn va a salir adelante —murmuró en su pelo, su aliento cálido en su cuero cabelludo. Sus palabras no eran solo esperanza; eran una declaración, un desafío voluntarioso al miedo que la había atenazado desde que había escuchado la voz de su hermana, débil pero inconfundible.

La fuerza de su convicción la envolvió, y Fiona se aferró a ella como a un salvavidas. Era la misma tenacidad que lo había impulsado a convertirse en agente después del asesinato de su madre, una resolución inquebrantable que ahora reforzaba su propio espíritu vacilante.

—Gracias —suspiró, su voz apenas audible contra la tela de su chaqueta. El olor antiséptico del hospital no podía enmascarar el aroma reconfortante de Jake, una mezcla de su colonia y el leve aroma a humo de su visita anterior a la escena del crimen. Era un recordatorio del mundo fuera de este pasillo, de la vida que tenían más allá de estas paredes, una vida que de repente anhelaba recuperar.

—Siempre, Roja —respondió Jake, su tono llevando la promesa tácita de que, fuera lo que fuera lo que les esperaba, lo afrontarían juntos. Sus casos entrelazados, sus pasados compartidos y el futuro incierto se fusionaron en este único punto de conexión. Y en ese abrazo, Fiona encontró una paz momentánea en medio del caos.

Fiona dio un paso atrás, la solidez de la pared del hospital un duro recordatorio para recomponerse. Su corazón aún latía acelerado, sus pensamientos eran un lío enmarañado como las telarañas que habían

encontrado en las escenas del crimen. —¿Qué hay de Victor Harmon? —preguntó, su voz más firme de lo que se sentía.

—Victor es nuestro hombre —dijo Jake, sus ojos duros con determinación—. Pero necesitamos más pruebas. Tenemos una orden para registrar su casa.

—Bien —asintió Fiona, la profesional en ella emergiendo por encima del tumulto de ansiedad personal. Era una pista, una dirección para alejar su mente de la imagen del despertar jadeante de su hermana.

—Roja, si necesitas quedarte aquí... —comenzó Jake, su mirada suavizándose.

—No —lo interrumpió, su resolución creciendo—. Aquí solo estorbo, y este caso... nos necesita. —Fiona se ajustó las gafas, la científica dentro de ella ansiando respuestas en medio del caos. Necesitaba estar haciendo algo, cualquier cosa que pudiera acercarlos a detener al asesino.

Jake la estudió por un segundo y luego asintió.

—Vale, vamos a por ese cabrón.

Caminaron juntos, sus pasos resonando por el pasillo estéril, alejándose de la habitación donde yacía Joslyn. Fiona sentía el peso de la condición de su hermana sobre sus hombros, pero lo eclipsaba el impulso de resolver el rompecabezas que había consumido su vida durante demasiado tiempo. El misterio de su hermana se había desvelado; ahora era el momento de desentrañar la retorcida madeja de asesinatos que la había llevado hasta este punto.

Fiona salió del coche camuflado, notando el crujido de la grava bajo sus botas. El sol de la tarde proyectaba largas sombras sobre la destartada morada de Victor Harmon, una estructura que parecía tan inestable como el propio hombre. Entrecerró los ojos contra el resplandor, recogiendo su pelo rojo y rizado en una coleta.

—Parece que nadie se ha ocupado de este sitio en años —comentó Jake a su lado, con un tono de voz teñido de disgusto.

—O quizás le gusta así —respondió Fiona, ajustándose las gafas. Se acercaron a la casa, y la pintura, en otro tiempo vibrante, se desprendía

revelando la madera podrida debajo. Era un reflejo visual de la caída en desgracia de Victor.

El equipo forense, vestido con sus uniformes azules, se reunió a su alrededor. Fiona tomó la delantera, pisando el crujiente porche. No necesitaba ser una experta en comportamiento humano para percibir el caos que les esperaba dentro; el estado del exterior era un testimonio del tumulto interior.

Con un gesto de Jake, Fiona empujó la puerta principal. Un olor a humedad asaltó sus sentidos, una mezcla de polvo y decadencia. Arrugó la nariz pero siguió adelante. El salón era un campo de batalla de desorden, con montones de papeles y ropa esparcidos como si se hubieran dejado en medio de una rabieta. Fiona escaneó el desastre con ojo experto, notando la falta de cualquier atisbo de orden.

—Manos a la obra —dijo, indicando al equipo que empezara a documentar la escena. Mientras se dispersaban, Fiona y Jake comenzaron su propia búsqueda meticulosa. Se movía lentamente, con cuidado de no alterar posibles pruebas, mientras su mente corría con pensamientos de Joslyn y la urgencia de encontrar justicia para las víctimas.

Las paredes del estudio de Victor estaban empapeladas con pósteres y notas manuscritas, un collage caótico que se extendía hasta los rincones de la habitación. Mariposas, clavadas y enmarcadas, adornaban los espacios intermedios, sus delicadas alas abiertas como si estuvieran en pleno vuelo.

—Entomólogo convertido en gerente de un bar de zumos —murmuró Jake en voz alta, con un tono de ironía mientras examinaba la exposición—. Menudo cambio de carrera.

Los ojos de Fiona recorrieron los intrincados patrones de las alas de las mariposas, cada una un testigo silencioso de la obsesión de Victor. Su conocimiento de los insectos era una parte íntima de su ser, pero aquí pintaba un cuadro de una mente perturbada.

—Mira esto —murmuró, acercándose a una serie de dibujos detallados. Representaban el ciclo de vida de varias mariposas, anotados con la letra desgarbada de Victor. A pesar de sí misma, Fiona sintió una punzada de apreciación profesional por la precisión de los dibujos.

—Siempre pensé que las mariposas eran un símbolo de transformación —dijo Jake, mirando por encima de su hombro—. Parece apropiado de una manera retorcida.

—Transformación o cautiverio —corrigió Fiona en voz baja, pensando en las víctimas y sus últimos momentos. Se preguntó si Victor se veía a sí mismo en estas criaturas, o si se relacionaba más con las arañas que supuestamente usaba para sellar sus crímenes.

Juntos, continuaron su búsqueda, cada hallazgo una pieza del rompecabezas que era Victor Harmon. Su mundo era una mezcla de belleza y locura, y estaban decididos a cribar el caos en busca de la verdad.

Los dedos de Fiona rozaron las estanterías polvorientas, sus ojos escaneando en busca de cualquier indicio de los hilos de seda que se habían vuelto sinónimos de su macabro caso. No encontró ninguno. A su alrededor, el equipo forense se movía como sombras, su presencia una danza silenciosa en la habitación desordenada. Cada cajón abierto, cada papel levantado, profundizaba el vacío donde debería haber habido evidencia de arañas.

—Nada —susurró para sí misma. La palabra quedó suspendida en el aire, una invitada indeseada en medio del caos de la casa de Victor. La mirada de Fiona se detuvo en un frasco, su habitante una mariposa con alas del color del atardecer. Pero ni rastro de arañas. Ni de los arquitectos de ocho patas de la muerte que habían marcado las escenas de su serie de asesinatos.

Con cada esquina vacía y cada hendidura silenciosa, la certeza de Fiona vacilaba. Sentía el peso de la duda presionando contra su pecho, su respiración volviéndose superficial bajo él. ¿Podrían haberse equivocado con Victor? ¿Estaba el verdadero asesino aún respirando aire libre, tejiendo su próxima trampa mortal?

—¿Roja? —la voz de Jake la sacó de sus pensamientos en espiral. Estaba en el umbral, con las cejas fruncidas, un reflejo de su propia preocupación.

—Arañas —dijo ella, la palabra apenas audible—. No hay ninguna.

La realización se asentó entre ellos, un miedo tácito de que su camino podría haberlos llevado por mal camino. Fiona se dio la vuelta, su mente repasando las posibilidades, cada escenario más oscuro que el anterior. Si no era Victor, ¿entonces quién?

La búsqueda terminó cuando la luz exterior comenzó a desvanecerse. Las sombras se extendían por la habitación, la luz menguante pintaba los extraños carteles y notas en tonos siniestros. El equipo recogió, el clic de sus maletines un signo de puntuación al trabajo del día: un punto final cargado de incertidumbre.

Fuera, el cielo se tiñó de púrpura con la noche que se acercaba. Fiona se apoyó contra el coche, el frío del metal calando a través de su ropa. Jake se unió a ella, su rostro sombrío bajo el resplandor de las farolas. Compartieron una mirada, ambos comprendiendo la gravedad de lo que quedaba sin decir.

—Más preguntas —murmuró Fiona, su voz cargada del peso de su frustración y miedo.

—Las respuestas tienen que estar en alguna parte —dijo Jake, su determinación una chispa tenue en la creciente penumbra—. Las encontraremos, Pelirroja. No nos queda otra.

Pero mientras se alejaban de la casa de Victor Harmon, dejando atrás el laberinto de una mente obsesionada con la belleza pero carente de la pista crucial que buscaban, Fiona no podía quitarse de encima la sensación de que en algún lugar de la ciudad, que se oscurecía por momentos, el verdadero depredador estaba al acecho, esperando, un espectro invisible pero profundamente sentido. La amenaza seguía suelta, y el tiempo, lo sabía, se les escurría entre los dedos como arena.

CAPÍTULO VEINTE

El atardecer extendía sus sombras sobre el invernadero, un santuario de vida en medio del frío estéril del invierno. Los calefactores zumbaban, un latido mecánico que sustentaba el oasis verde. Él merodeaba entre las hileras de plantas, sus movimientos deliberados, depredadores. Sus dedos rozaron una telaraña extendida entre dos ramas. Las arañas se escabulleron hacia los recovecos oscuros ante su tacto, la delicada seda temblando por la perturbación. Estaban por todas partes, estas cazadoras silenciosas, prosperando en el calor que su madre una vez había reservado para su preciada colección botánica.

El aire estaba cargado con el olor a tierra húmeda y cosas creciendo, un aroma que se pegaba al fondo de su garganta. Mientras caminaba, inspeccionaba su dominio, el reino donde había aprendido a observar y esperar. Su mirada se posó en un grupo de arácnidos, sus formas de ocho patas trabajando incansablemente sobre los intrincados patrones de sus telas. Los admiraba, estas criaturas que entendían el arte de la trampa, cuya existencia misma dependía de la hábil captura de presas. Una vez, habían sido sus atormentadores, espectros escurridizos en las pesadillas de un niño. Ahora, eran sus cómplices silenciosos, sus hermanos en el arte de la depredación.

El recuerdo del confinamiento se apoderó de él, no deseado pero familiar. Encerrado dentro de estas paredes de cristal, había quedado a merced de las arañas, un castigo ideado por su madre por sus transgresiones juveniles. Las horas se convertían en eternidades mientras se sentaba entre las telarañas, su mente joven acelerada por el miedo. Pero el miedo es un crisol, y de él emergió transformado. Lo que una vez evocó terror ahora despertaba un sentimiento de parentesco. Hizo aliados de las arañas, estudiando sus costumbres y aprendiendo la paciencia necesaria para el golpe perfecto. La presa se convirtió en depredador.

Su madre, la arquitecta de sus miedos, la policía que llevaba una placa de autoridad de día y empuñaba la crueldad de noche. Era fuerte,

formidable, una cazadora por derecho propio. Pero incluso los depredadores pueden caer. Ahora se había ido, dejando atrás el legado de lo que había forjado en su hijo. Él era la encarnación de sus enseñanzas, pero retorcidas, afiladas hasta un punto más fino. Donde ella había buscado el control, él buscaba la liberación a través de la caza, a través de la finalidad de la muerte. Ella lo había convertido en una criatura de las sombras, y en esas sombras, él había encontrado su propósito.

En la quietud del invernadero, rodeado por sus compañeros de múltiples ojos, se preparaba para el trabajo de la noche. Otro objetivo aguardaba, otra alma fuerte inconsciente del destino que se arrastraba hacia ellos en hilos silenciosos. Él sería la araña; ellos serían la mosca. Y en su caída, saborearía el eco de la fuerza de su madre siendo apagada una vez más.

Se quedó de pie entre la vegetación, una sonrisa jugando en sus labios mientras observaba a las arañas escabullirse. Las criaturas que una vez atormentaron sus sueños ahora los tejían en la realidad, su realidad donde el miedo se convertía en adoración. La muerte de su madre fue una liberación, su férreo control sobre la vida y sobre él finalmente aflojado. Ya no tenía que escabullirse, fingiendo odiar a estos seres de ocho patas como ella esperaba. Ella los habría destruido, sin entender su verdadero valor ni el suyo.

El invernadero era un santuario de su transformación, de un niño que temblaba ante el correteo de pies diminutos a un hombre que reverenciaba el arte de sus telas. Las arañas eran sus cómplices silenciosos, una red de cazadores que reflejaba su propia sed de control. En los delicados hilos de seda, veía un reflejo de sí mismo: meticuloso, paciente, letal.

Su madre, la formidable guardiana de la ley de día, era un tipo diferente de depredador en casa. Esgrimía el miedo como un arma, atrapándolo dentro de estas paredes de cristal, creyendo que le estaba enseñando una lección. En cambio, le enseñó cómo sobrevivir, cómo darle la vuelta a las tornas. Cómo cazar. Había sido fuerte, sí, pero en su fuerza yacía la crueldad, y en esa crueldad, él encontró su vocación.

Mientras cogía una maceta rebosante de tejedoras de orbes de su percha, sintió una oleada de anticipación. Una caja esperaba lista en el banco de trabajo, una guarida temporal para sus aliados arácnidos. Anidó la maceta

dentro, asegurándola con un cuidado reservado para la carga más preciosa. Esta noche, serían liberadas de nuevo, otra demostración de su destreza.

Ya sabía quién sería su próximo objetivo: una persona que exudaba fuerza, un desafío digno para sus habilidades. Era la fuerza en sus víctimas lo que le atraía; hacía eco de la fuerza de su madre. Superar a los poderosos era afirmar su superioridad, demostrar que él era el depredador supremo. Y cada vez que tenía éxito, vengaba a aquel niño asustado encerrado con solo arañas por compañía.

Con la caja sellada y sus herramientas preparadas, el hombre sin nombre salió del invernadero. Se fundió con la noche, una sombra moviéndose con propósito. La emoción de la caza lo llamaba, la promesa de otra victoria sobre aquellos que se creían intocables. Su madre lo había convertido en esto: una criatura de paciencia y precisión, y ahora le mostraría al mundo la profundidad de su legado.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Fiona estaba sola en el laboratorio forense, pasada la medianoche. El zumbido de las luces fluorescentes rompía el silencio mientras se inclinaba sobre su microscopio, examinando las arañas tejedoras de orbes de las escenas del crimen. Con cada portaobjetos, escrutaba los detalles que otros podrían haber pasado por alto: diminutos pelos en una pata, el patrón del abdomen, la curva de los colmillos.

Sus dedos, firmes y experimentados, hurgaban en los finos hilos de seda, desentrañando los secretos que contenían. Tenía especímenes vivos en contenedores seguros, sus patas se agitaban contra el cristal, una danza macabra de vida en medio de la investigación de la muerte. El corazón de Fiona latía con una mezcla de emoción y urgencia; este era su dominio, un mundo de insectos y pistas que solo ella podía navegar con tal intimidad.

No podía quitarse de encima la inquietante sensación sobre Victor Harmon. Su coartada se había desmoronado como los frágiles exoesqueletos ante ella. Sin embargo, la ausencia de arañas en su casa era una nota discordante en la, por lo demás, armoniosa sinfonía de evidencias que apuntaban a su culpabilidad. Fiona conocía el valor de comprobar dos veces, de dar la vuelta a cada hoja, literal o metafóricamente. Y así persistió, adentrándose en la noche, buscando el detalle pasado por alto que pudiera exonerar a un hombre inocente o condenarlo aún más.

El resto del equipo forense había examinado estas mismas muestras, sus informes no concluían nada evidentemente nuevo. Pero Fiona confiaba en su instinto, el mismo que se retorció incómodamente ante la visión de Victor, un hombre cuyas fechorías pasadas lo pintaban con tonos desagradables, pero quizás no del color de un asesino.

Mientras transfería otra araña a la platina, ajustando el enfoque, consideró la posibilidad de un despiste. ¿Podría el verdadero culpable estar incriminando a Victor? ¿O había sido Victor, con su conocimiento de entomología, lo suficientemente meticuloso como para no dejar rastro en su

propia residencia? Fiona estaba decidida a averiguarlo. Cada espécimen era una pieza de un rompecabezas más grande, y estaba convencida de que con suficiente paciencia y precisión, la imagen finalmente se compondría.

El silencio envolvía el laboratorio, roto solo por los clics de sus herramientas y el ocasional garabateo cuando anotaba algo. Todo lo demás se desvanecía mientras Fiona Red, analista forense y agente del FBI recién nombrada, se perdía en la búsqueda de la verdad entre los hilos de seda y los diminutos arquitectos de ocho patas que los tejían.

Los pasos de Jake resonaron en el silencioso laboratorio forense, un duro recordatorio de la hora tardía. Apareció en la puerta, sus ojos marrones cansados bajo cejas fruncidas.

—Red, ¿tienes algo? —preguntó, con la voz teñida de agotamiento.

Fiona no levantó la vista del microscopio.

—No, aún no —dijo, su voz firme mientras examinaba la araña ante ella. A pesar del cansancio que atenazaba su mente, su determinación se mantenía firme. Ajustó el mando de enfoque mínimamente, esperando cualquier señal que los alejara de Victor Harmon y los acercara al verdadero culpable.

Era tarde, y la evidencia parecía obstinadamente muda bajo su escrutinio, pero algo dentro de Fiona se negaba a rendirse. Las arañas tejedoras de orbes eran un enigma, colocadas deliberadamente en cada escena del crimen; seguramente tenían más que contar.

Bajo la lente, las patas de la araña se movieron y su cuerpo brilló bajo la luz artificial. Cada detalle, cada patrón en su abdomen, podría ser la clave que les faltaba. Los ojos de Fiona se entrecerraron mientras miraba más profundamente, buscando algo, cualquier cosa que pudiera resolver el caso de golpe. Sus dedos delgados hicieron pequeños ajustes al microscopio, conteniendo la respiración en anticipación.

La mirada de Fiona se fijó en la tejedora de orbes, la criatura suspendida en su propia obra maestra de seda. El laboratorio estaba en silencio salvo por el zumbido de las máquinas; su mundo se redujo al ocular del microscopio. Allí, entre las cerdas y las extremidades segmentadas de la araña, algo extraño llamó su atención: una pequeña mota.

–Podría no ser nada –murmuró, aunque no había nadie allí para escuchar sus dudas. Con facilidad practicada, Fiona alcanzó sus herramientas forenses, unas pinzas de punta fina y un cepillo suave que había visto innumerables especímenes. Estabilizó su mano como si estuviera desarmando una bomba en lugar de extraer un grano de tierra de la tela de una araña. Era un trabajo meticuloso que exigía paciencia y precisión.

La mota yacía ahora aislada en el portaobjetos, rodeada por la vasta vacuidad del cristal. Fiona ajustó el microscopio más potente con un clic y reenfocó la lente. La mota entró en vista, magnificada para revelar texturas y contornos invisibles al ojo desnudo.

–Vamos –susurró, intentando arrancar secretos del minúsculo fragmento. A medida que los detalles se hacían más claros, Fiona contuvo la respiración. La mota no era solo tierra; albergaba vida: amebas, sus pseudópodos estirándose y contrayéndose en una danza silenciosa. Eran familiares, demasiado familiares. Amebas que se encuentran en la tierra rica de jardines exuberantes, prosperando entre las raíces de plantas verdes. Pero, ¿cómo?

Era invierno en Portland, los jardines de la ciudad yacían dormidos bajo el frío. Y estas arañas, habían sido descubiertas en interiores, acechando en las casas de mujeres solitarias marcadas para la muerte. Los jardines no florecían en inviernos inusualmente suaves, ni se extendían dentro de los confines de una cocina.

El subidón de adrenalina agudizó los sentidos de Fiona. Aquel diminuto trozo de tierra contenía una pista, una anomalía que desafiaba la estación y el entorno interior de las escenas del crimen. Su mente trabajaba a toda velocidad, uniendo fragmentos de información como un rompecabezas que solo ella podía ver. Las arañas, las víctimas, las amebas... todo conectado en un siniestro tapiz que abarcaba años y se cobraba vidas.

La mirada de Fiona se clavó en el microscopio, conteniendo la respiración. Las amebas se retorcían bajo el portaobjetos de cristal, un mundo oculto que se revelaba ante ella. La vida que prosperaba en esa mota de tierra era imposible, una anomalía que no debería haber existido dentro de las paredes estériles de la casa de una víctima, especialmente en

invierno. Su corazón latía con fuerza mientras la comprensión la iluminaba, brillante y cegadora como las luces fluorescentes del laboratorio.

—Invernaderos —susurró, casi temerosa de que al pronunciar la palabra en voz alta se rompiera el hechizo del descubrimiento que la envolvía.

Jake estaba de pie cerca de la puerta, su postura encorvada por el agotamiento, una sombra de su habitual determinación.

—¿Qué has dicho, Roja? —dijo.

—Invernaderos —repitió Fiona, más alto esta vez, con urgencia en su voz. Giró en su silla para mirarlo, empujando sus gafas sobre el puente de la nariz—. El asesino podría estar criando estas arañas en un invernadero.

Él frunció el ceño, con confusión grabada en las líneas de su rostro cansado.

—¿Cómo nos ayuda eso? —dijo.

Ella se levantó de su asiento, con movimientos rápidos y decididos.

—Significa que podemos acotar nuestra búsqueda. Buscamos a alguien con acceso a invernaderos privados. Necesitarían un ambiente controlado para criar arañas de este tipo —Fiona caminaba por la habitación, su mente iba más rápido que sus pies. Cada paso que daba era un paso más cerca del asesino, de la justicia para su hermana, para la madre de Jake, para todas las mujeres cuyas vidas se habían apagado demasiado pronto.

—Una tarea enorme —murmuró Jake, con escepticismo en su tono. Se pasó una mano por el pelo, dejándolo despeinado.

—Enorme, pero no imposible —replicó Fiona, deteniéndose frente a él, sus ojos ámbar encontrándose con los suyos—. Si Victor no es nuestro hombre, entonces hay alguien más ahí fuera, Jake. Alguien que podría estar planeando matar de nuevo ahora mismo —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, una verdad pesada que ambos comprendían demasiado bien.

Jake soltó un suspiro, el cansancio momentáneamente disipado por la gravedad de su declaración. Se enderezó, la determinación endureciendo sus facciones.

—Vale, Roja. Hagámoslo. Empecemos a buscar invernaderos privados.

Y encontremos a este cabrón antes de que encuentre otra víctima.

Fiona asintió, un pacto silencioso sellado entre ellos. Juntos, no dejarían que la oscuridad ganara, no mientras aún tuvieran aliento en sus cuerpos para luchar contra ella.

En la sala de reuniones, Fiona escudriñaba el mapa digital en su portátil en busca de grupos de verde que señalaran posibles escondites. Las luces fluorescentes de la sala zumbaban una melodía constante y monótona mientras trabajaba, mirando de vez en cuando a Jake, que estaba inmerso en su propia tarea. Marcó otra dirección con un círculo rojo, deslizó el papel por la mesa hacia él y observó cómo escrutaba la pantalla de su ordenador.

—Jack Fisher —dijo Jake, rompiendo el silencio—. Sesenta y ocho años, dueño de una granja. Tomates cherry —Sus dedos volaban sobre las teclas, sacando más información. Fiona se inclinó hacia delante, su curiosidad despertada por la pista.

—¿Algún hijo? —preguntó, empujando sus gafas sobre el puente de la nariz. Si se trataba de un negocio familiar, podrían estar ante múltiples sospechosos.

Jake negó con la cabeza.

—No, solo empleados. Pero si la granja está en funcionamiento, puede que no sea el mejor lugar para esconder una granja de arañas.

—Cierto —dijo Fiona, su mente ya pasando a la siguiente posibilidad. Tenía que ser alguien que viviera solo o tuviera suficiente control sobre su espacio para manejar algo tan siniestro. Su lista se hacía más corta con cada nombre que eliminaban, pero el tiempo no estaba de su lado.

—Sigue buscando —instó, volviendo al mapa con renovada determinación. Sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, no solo para encontrar al asesino, sino para honrar la memoria de los que se habían perdido, incluida su hermana. Cada dirección marcada era un paso más cerca de la comprensión, de prevenir otra tragedia. No descansaría hasta que atraparan al responsable, y Jake tampoco. Estaban unidos en su

misión, dos agentes contra la oscuridad que acechaba justo más allá del alcance de sus linternas.

Fiona le entregó a Jake otro trozo de papel, su dedo trazando la dirección escrita antes de soltarlo. Observó cómo tecleaba la información, sus dedos moviéndose con facilidad practicada sobre el teclado. La pantalla parpadeó y apareció un registro: detalles de propiedad de una modesta casa situada en las afueras de Portland.

—Theresa Dalton —murmuró Jake, desplazándose por el archivo—. Ex policía.

—Interesante —reflexionó Fiona, frunciendo el ceño. Una ex agente de policía podría tener conocimientos que ayudaran a cubrir las huellas, conocimientos que podrían transmitirse.

—Fallecida —añadió Jake, su voz adquiriendo un tono sombrío—. Hace poco, además. Le dejó todo a su hijo, Gregory.

—Gregory Dalton... —repitió Fiona, dando vueltas al nombre en su mente como una pieza de rompecabezas, intentando ver cómo podría encajar en el cuadro más amplio que estaban armando.

La mano de Jake flotaba sobre el ratón, haciendo clic para obtener más información. Fiona se acercó, el calor de su cuerpo mezclándose con el aire fresco de la habitación. Miró fijamente la pantalla, sus ojos encontrándose con la mirada pixelada de un hombre que parecía llevar el peso del mundo en sus mejillas demacradas y ojos hundidos.

—Operario de recogida de basuras —leyó Jake en voz alta, con tono inexpresivo—. Sin antecedentes penales.

—Podría ser una tapadera —sugirió Fiona, su mente corriendo con las posibilidades. Un funcionario tendría acceso a varios lugares, pasando desapercibido, sin llamar la atención; un disfraz perfecto para alguien escondiéndose a plena vista.

—Sí, pero hay algo más —dijo Jake, entrecerrando los ojos hacia la pantalla. Su mirada tenía ese aspecto distante, el que ponía cuando un recuerdo tiraba de los bordes de su conciencia—. Tengo la sensación de haberle visto antes.

Fiona se inclinó sobre el hombro de Jake, sus ojos pegados a la pantalla que mostraba el rostro demacrado de Gregory Dalton.

—¿Dónde podrías haberle visto? —preguntó, sus palabras teñidas tanto de curiosidad como de urgencia.

Jake negó con la cabeza, sus ojos marrones nublados por la incertidumbre.

—No estoy seguro —murmuró, obviamente preocupado por esa familiaridad esquiva. Su mirada se apartó de la pantalla y se posó en una pila de expedientes de casos sin resolver esparcidos por la mesa.

—Piensa, Jake —dijo Fiona suavemente, tratando de devolverle al momento—. ¿Podría estar relacionado con el asesinato de tu madre? ¿Quizás alguien que conociste cuando eras más joven?

La expresión de Jake se tensó, una sombra de tristeza pasando brevemente por sus facciones mientras consideraba la posibilidad. Siempre había estado impulsado por el misterio sin resolver de la muerte de su madre, una herida personal que nunca sanó completamente, alimentando su implacable búsqueda de justicia.

—Tal vez... —Jake se interrumpió, perdido en sus propios pensamientos, hurgando en recuerdos largamente olvidados que podrían contener la clave de su actual dilema.

Fiona le observó de cerca, notando la tensión grabada en su frente, la determinación en su mandíbula. Entonces recordó algo, un detalle del pasado de Jake que podría ser significativo.

—Se suponía que ibas a ir de acampada con tu padre y tu hermano el fin de semana que mataron a tu madre, pero te quedaste en casa —le recordó en voz baja.

Los ojos de Jake se clavaron en los suyos, el destello de comprensión iluminando momentáneamente las profundidades marrones antes de que la duda los nublara de nuevo.

—Pero no consigo conectar los puntos —admitió con un suspiro frustrado, pasándose una mano por el pelo desaliñado.

—¿Podría ser que el asesino pensara que la casa estaría vacía? —propuso Fiona, su mente acelerándose con las implicaciones—. No habría

esperado que hubiera alguien en casa.

—Quizás —concedió Jake, la posibilidad echando raíces. La idea de que podría haber influido inadvertidamente en las acciones del asesino todos esos años atrás era una perspectiva inquietante, que añadía una nueva capa de complejidad a un caso ya de por sí enrevesado.

Durante un largo momento, se quedaron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos, el peso de lo que quedaba sin resolver pesando entre ellos. Entonces Fiona alargó la mano, colocándola de forma tranquilizadora sobre el brazo de Jake.

Fiona observó cómo la comprensión se dibujaba en el rostro de Jake, los engranajes girando rápidamente detrás de sus ojos cansados. Se enderezó desde donde estaba apoyado contra la fría mesa metálica, una chispa de memoria encendiéndose dentro de él.

—Espera —dijo, con voz baja pero urgente—. El cartero... Ahora lo recuerdo.

Fiona ladeó la cabeza, su curiosidad picada. Le observó atentamente, notando la repentina tensión en su mandíbula.

—¿Gregory Dalton? —le incitó, tratando de seguir su línea de pensamiento.

—¡Sí, es él! —exclamó Jake, casi sin aliento—. Era nuestro cartero cuando yo tenía quince años. Siempre parecía demasiado joven para el trabajo, y mi madre... hablaba con él cada vez que venía con el correo.

—¿Podría tu madre haberle mencionado vuestro viaje de acampada? —preguntó Fiona, ya encajando las implicaciones.

—Es muy posible —murmuró Jake, pasándose de nuevo la mano por el pelo—. Era así de amable, siempre entablando conversación.

Fiona sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras las piezas encajaban. Era una conexión frágil, pero tenía un peso siniestro. La atmósfera en la habitación se volvió pesada con la carga de lo que esto podría significar.

—Jake —comenzó cuidadosamente, su tono firme a pesar del tumulto que se arremolinaba en su interior—. Eso podría explicar por qué ahora se centra en mujeres solteras.

La mirada de Jake se clavó en la suya, una mezcla de confusión y comprensión emergente escrita en sus facciones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, aunque Fiona podía notar que él también empezaba a verlo.

—Piénsalo —insistió ella, su propio pulso acelerándose—. Tu madre estaba sola porque él pensaba que estabais fuera. Cuando se dio cuenta de que estaba equivocado, eso debió asustarle. Desde entonces, solo va tras mujeres que son vulnerables... aquellas que sabe que no tendrán a nadie volviendo a casa.

Un pesado silencio les envolvió mientras Jake procesaba sus palabras. Entonces su cuerpo se tensó, una mirada atormentada cruzando su rostro.

—Dios, todo este tiempo... Podría haber estado más cerca de atraparle de lo que nunca supe... —Su voz se apagó, llena de una mezcla de arrepentimiento y determinación.

Fiona alargó la mano, rozando con sus dedos el brazo de Jake, anclándole a la realidad. Ambos habían sido marcados por la tragedia, sus vidas entrelazadas con la pérdida y la implacable búsqueda de justicia.

—Le atraparemos, Jake —dijo con serena determinación—. Estamos cerca ahora. No dejaremos que se nos escape otra vez.

Mientras Fiona hablaba, era consciente de que sus próximos pasos serían decisivos. Ya no eran solo agentes en un caso; estaban unidos por venganzas personales, buscando un cierre no solo para las víctimas, sino para ellos mismos. Y con cada revelación, se acercaban más al desenlace final.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El motor del coche se apagó con un traqueteo y el mundo quedó en silencio. Jake salió al suelo helado, sus botas crujendo suavemente en la nieve. A su lado, Fiona emergió, ajustándose la chaqueta contra el frío. Sus alientos salían en espesas nubes que desaparecían en el aire nocturno, testimonio del frío mordaz que les envolvía.

Arriba, la luna era un pálido espectro que proyectaba un resplandor etéreo sobre la propiedad de Gregory Dalton. Era tarde, entrada la noche, cuando la oscuridad parecía absoluta, salvo por la luz que daba al invernadero descuidado un aura fantasmal. Las enredaderas se retorcían por los paneles de cristal, contorsionándose en formas que podrían pertenecer a otro mundo. La casa en sí se alzaba como una silueta oscura, con ventanas como ojos ciegos, morada de secretos y gritos silenciosos.

La mano de Jake flotaba cerca de su funda, sus movimientos deliberados y controlados. El escalofrío que le recorría la columna poco tenía que ver con el aire invernal. Quince años —quince años de preguntas sin respuesta, de la ausencia de una madre, de un vacío que se negaba a llenarse— conducían a este momento. Gregory Dalton, la figura de su infancia ahora convertida en el villano de la historia más oscura de su vida, estaba al alcance.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, no solo por el frío o el esfuerzo, sino por un cóctel de emociones que había estado alimentando desde que encontró el cuerpo de su madre todos esos años atrás. El miedo se mezclaba con la ira; la anticipación se fundía con el pavor. Cada latido de su corazón parecía resonar en la quietud que les rodeaba, un recordatorio rítmico de lo que estaba en juego.

—Mantente alerta —murmuró a Fiona, su voz apenas por encima de un susurro pero lo suficientemente alta en el silencio de la noche.

Mientras permanecían uno al lado del otro, Jake no pudo evitar sentir el peso de la historia presionando sobre él. Esto era todo. La culminación de

década y media de dolor, la oportunidad de enfrentarse finalmente al hombre que había destrozado a su familia. Gregory Dalton, antes una presencia benigna con su bolsa de correo y saludos casuales, ahora se alzaba como el monstruo en las pesadillas de Jake.

Apretó la mandíbula, tratando de calmar el tumultuoso mar de emociones que amenazaba con engullirle. Esta noche no habría lugar para la imprudencia, ni espacio para la impetuosidad que a veces le atormentaba. Fiona le necesitaba centrado, y también la memoria de su madre. Su asesinato sin resolver, una herida que nunca sanó, exigía justicia.

Era hora de enfrentarse al pasado, de adentrarse en la guarida de la araña que había tejido su tela a través de su vida. Jake respiró hondo y exhaló lentamente, viendo cómo su determinación se materializaba en una nube de vapor antes de disiparse en la noche. Con cada paso hacia la casa oscurecida y el invernadero enmarañado, Jake se acercaba más a la verdad, listo para enfrentarse al frío del invierno y a la oscuridad de sus propios recuerdos atormentados.

Las botas de Jake crujían sobre el suelo endurecido por la escarcha mientras guiaba a Fiona hacia la imponente puerta principal de la casa de Gregory Dalton. Sus alientos quedaban suspendidos en el aire frío, mezclándose con el silencio de la noche. Con cada paso, Jake sentía que su determinación se solidificaba como el hielo bajo sus pies.

—Mantente alerta —murmuró a Fiona, aunque sabía que no necesitaba que se lo recordara. Sus ojos estaban muy abiertos detrás de sus gafas, escudriñando la oscuridad que envolvía la propiedad.

Ella se acercó primero a la puerta, golpeando con fuerza la madera, sus nudillos marcando un ritmo staccato que resonó en las paredes de la casa silenciosa. El sonido pareció quedar suspendido en el aire antes de desvanecerse en la nada. Esperaron —un latido, dos— pero ninguna luz se encendió en el interior, ningún paso sonó desde el otro lado de la puerta.

—¡Gregory Dalton! —llamó Jake, su voz fuerte pero controlada, evitando cualquier signo de la tormenta de emociones que se agitaba en su interior. No hubo respuesta.

Miró a Fiona, la luz de la luna proyectando sombras sobre su rostro, acentuando su expresión concentrada. Ella le devolvió la mirada y asintió,

una señal silenciosa entre ellos perfeccionada por incontables horas de entrenamiento y colaboración.

La atención de Jake volvió bruscamente al invernadero cuando un movimiento captó el rabillo de su ojo —una sombra, fluida y fugaz, entre el crecimiento salvaje de enredaderas y hojas. Su mano se tensó instintivamente alrededor de la empuñadura de su arma, el metal frío contra su palma.

—¿Has visto eso? —el susurro de Fiona era apenas audible, pero cortó la quietud como una sirena de advertencia.

—Sí —susurró Jake en respuesta, su pulso acelerándose. La sombra en movimiento podría no ser más que un animal, o podría ser Gregory, observando desde el interior del enredo de su propia creación. De cualquier manera, tenían que moverse, actuar.

—Quédate cerca —indicó, su enfoque estrechándose hacia el camino que tenían delante. No podía permitirse distracciones —no cuando estaban tan cerca, no cuando cada segundo podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Por su madre, por las mujeres que habían sido asesinadas, y por Fiona, que ahora se encontraba valientemente a su lado en el corazón de la oscuridad.

Jake tomó una bocanada de aire medida, dejando que el frío se colara en sus pulmones, usándolo para agudizar sus sentidos. Eran del FBI; estaban entrenados para esto. Juntos, se enfrentarían a lo que fuera que se ocultase en las sombras del retorcido santuario de Gregory Dalton.

Con sombría determinación, Jake encabezó el camino hacia el invernadero. Podía sentir la presencia de Fiona justo detrás de él, una aliada silenciosa en la oscuridad que se cernía. El aire nocturno estaba quieto, y el único sonido era el crujir de sus botas contra el suelo helado mientras se acercaban a la imponente estructura.

La puerta chirrió de manera ominosa cuando Jake la empujó, un débil eco en el silencio de la noche. Una oleada de aire húmedo les golpeó, cargado con el olor terroso de la descomposición. Entraron, con las armas desenfundadas y listas.

El interior era un caos de vegetación. Las plantas que una vez se mantuvieron en filas impecables ahora se extendían salvajemente,

alcanzándoles como los dedos de algún dios olvidado. Las hojas susurraban suavemente, agitadas por una brisa que no podían sentir. Las enredaderas se aferraban al cristal y se arrastraban por el suelo, creando un laberíntico sotobosque. Las arañas huían del haz de la linterna de Fiona, sus telarañas brillando como trampas destinadas a algo más que simples insectos.

—Gregory Dalton —llamó Jake entre las sombras, su voz fuerte y autoritaria—. FBI. Salga con las manos en alto.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire denso, casi tangibles entre el espeso follaje. No hubo respuesta, solo el suave susurro de las hojas y el ocasional correteo de los arácnidos. El silencio era opresivo, cargado de cosas no dichas y hechos sin realizar.

Jake avanzó, el agarre de su arma firme a pesar del sudor que perlaba su frente. Aquí, rodeado por el exceso de vida, casi podía olvidar el frío mordaz del invierno exterior. Pero el frío en su corazón permanecía, alimentado por recuerdos de pérdida y la ardiente necesidad de justicia.

Barrió con el haz de su linterna el enmarañado desorden, buscando cualquier indicio de movimiento, cualquier señal de Gregory. Cada paso se sentía pesado, cada respiración un esfuerzo consciente. Había llegado demasiado lejos para dejar que el asesino se le escapara ahora. En esta extraña prisión verde, el cazador se había convertido en presa, y Jake sabía que no podía permitirse un solo error.

Jake se abrió paso a través del caos verde, sus botas enganchándose en las raíces nudosas que serpenteaban por el camino. Las enredaderas colgaban como dedos retorcidos, extendiéndose como si quisieran agarrarlo, arrastrarlo de vuelta a las pesadillas que lo habían atormentado durante quince años. Con cada paso, la imagen del cuerpo sin vida de su madre se agudizaba en su mente, alimentando su determinación. El aire estaba cargado con el olor a materia vegetal en descomposición, pero Jake lo respiraba como un grito de guerra. Este invernadero, esta tumba húmeda, podría finalmente resonar con el sonido de la justicia.

—¡Gregory Dalton! —gritó de nuevo, su voz una lanza cortando a través del denso crecimiento. La oscuridad absorbió el sonido, pero Jake sintió el peso de su propia determinación empujando contra el manto de sombras. El hombre que había destrozado su mundo podría estar justo

detrás de la siguiente cortina de hojas, y ese pensamiento lo impulsaba, su corazón latiendo con un ritmo frenético.

El haz de la linterna bailaba sobre un bosque de verde, proyectando sombras monstruosas que parpadeaban y se retorcían. Barrió la luz de izquierda a derecha, medio esperando que la forma retorcida de Gregory emergiera de la maleza. Pero solo había el interminable enredo de plantas y el sonido de su propia respiración entrecortada.

—Red, mantente cerca —dijo sin mirar atrás, confiando en que ella estaba allí, un ancla en el paisaje surrealista. Pero cuando miró por encima del hombro, esperando ver el reconfortante destello de sus rizos rojos o el brillo de sus gafas, no encontró más que vacío.

—¿Red? —Su voz se quebró, cortando el silencio. No hubo respuesta, solo el susurro de las hojas como si las propias plantas se estuvieran burlando de él—. ¡Fiona! —Esta vez, su llamada estaba teñida de miedo, agudo y crudo.

Volvió sobre sus pasos, su arma olvidada a un lado, el haz de su linterna ahora un frenético foco de búsqueda. Cada segundo se estiraba, tenso como un cable a punto de romperse. ¿Dónde estaba ella? ¿Cómo se habían separado? El follaje parecía cerrarse sobre él, una barrera viviente que oscurecía su visión y amortiguaba sus llamadas.

La garganta de Jake se apretó con pánico. Giró, desorientado, la vegetación presionando por todos lados. Ella había estado justo detrás de él, ¿cómo podía simplemente desvanecerse? ¿Estaba Gregory observándolos, dividiendo y conquistando?

Un crujido sonó desde atrás, devolviendo a Jake al presente. Giró sobre sus talones, el corazón saltando a su garganta. En las sombras, algo pequeño y rápido se escabulló entre las plantas. Una rata, sus ojos brillantes reflejando brevemente la tenue luz antes de desaparecer en la maleza.

—Maldita sea —murmuró entre dientes, la tensión aflojándose solo un poco. ¿Era eso? ¿Una rata que habían confundido con un hombre albergando oscuros secretos? El alivio fue efímero. Fiona seguía desaparecida; no podía verla, no podía oírla. Su mano se apretó alrededor de la empuñadura de su arma, su salvavidas en el caos de vegetación y oscuridad.

Se acabó la espera. No había tiempo para dudas. Con un arrebató de determinación, Jake se abrió paso entre la maleza, el aire húmedo del invernadero pegándose a su piel como una segunda capa. Tenía que encontrarla, tenía que asegurarse de que estaba a salvo.

Al salir precipitadamente del invernadero, se topó con el frío cortante de la noche. El patio bañado por la luz de la luna se extendía vacío ante él, hasta que sus ojos captaron un movimiento en el extremo más alejado. Allí, bajo las ramas desnudas de un viejo roble, estaba Gregory, con un cuchillo reluciente en la mano, presionado contra la garganta de Fiona.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Los ojos de Fiona se encontraron con los de Jake, abiertos de terror, sus gafas empañadas por el calor de su aliento en el aire gélido. Sus rizos vibrantes contrastaban con la pálida mano que la agarraba. Cada bocanada visible de su aliento era una súplica silenciosa de ayuda.

La adrenalina corría por las venas de Jake, caliente y urgente. La ira ardía dentro de él, ira hacia este hombre que se atrevía a amenazar a Fiona, que ya le había arrebatado tanto. El miedo le roía las entrañas, miedo por la vida de Fiona, por lo que pasaría si le fallaba ahora. Pero debajo de todo eso había una necesidad ardiente de salvarla, de no dejar que la historia se repitiera.

Su entrenamiento se activó, cada músculo tenso y listo para la acción. Evaluó la situación en milésimas de segundo: la distancia entre ellos, el ángulo del brazo de Gregory, la desesperación en los ojos de Fiona. Cada escenario se desarrolló en su cabeza, cada resultado equilibrado en el filo de una navaja.

—Suéltala, Gregory —dijo, su voz fría como el hielo a pesar del fuego que ardía en su interior—. Esto se acaba ahora.

Pero incluso mientras hablaba, Jake sabía que la negociación era una esperanza débil. Gregory tenía el poder en su cruel agarre, y la vida de Fiona pendía precariamente de un hilo. El dedo de Jake se cernía sobre el gatillo, el peso de su decisión pesaba en la quietud de la noche invernal.

El brazo de Jake se extendió, su arma apuntaba con una concentración inquebrantable hacia Gregory. El aire congelado parecía aquietarse a su alrededor, como si la naturaleza misma no se atreviera a perturbar este momento crítico.

Gregory sonrió con desprecio, su agarre sobre Fiona solo se apretó en respuesta a la exigencia de Jake. La luz de la luna se reflejaba en la hoja en su garganta, un brillo siniestro contra la suavidad de su piel. El corazón de Jake martilleaba contra su caja torácica, cada latido un eco atronador en sus

oídos. Este era el hombre de sus pesadillas, el fantasma que lo había atormentado durante quince largos años.

La noche invernal contuvo el aliento, un silencio escalofriante envolvía la escena. La vida de Fiona se tambaleaba en un borde peligroso, su destino entrelazado con el deseo más profundo de Jake por la justicia. No podía sacudirse la imagen de su madre, no podía dejar que el miedo lo paralizara como cuando era un niño.

Estabilizó su respiración, forzó la calma en sus extremidades. Jake ya no era un niño asustado. Era un agente del FBI que había jurado proteger, y no le fallaría a Fiona como había fallado en salvar a su madre. No esta noche.

La adrenalina recorrió a Jake mientras fijaba la mirada en la escena frente a él. Gregory se erguía como la muerte personificada, sus ojos negros como pozos vacíos bajo la pálida luz de la luna. El cuchillo que empuñaba brillaba amenazadoramente, una amenaza silenciosa que hablaba más alto que cualquier palabra.

Los ojos ámbar de Fiona se encontraron con los suyos, abiertos de terror pero implorándole que actuara. Sus rizos, normalmente tan vibrantes, colgaban lacios alrededor de su rostro, enmarcando el duro terror que la atenazaba. Jake sintió el frío mordisco del aire nocturno contra su piel, pero no era nada comparado con el escalofrío que se colaba en sus huesos al ver a Fiona en las garras de Gregory.

Cada fibra de su ser gritaba que se lanzara hacia adelante, que la arrancara del borde de la muerte sobre el que Gregory la mantenía tan casualmente. Pero un movimiento en falso podría significar el desastre. Jake sabía que debía pisar con cuidado, sus acciones dictadas por algo más que el instinto de salvar; tenía que ser preciso, perfecto. Su dedo se tensó sobre el gatillo, listo para hacer el disparo más crítico de su vida.

Los músculos de Jake se tensaron, todos sus sentidos agudizados mientras el agarre de Gregory en la garganta de Fiona parecía apretarse. La luna brillaba sobre el cañón del arma de Jake, sus dedos blancos por la presión alrededor del frío metal.

—Suéltala —exigió, su voz firme a pesar de la tormenta de emociones que rugía dentro de él.

Gregory era un espectro del rincón más oscuro del pasado de Jake, un fantasma ahora hecho carne y hueso, amenazando a la mujer que amaba. La ira bullía bajo la superficie de su miedo, hirviendo en rabia ante la idea de que este hombre, que ya le había arrebatado tanto, se atreviera a hacerle daño a Fiona. Sin embargo, su entrenamiento se mantuvo firme; mantuvo el cañón de su arma apuntando sin vacilar a la cabeza de Gregory, listo para acabar con esto de una vez por todas.

—Suéltala —repitió Jake, sus palabras cortando el aire helado. Pero la única respuesta de Gregory fue una sonrisa escalofriante, y el filo del cuchillo se presionó más cerca de la piel de Fiona, una réplica silenciosa pero clara.

El corazón de Jake retumbaba en sus oídos, cada pulso un martillazo contra sus costillas. La furia se mezclaba con la desesperación mientras veía a Fiona luchar por respirar, su pecho subiendo y bajando en movimientos superficiales y rápidos. Era una visión dolorosamente reminiscente de aquel día lejano cuando encontró a su madre sin vida, el recuerdo grabado en su alma con la nitidez de una hoja.

En un arrebató de cruda emoción, Jake se descubrió.

—Soy el hijo de Cassandra Tucker —declaró, su voz forjada por años de pérdida. El nombre quedó suspendido pesadamente en el aire entre ellos, un puente hacia un tiempo manchado de sangre inocente.

Por un instante, la expresión de Gregory flaqueó, un destello de reconocimiento cruzando sus demacradas facciones. El nombre había tocado una fibra sensible, atravesando la coraza de su locura con un atisbo de humanidad. Fue la más breve de las pausas, pero en el silencio que siguió, los fantasmas gemelos de los legados de sus madres se erguían como centinelas, testigos de la tragedia que se desarrollaba.

La risa de Gregory era una sinfonía discordante que arañaba el silencio de la noche.

—¿Quieres saber sobre mi madre? —se mofó, sin aflojar su presa sobre Fiona—. No era ninguna santa, a pesar de lo que todos pensaban.

Sus ojos, oscuros como el vacío, parecieron perderse en el pasado.

—Encerrado con arañas —murmuró Gregory, casi para sí mismo—, ese era su castigo predilecto para mí.

La luz de la luna proyectaba sombras siniestras sobre su rostro mientras relataba los tormentos de su infancia.

—Una oficial condecorada, mi madre, pero tras las puertas cerradas, era mi carcelera, mi torturadora.

Jake se armó de valor, reprimiendo la bilis que le subía por la garganta. Ahora podía verlo: las telarañas, las criaturas escurridizas, reflejos de los horrores que habían atormentado las vidas de ambos.

—Lo entiendo —dijo Jake, mientras el aire frío convertía su aliento en vaho—. Tu madre te hizo daño, dejó cicatrices que nadie más podía ver.

Dio un paso adelante con cautela, midiendo cada palabra, intentando tender un puente sobre el abismo del trauma compartido.

—Las cosas por las que pasaste, el dolor que te causó... lo comprendo.

Los propios recuerdos de infancia de Jake arañaban los bordes de su conciencia, el asesinato sin resolver de su madre era una sombra constante sobre su vida.

Pero los ojos de Gregory permanecieron fríos, inflexibles como la piedra.

—¿Entender? —escupió, su voz destilando desprecio—. ¿Crees que puedes entenderme?

Un orgullo retorcido creció dentro de él.

—Dominé a las arañas, la oscuridad. Lo volví contra ellos... contra todos ellos.

Sus palabras eran hielo, helando a Jake hasta los huesos.

—Tu madre —se burló Gregory—, era como el resto de ellas. Débil. Frágil.

Sus labios se curvaron en una sonrisa grotesca.

—Apagar su luz fue un placer.

La rabia surgió en Jake, una marea ardiente que amenazaba con barrer su control. Cada fibra de su ser clamaba por justicia, por retribución. Pero

se contuvo, sabiendo que cualquier paso en falso podría significar el fin para Fiona.

—Mi madre no era débil —gruñó Jake, su voz un rugido bajo de furia apenas contenida—. Y estas mujeres tampoco lo son. Eran fuertes, llenas de vida... vida que tú robaste.

La risa de Gregory carecía de humor, un sonido hueco que resonó en la quietud.

—La vida es efímera, agente Tucker —dijo—. Pero el miedo... el miedo dura para siempre.

Su mirada se fijó en Jake, un depredador jugando con su presa.

El dedo de Jake descansaba sobre el gatillo, pero no se atrevía a actuar, aún no. Necesitaba mantener a Gregory hablando, encontrar una apertura. Necesitaba salvar a Fiona y asegurarse de que los espectros del pasado no atormentaran más. El aliento de Jake se condensaba en el aire gélido, su corazón martilleando contra sus costillas con una ferocidad que hacía eco de la tensión que atenazaba la noche. Los dedos de Gregory se clavaban en la carne de Fiona, la luz de la luna reflejándose en la hoja en su garganta, ofreciendo un coro silencioso al enfrentamiento.

—Gregory, piensa en lo que estás haciendo —dijo Jake, su voz firme a pesar de la adrenalina que corría por sus venas—. Suéltala. Soy yo a quien quieres.

Pero la risa de Gregory fue una oscura ondulación en la gélida quietud, un sonido desprovisto de cordura.

—¿Crees que puedes convencerme? ¿Como una de mis patéticas víctimas suplicando por sus vidas?

Su agarre sobre Fiona se apretó, y ella dejó escapar un grito ahogado, sus gafas empañándose con el calor de su miedo.

—Por favor, Gregory —intentó Jake de nuevo, su mente buscando frenéticamente un ángulo, cualquier ángulo, para influir en el hombre frente a él—. Tu madre no habría querido esto.

—¡Calla! —escupió Gregory—. No sabes nada de mi madre.

Las palabras fueron un siseo venenoso, un reflejo del retorcido camino

que había tomado su vida.

El cuchillo se acercó más a la piel de Fiona, la amenaza del acero contra la carne palpable en el aire frío de la noche. El dedo de Jake se cernía sobre el gatillo, su resolución cristalizándose con sombría finalidad. No podía esperar más, no si quería que Fiona sobreviviera. Pero entonces intercambió una mirada con Fiona, y vio no miedo en sus ojos, sino determinación. Conocía esa mirada: estaba a punto de hacer algo. Necesitaba que él distrajera a Gregory.

Tan sutilmente como pudo, Jake asintió, esperando haber entendido lo que ella estaba pensando.

—Tu madre, era policía, ¿verdad? —preguntó Jake. Sus palabras eran una apuesta, un intento desesperado de pillar a Gregory desprevenido.

La pregunta dio en el blanco.

—¿Qué? —Gregory parpadeó, momentáneamente desconcertado—. ¿Por qué eso...?

Jake presionó, aprovechando la oportunidad.

—Era una buena policía. Honesta. Trabajadora.

Gregory apretó más a Fiona, su mirada saltando entre ella y Jake.

—No más charla —gruñó, con un deje de pánico en su voz.

En ese momento, Fiona se movió. Clavó su codo en las costillas de Gregory con toda la fuerza que pudo reunir. El ataque repentino lo cogió por sorpresa. El cuchillo se le escapó de la mano mientras dejaba escapar un gruñido de sorpresa, pero no antes de hacer un corte en el cuello de Fiona. El corazón de Jake martilleó en su pecho mientras veía a Fiona jadear, una mano volando a su cuello. Una fina línea roja se filtraba entre sus dedos contra su piel pálida, enviando una oleada de pánico a través de él. Ella se tambaleó sobre piernas inestables, los ojos abiertos de asombro y dolor.

El tiempo pareció detenerse. El entrenamiento de Jake se activó, la memoria muscular guiando sus acciones. La pistola rugió, su estampido destrozando el silencio, un contrapunto a la repentina dilatación de los ojos de Gregory.

El disparo dio en el blanco con una precisión infalible, abriendo un pequeño agujero entre la mirada atónita de Gregory. Su cuerpo se desplomó

como un muñeco de trapo, y el cuchillo repiqueteó en la hierba escarchada al caer de su mano flácida.

Fiona tropezó hacia delante cuando el agarre de Gregory desapareció, respirando con jadeos entrecortados. Jake se movió por instinto, sujetándola antes de que cayera. Mantuvo su pistola apuntando al cuerpo inmóvil de Gregory, mientras el alivio y el horror libraban una batalla en su interior. La justicia y la venganza se fundían en un amargo cóctel que no ofrecía satisfacción, solo el frío reconocimiento de la necesidad.

—¡Fiona! —La voz de Jake era un grito ahogado mientras corría hacia ella, tirando su arma en la nieve. Llegó a su lado justo cuando empezaba a tambalearse peligrosamente, guiándola con suavidad hasta el suelo.

Sus manos temblaban mientras las presionaba contra la garganta de Fiona, intentando detener la sangre caliente que ahora manchaba su pelo rojo y rizado.

—Aguanta, pelirroja —le instó, escudriñando la oscuridad en busca de ayuda—. Soy el agente Tucker, ¡necesito asistencia médica inmediata en la propiedad Dalton! —Sus palabras salieron atropelladas, fracturadas por la urgencia, mientras transmitía la llamada por su auricular. La noche parecía engullir sus súplicas, devolviendo solo el silencio inquietante del frío invernal.

La respiración de Fiona era rápida y superficial, y la neblina que formaba se disipaba rápidamente en el aire gélido. Jake clavó su mirada en ella, intentando infundir fuerza a su frágil cuerpo.

—Vas a estar bien, ¿me oyes? —Su voz se quebró, traicionando el terror que le atenazaba.

Fiona intentó hablar, pero solo escapó un débil susurro de sus labios. Sus párpados aleteaban, luchando contra el peso que amenazaba con cerrarlos. Las palabras tranquilizadoras de Jake se convirtieron en un mantra, cada una de ellas un salvavidas lanzado a la creciente desesperación.

—La ayuda está en camino, aguanta —Presionó la herida, sintiendo la sangre caliente contra el mordisco helado de la noche. A lo lejos, el aullido de las sirenas empezó a rasgar el silencio, haciéndose más fuerte con cada

segundo. Se aferró al sonido, a Fiona, a la esperanza de que el rescate estaba a punto de llegar.

—Quédate conmigo, Fiona —Su voz se estabilizó mientras repetía la súplica, concentrando todo su ser en la supervivencia de ella. A su alrededor, las luces parpadeaban y las voces gritaban, en el borrón surrealista de los servicios de emergencia convergiendo en su ubicación. Jake se aferró con más fuerza, el mundo reduciéndose al espacio donde estaba arrodillado, sosteniendo a la mujer que amaba, mientras todo lo demás se desvanecía.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Los párpados de Fiona se abrieron lentamente, revelando un techo blanco y deslumbrante. Le dolía la garganta al moverse en la rígida cama del hospital. Las vendas que rodeaban su cuello se sentían como una segunda piel, incómodas pero necesarias. El olor aséptico a desinfectante invadía sus fosas nasales, un recordatorio agudo de dónde se encontraba. Los recuerdos de la noche anterior permanecían en el borde de su consciencia, borrosos y fragmentados como una pesadilla que no podía recordar del todo.

—Señorita Red —una voz interrumpió su desorientación. Fiona giró ligeramente la cabeza, haciendo una mueca por el tirón de la piel sensible. Un médico, vestido con un pijama azul claro, estaba de pie junto a ella con un portapapeles en la mano. Su rostro era una máscara de preocupación profesional, sus ojos escaneando sus constantes vitales en un monitor cercano.

—Ha tenido mucha suerte —dijo, con un tono uniforme pero que transmitía una gravedad subyacente—. El cuchillo... estuvo peligrosamente cerca. Un poco más profundo y habría seccionado su vena yugular.

Procesó sus palabras lentamente, cada sílaba cargada de significado. Suerte. Casi se ríe de la ironía. Una agente del FBI, recién estrenada y a punto de unirse a las víctimas que buscaba vengar. Pero no había tiempo para la autocompasión; estaba viva, salvada por meros milímetros de un destino que había visto demasiado a menudo en su línea de trabajo.

El médico continuó explicando, detallando los delicados procedimientos realizados para salvarle la vida, pero los pensamientos de Fiona divagaron. Imaginó las arañas tejedoras de orbes, testigos silenciosos de la violencia y la muerte, al igual que ella lo había sido a lo largo de su carrera. Incluso ahora, sus hilos de seda parecían conectar los fragmentos de su pasado y presente, tejiendo un patrón que la llevaba a este momento.

Supervivencia. No se trataba solo de sobrevivir a la noche. Se trataba de unir las piezas del rompecabezas dejadas por aquellos que habían sucumbido a la oscuridad. Fiona lo sabía mejor que nadie. Con Gregory Dalton muerto, las preguntas que la carcomían se silenciaron momentáneamente, reemplazadas por la cruda realidad de su propia mortalidad.

—Descanse ahora —aconsejó el médico, retrocediendo mientras las máquinas pitaban rítmicamente a su alrededor—. Ha pasado por un trauma significativo. Es importante dejar que su cuerpo se cure.

Mientras se alejaba, dejándola sola con el pulso constante del monitor cardíaco, Fiona cerró los ojos. Respiró profundamente, el olor a desinfectantes la anclaba al aquí y ahora. Habría tiempo para respuestas, para el cierre. Pero por ahora, se aferraba a las palabras del médico.

Increíblemente afortunada.

Sí, pensó, lo era. No solo porque la hoja había fallado su marca letal, sino porque tenía algo por lo que despertar: un propósito que iba más allá del dolor y las paredes blancas y estériles. Tenía la oportunidad de continuar su búsqueda de la verdad, y por eso, estaba verdaderamente agradecida.

El clic de la puerta al cerrarse señaló la salida del médico, y en el mismo instante, sus padres irrumpieron en la habitación del hospital. Sus rostros eran lienzos de emociones contradictorias: alivio pintado sobre una base de preocupación. Sin dudarlo, envolvieron a Fiona en un fuerte abrazo; sus brazos se sentían como las paredes de la morgue en casa, fríos pero extrañamente reconfortantes.

—Cariño, lo sentimos tanto por todo lo que has pasado —dijo su madre con voz temblorosa como las delicadas patas de una tígula—. Deberíamos haberlo sabido, deberíamos habernos dado cuenta de lo peligroso que puede ser tu trabajo.

—Hemos estado tan absortos con Joslyn —añadió su padre, su rostro arrugándose de culpa—, que nos olvidamos de los riesgos que corres cada día.

Fiona sintió la presión de su abrazo apretándose alrededor de su cuello vendado, pero no se estremeció. Su preocupación era un bálsamo para su

espíritu magullado, aunque la sofocara un poco.

—¿Joslyn? —Fiona logró susurrar a través del dolor. Sus pensamientos volaron hacia su hermana, cuyo silencio había sido un pesado sudario sobre la familia durante demasiado tiempo.

Sus padres retrocedieron, sus manos persistiendo sobre ella como para asegurarse de que era real, ilesa por su agarre.

—Ella... bueno, no ha vuelto a hablar —dijo su madre, la luz apagándose en sus ojos por un instante antes de reavivarse—. Pero parece más alerta, Fiona. Hay algo diferente en su mirada, como si estuviera luchando por romper la superficie.

Una sonrisa parpadeó en el rostro de Fiona, atravesando la incomodidad. Alerta. Eso era prometedor. En el mundo de la entomología, el comportamiento era un signo de vida, una señal de que aún quedaba lucha en su interior. Si Joslyn se estaba volviendo más consciente, entonces tal vez, solo tal vez, el capullo que la mantenía cautiva comenzaba a desenredarse.

—¿Puedo verla? —preguntó Fiona, su voz teñida de esperanza.

—Por supuesto, cariño —asintió su padre, la habitual seriedad del director de la funeraria transformándose en algo más suave—. Cuando estés lista.

—Gracias —murmuró Fiona. A pesar de todo, Fiona se aferraba a la creencia de que, al igual que las intrincadas telas tejidas por las arañas tejedoras de orbes, las conexiones importaban, y la conexión reemergente de Joslyn con el mundo era un hilo que valía la pena seguir.

El golpe en la puerta fue suave, casi vacilante, pero rompió la frágil calma que se había instalado en la aséptica habitación del hospital. Los padres de Fiona, que habían estado cerca, se giraron al unísono hacia el sonido. Jake apareció en el umbral, recorriendo la habitación con la mirada antes de posarla en Fiona. Su postura denotaba preocupación, pero también un palpable alivio.

—Jake —dijo su padre, dando un paso adelante y estrechando con fervor la mano del joven—. Gracias por lo que hiciste. Eres un buen hombre.

—No podía hacer menos —respondió Jake, con un tono modesto. Una ligera incomodidad cruzó su rostro, revelando que los elogios le turbaban.

—Gracias —añadió su madre, con palabras cargadas de gratitud. Rozó brevemente su brazo antes de mirar a su hija—. Os dejaremos un momento a solas.

Fiona observó cómo sus padres salían; su silencioso intercambio hablaba por sí solo. Confiaban en Jake; le debían la vida de su hija. La puerta se cerró tras ellos, y ella notó el cambio en la habitación cuando la intimidad les envolvió.

—Eh, Pelirroja —murmuró Jake, sentándose junto a su cama. Su mano encontró la de ella, cálida y firme. La miró a los ojos, y ella vio el miedo no expresado que le había atormentado desde el ataque, un miedo que reflejaba el suyo propio.

—Jake... —comenzó Fiona, pero su garganta se cerró. Tragando con dificultad, lo intentó de nuevo—. Lo vi en tus ojos, allí. Estabas asustado.

—Aterrorizado —admitió él, apretando su mano ligeramente—. Verte así... Creí que te había perdido.

Cayeron en un silencio, un espacio cómodo que habían aprendido a compartir. Estaba lleno de la comprensión tácita de dos personas que habían enfrentado la muerte juntas. No necesitaban repasar los escabrosos detalles; el fin del reinado de terror de Gregory era suficiente cierre.

—Gregory se ha ido —susurró ella, la simple verdad llevando el peso de la finalidad—. Se acabó.

—Así es —asintió Jake, con voz baja pero firme—. Y ahora hay justicia para mi madre. Quince años... y por fin, esto.

Fiona asintió, sintiendo el cierre de la herida que Jake había mantenido durante tanto tiempo, por las mujeres cuyas vidas habían sido brutalmente arrebatadas, por la ciudad que ahora podía respirar más tranquila. Gregory Dalton ya no rondaría más cocinas, no plantaría más arañas. Y aunque el dolor en su cuello le recordaba lo cerca que había estado de ser otra de sus víctimas, la presencia de Jake —firme y verdadera— era un bálsamo contra el recuerdo del acero sobre su piel.

La mirada de Fiona se detuvo en Jake, las marcadas líneas de preocupación que habían arrugado su frente ahora se suavizaban en una expresión de tranquila resignación. —Ojalá hubiéramos podido verle comparecer ante el tribunal —dijo él, con los ojos nublados por un arrepentimiento que parecía envejecerle más allá de sus años.

—Yo también —murmuró Fiona, aunque en su corazón, el alivio de la supervivencia era un latido más fuerte que el deseo de una justicia prolongada. Había asistido a suficientes juicios como analista para conocer la agonía de revivir el trauma en busca de retribución legal—. Pero tú estás aquí, y yo estoy aquí. Eso es lo que importa.

Jake asintió, la comisura de su boca elevándose en una media sonrisa que no llegó a sus ojos. La habitación parecía más pequeña, de alguna manera, los dos envueltos en ella, lejos de los horrores que tan cerca habían estado de reclamar la vida de Fiona. Sus dedos rozaron la áspera manta del hospital, la sensación anclándola mientras se sumergía en la frágil paz del momento.

La puerta se abrió de golpe con tal fuerza repentina que el corazón de Fiona dio un vuelco. Sus padres estaban enmarcados en la entrada, sus rostros iluminados con una emoción que no había visto en años: esperanza. —¡Fiona, cariño! —exclamó su madre, acercándose con los brazos abiertos.

—Joslyn ha despertado —dijo su padre, con la voz espesa por las lágrimas contenidas—. ¡Está preguntando por ti!

Una oleada de emociones inundó a Fiona, una mezcla torrencial de alegría e incredulidad. Joslyn, su hermana que había estado perdida de más formas que una, alcanzándola desde el silencio que la había atrapado. Fiona sintió cómo los vendajes tiraban de su cuello cuando una sonrisa se abrió paso, el dolor un leve malestar comparado con la euforia que florecía en su pecho.

—¿De verdad? —La palabra fue un suspiro, apenas audible sobre el latido de su propio corazón.

—De verdad —asintió su madre enfáticamente, con los ojos brillantes de lágrimas.

—¿Puedo verla? —preguntó Fiona, incorporándose a pesar de la debilidad que protestaba con cada movimiento.

—Por supuesto, cariño. Por supuesto —Su padre se acercó, listo para ayudar.

Con cada paso hacia la esperanza, el agotamiento de Fiona disminuía, reemplazado por una creciente ligereza que no se había atrevido a sentir desde la desaparición de Joslyn. Se aferró a las palabras de sus padres, dejando que la llevaran adelante en una marea de alivio y anticipación. La pesadilla que la había atormentado durante una década estaba dando paso a la posibilidad de un nuevo día, y mientras miraba a los ojos de su familia, Fiona supo que estaban al borde de algo milagroso: el renacimiento de su familia una vez fracturada.

Fiona se apoyó pesadamente en Jake mientras se dirigían a la unidad psiquiátrica. Sus piernas aún temblaban, su cuerpo protestando con cada paso apresurado. Pero la urgencia la impulsaba hacia adelante, a través de los pasillos estériles que parecían extenderse interminablemente ante ellos. Apenas notó el desinfectante que impregnaba el aire, un agudo recordatorio de la incesante batalla del hospital contra lo invisible.

La mano de Jake era firme en su codo, su presencia una promesa tácita de protección y apoyo. En el laberinto de paredes blancas y suelos pulidos, él era la constante en la que podía confiar, un salvavidas con la forma de un compañero que la había visto en su momento más vulnerable y nunca había flaqueado.

—Ya casi estamos, Pelirroja —murmuró él, leyendo el agotamiento grabado en sus facciones. Su voz era baja, destinada solo a sus oídos, anclándola cuando el mundo amenazaba con perder el enfoque.

—Gracias —susurró Fiona, agradecida por mucho más que la ayuda física. Él había sido su pilar desde el caso —desde antes— y encontraba consuelo en su fuerza inquebrantable.

Se detuvieron frente a la habitación de Joslyn, el número en la puerta se erguía como un centinela de la esperanza que yacía más allá. El corazón de Fiona latía con fuerza contra su caja torácica, un ritmo de miedo y anticipación. Por un momento, dudó, reuniendo los fragmentos de coraje

dispersos por el dolor y la fatiga. Luego, con un suspiro que parecía cargar el peso de años, empujó la puerta para abrirla.

La visión que la recibió detuvo a Fiona en seco. Allí estaba Joslyn, erguida y consciente. Era tan diferente de la cáscara vacía de una hermana que Fiona había visitado día tras día, aferrándose al delgado hilo de posibilidad de que Joslyn volviera con ellos.

La mirada de Joslyn se encontró con la suya, lúcida y penetrante, y Fiona sintió que algo dentro de ella cambiaba —las tensas cuerdas de la desesperación aflojándose ligeramente. Notó el leve movimiento de los labios de Joslyn, una suave conversación con una enfermera que era más milagrosa que cualquier sinfonía.

—H-hola —dijo Joslyn, la palabra simple pero cargada con el peso del silencio roto.

—Hola —respondió Fiona, su voz apenas por encima de un susurro. Absorbió la imagen, grabando cada detalle en su memoria: la luz en los ojos de Joslyn, el suave subir y bajar de su pecho, la vida que danzaba una vez más en sus facciones.

En la puerta, Jake permaneció en silencio, un centinela respetando la sagrada reunión que se desarrollaba ante él. Ofreció un pequeño asentimiento, su papel cambiando sin problemas de protector a testigo.

Los pasos de Fiona vacilaron al cruzar el umbral, su mirada fija en la forma de Joslyn en la cama del hospital. El aire estaba cargado con un picor antiséptico, pero no podía enmascarar la dulce victoria que pulsaba a través de las venas de Fiona. Con un estallido de energía alimentado por el alivio y el anhelo, Fiona cerró la distancia hasta su hermana. Sus manos temblaban, extendidas, mientras las lágrimas se liberaban de las presas de sus ojos.

—Joslyn —sollozó, la palabra apenas escapando de sus labios antes de envolver a su hermana en un abrazo que fusionaba diez años de dolor con la esperanza de este único momento. El cuerpo de Joslyn estaba cálido contra el suyo, real y vivo, no solo un producto de la imaginación o una sombra en sus investigaciones. Sostuvo a Joslyn con fuerza, temiendo que soltarla de alguna manera revirtiera este milagro.

Joslyn devolvió el abrazo, sus propios brazos débiles pero insistentes. Durante esos pocos segundos, el mundo fuera de su conexión dejó de existir.

—solo estaban Fiona, Joslyn y el vínculo de hermandad que ninguna oscuridad podía extinguir por completo.

Al separarse, Fiona estudió el rostro de Joslyn, buscando señales del espíritu vibrante y extrovertido que recordaba. El cabello castaño oscuro de Joslyn enmarcaba su rostro pálido, un contraste con los rizos de fuego de Fiona, pero el parecido era innegable. Su historia compartida, tejida en cada rasgo, cada peca.

—Estaba atrapada en mi propia mente —susurró Joslyn, su voz áspera pero ganando fuerza—. Era como gritar en el vacío, sin sonido, solo... silencio. —Hizo una pausa, sus ojos recorriendo el rostro de Fiona, trazando las líneas de preocupación que se habían grabado allí con el tiempo—. Pero te sentía, Fiona. Empecé a recordar tu voz, tu risa, cómo te emocionabas por algún bicho raro.

Fiona exhaló un suspiro tembloroso, cada palabra de Joslyn desmantelando otro ladrillo en el muro de temor que había rodeado su corazón. Recuerdos e identidad —estos eran los hilos que tejían a Joslyn de vuelta al tapiz de los vivos. Con cada sílaba, la mente analítica de Fiona catalogaba el cambio: la claridad en los ojos de Joslyn, el propósito en su tono, el regreso gradual de la hermana que conocía.

—Sigue hablando, Joss —instó Fiona, una sonrisa abriéndose paso a través de su rostro surcado de lágrimas—. Cuéntamelo todo.

Y mientras Joslyn continuaba, relatando recuerdos fragmentados, destellos de su antiguo yo brillando a través, Fiona sintió que la marea cambiaba. En una habitación estéril llena del zumbido de máquinas médicas, la curación comenzaba —no solo para Joslyn sino también para Fiona. A medida que el peso de los años se levantaba, la esperanza echaba raíces una vez más.

La presencia de Jake en la puerta era un pilar silencioso de apoyo, sus ojos no se apartaban de Fiona mientras ella sostenía a Joslyn. En el silencio de la habitación, interrumpido por el suave murmullo de la conversación, él permanecía firme, un observador callado del milagro que se desarrollaba.

La puerta crujió, y los padres de Fiona aparecieron, la vacilación en sus pasos dando paso al asombro. Sus ojos se abrieron ante la visión de Joslyn —viva de formas que no habían visto en una década. Sin palabras, se

movieron como una sola entidad hacia sus hijas, sus rostros desprendiéndose años de miedo y tristeza.

Fiona observó cómo las manos de su madre revoloteaban como mariposas ansiosas antes de encontrar consuelo alrededor de Joslyn. Su padre, siempre estoico, dejó escapar un sollozo ahogado que desmoronó su fachada compuesta. Envolvieron a Joslyn, una colcha familiar arropándola en calor y lágrimas. A través de la bruma de su propio alivio, Fiona vio cómo las líneas de preocupación en los rostros de sus padres se suavizaban en expresiones de asombro.

—Joslyn —susurró su madre, una oración y una súplica a la vez—. Has vuelto.

Con cada palabra que Joslyn pronunciaba, el ambiente se volvía más ligero, como si cada sílaba se llevara consigo una parte de la oscuridad que se había cernido sobre ellos. El peso, el denso manto de incertidumbre que había envuelto a la familia, se disipaba con la cadencia de su voz.

Fiona lo percibía: un cambio en la atmósfera, una grieta en la presa de emociones contenidas que ahora inundaba la habitación con palabras no dichas y tiernas revelaciones. Se aferraba a la mano de Joslyn, un ancla que la mantenía firme en ese momento.

La habitación estaba cargada de emoción, una fuerza palpable que resonaba en el pecho de Fiona. Absorbía la escena: sus padres abrazando a Joslyn, la mirada vigilante de Jake desde el umbral, las paredes blancas de la habitación del hospital incapaces de contener la magnitud de su alivio colectivo.

La esperanza parpadeaba en su interior, una delicada llama alimentada por el amor y la fuerza de las personas que la rodeaban. No era solo esperanza por la recuperación de Joslyn, sino por la reparación de las fracturas que el tiempo había grabado en sus vidas. El corazón de Fiona se hinchaba, impulsado por la constatación de que estaban doblando una esquina, juntos.

La pesadilla de los últimos meses no había terminado. Las sombras aún persistían, recuerdos de sangre y miedo que no se desvanecerían fácilmente. Pero ahora, había luz filtrándose por las grietas, prometiendo que la oscuridad no duraría para siempre.

La voz de Joslyn, antes perdida en el silencio, ahora llenaba la habitación con la música de la resiliencia. Con cada palabra, tejía un tapiz de su pasado y una visión del futuro, un futuro que ahora parecía alcanzable.

Fiona se permitió creer en ese futuro. Se imaginó cenas familiares, risas, historias compartidas de los días perdidos. Se imaginó a Joslyn encontrando su lugar de nuevo, su propio viaje de sanación entrelazado con el de ellos. Y en esa imaginación, el miedo que había atenazado el corazón de Fiona comenzó a aflojar su agarre.

Eran supervivientes, todos ellos. Unidos por la sangre y forjados por las pruebas, permanecían unidos bajo el brillo aséptico de la habitación del hospital. Su camino hacia adelante estaría plagado de desafíos, pero lo recorrerían como uno solo.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Fiona podía vislumbrar ir más allá de la supervivencia. Prosperarían. Se reconstruirían más fuertes.

EPÍLOGO

Jake se encontraba en el silencio del cementerio, con el suave susurro de las nuevas hojas sobre su cabeza. La primavera había cubierto el paisaje de tonos verdes, en contraste con las sombrías lápidas que se alzaban como centinelas silenciosos a su alrededor. El aire era cálido y traía consigo la melodía lejana de los pájaros cantando, sus canciones entrelazándose con la quietud de la mañana.

Avanzaba lentamente entre las tumbas, con la mirada fija en un punto concreto frente a él. No tardó en llegar a la sepultura marcada por una lápida de granito pulido, con el nombre "Tucker" grabado en su superficie. El lugar de descanso final de su madre.

Durante un momento, Jake simplemente permaneció allí de pie, sus ojos marrones reflejando las sombras cambiantes proyectadas por los suaves rayos del sol que se filtraban entre las ramas recién brotadas. Respiró hondo, dejando que la serenidad del entorno le invadiera. Era como si la propia naturaleza ofreciera un silencioso gesto de respeto a la mujer que yacía bajo tierra.

Luego, con pasos medidos, Jake se arrodilló junto a la tumba. De su chaqueta sacó un único lirio blanco, sus pétalos inmaculados contrastando con el fondo de sus manos curtidas, manos que habían visto demasiado, que habían luchado con demasiada dureza en nombre de la justicia. Con cuidado, depositó la flor sobre la lápida recién limpiada, sin pasar por alto el simbolismo del lirio: renovación y esperanza.

El acto se sentía significativo, ahora más que nunca. Habían pasado meses desde que había dado con el monstruo responsable de arrebatarse a su madre de la familia. Jake recordaba la implacable persecución, las noches en vela, la promesa que se susurraba a sí mismo cada vez que veía su reflejo en una ventana oscurecida. Encontraría al asesino. Y lo hizo.

Ahora, arrodillado allí, el peso del asesinato sin resolver de su madre ya no pesaba sobre sus hombros con la misma fuerza aplastante. Se había

hecho justicia, fría e inflexible, y aunque no llenaba el vacío que quedaba, traía consigo una apariencia de paz. Un capítulo cerrado, que le permitía respirar un poco más fácilmente.

Su mano se demoraba sobre la fría piedra, trazando las letras de su nombre. Se había ido, pero seguía viva a través de él: el hijo del bombero convertido en agente del FBI, impulsado por una tragedia que había moldeado su propio ser. En este rincón tranquilo del mundo, rodeado de vida que florecía de nuevo, Jake se permitió sentir el consuelo que venía con saber que había cumplido el juramento de un hijo.

Jake bajó la cabeza, el suave murmullo de su voz apenas perturbaba la quietud del cementerio.

—Siempre te llevaré conmigo —susurró, los contornos de la emoción dando forma a cada palabra—. Cada caso, cada pista que persigo, eres tú guiándome —su mirada se detuvo en las letras grabadas, los dedos trazando los bordes como si quisiera grabar su recuerdo más profundamente en su piel—. Gracias por hacerme fuerte, por enseñarme a mantenerme en pie incluso cuando el mundo se desmorona.

Casi podía sentir su mano reconfortante en el hombro, un consuelo espectral entre las tumbas.

La soledad del lugar le envolvía, un capullo de reflexión y recuerdo. Era aquí, entre los epitafios silenciosos, donde Jake encontraba un puente hacia el pasado, hacia la mujer que le había inculcado la resistencia de los bomberos y la tenacidad de un agente en busca de la verdad. Su coraje era el legado que le impulsaba, la fuerza inquebrantable detrás de cada paso hacia la justicia.

—Las cosas están cambiando, mamá —dijo Jake, permitiéndose una pequeña sonrisa privada. El aire tenía una carga, como la anticipación crujiente antes de una tormenta, mientras hablaba del nuevo capítulo que se desarrollaba en su vida—. Hay alguien... se llama Fiona. Es... extraordinaria.

La palabra parecía demasiado pequeña, demasiado simple, pero era la pura verdad. Fiona, con su feroz inteligencia y su silenciosa determinación, se había convertido en su ancla en una profesión que amenazaba con hundirle.

Se imaginó su nuevo hogar, la pintoresca estructura de dos pisos que parecía resonar con futuras risas y conversaciones susurradas.

—Tenemos esta casa —continuó, con orgullo evidente en su tono—. Valla blanca y todo. Te encantaría el jardín, es obra de Fiona. Está vivo, vibrante, como ella.

En su mente, veía las flores que Fiona cuidaba con tanto esmero, cada pétalo un testimonio de su pasión por la vida.

—El trabajo es duro; ya sabes cómo es. Pero nos cubrimos las espaldas mutuamente.

Era una asociación forjada en el crisol de objetivos compartidos y respeto mutuo, tanto en el campo como fuera de él. Entendían las exigencias, los sacrificios que se les requerían como agentes al servicio de una causa mayor. Y estaban preparados, listos para enfrentarse a lo que viniera, juntos.

Hizo una pausa, su corazón henchido por la miríada de emociones que venían con el amor y los nuevos comienzos. Aquí, ante el emblema de un final, abrazaba la promesa de lo que estaba por venir, agradecido por la fuerza que su madre le había dado para aprovecharlo.

Jake dejó que una sonrisa rompiera la solemnidad del momento mientras su mirada se detenía en la lápida.

—Y hay algo más, mamá —dijo, con las comisuras de los labios elevándose en una sonrisa esperanzada—. Fiona y yo hemos estado hablando de tener hijos, de formar nuestra propia familia.

La brisa arreció, agitando las hojas a su alrededor, como si la naturaleza misma reconociera la importancia de su confesión. Era como un secreto compartido entre madre e hijo, un susurro sagrado al pasado para dar forma al futuro.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, un tenue eco de posibilidad entre los centinelas de piedra que jalonaban el paisaje del cementerio. Una familia con Fiona; la idea encendió una sensación de ligereza en el pecho de Jake, un refugio de la pesada carga que a menudo llevaba. Niños con su risa, su resiliencia; era un futuro que no se había atrevido a imaginar hasta hace poco, pero ahora parecía tan tangible, tan

cercano que casi podía extender la mano y tocarlo. Se imaginó enseñándoles a ser fuertes, tal como su madre le había enseñado a él, a enfrentarse al mundo con valentía y bondad.

Una sensación de corrección se asentó sobre él, un bálsamo calmante para la herida que le dolía desde que tenía quince años. En este espacio tranquilo, rodeado de memoriales desgastados por el tiempo, Jake encontró un atisbo de alegría ante la idea de la vida floreciendo a partir de la pérdida.

Al levantarse lentamente, Jake sintió que el peso de los años comenzaba a aligerarse. Echó una última mirada a la tumba, el nombre grabado captando la luz de la mañana. Había una promesa tácita en esa mirada, un juramento de que aunque se había ido, Cassandra Tucker estaría por siempre entretejida en el tapiz de su vida.

Con cada paso que daba alejándose de la tumba, el corazón de Jake se hacía más ligero, lleno de pensamientos sobre lo que le aguardaba. Era como si cada pisada desprendiera una capa del pasado, dejando espacio para los nuevos sueños que echaban raíces dentro de él. Aún quedaba una vida por vivir, amor por atesorar y un legado por construir sobre los cimientos que su madre había puesto.

El canto de los pájaros llenó el silencio que dejó atrás mientras Jake caminaba, sus canciones cosiendo los hilos de su esperanza naciente. No volvió la vista atrás; no hacía falta. El cementerio era un lugar de finales, pero para Jake, también era un comienzo, una línea de salida desde la cual empezaba la carrera hacia un futuro más brillante.

Una anticipación esperanzadora corría por sus venas mientras se abría paso entre las hileras de lápidas, cada paso más firme que el anterior. Hoy marcaba no solo una visita al lugar donde descansaba su madre, sino un anuncio susurrado a su espíritu sobre la vida que estaba construyendo, una vida que ella siempre había querido para él. Con el corazón más ligero, cruzó las puertas, listo para abrazar los capítulos aún no escritos.

El sol proyectaba un resplandor dorado sobre la nueva casa de Fiona, sus rayos bailando sobre los delicados pétalos de las primeras flores del jardín. Se movía con determinación en el jardín delantero, sorteando cajas de cartón y muebles que estaban siendo descargados del camión de mudanzas. Sus padres, ambos radiantes de orgullo, le entregaban caja tras caja, cada una un bloque de construcción de su futuro.

—Cuidado con esa —dijo Fiona, señalando un contenedor particularmente frágil etiquetado como "Especímenes de insectos". Su madre asintió, manejándolo como si fuera un artefacto precioso.

—Cada pieza parece tener su propia historia —comentó su padre, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Así es, papá —dijo Fiona, con la voz teñida de nostalgia. Mientras desempaquetaba, los recuerdos revoloteaban a su alrededor como polillas atraídas por el calor de su nuevo comienzo. Los objetos familiares la anclaban a quien era: una entomóloga, una analista forense y ahora, una agente del FBI de pleno derecho.

Dentro de la casa, Joslyn Red colocaba cuidadosamente un marco de foto en la estantería del salón. Era una fotografía tomada años antes de su desaparición, una instantánea de tiempos más felices. La luz del sol que entraba por la ventana resaltaba el contraste entre su pelo oscuro y su piel pálida, tan diferente de los rizos pelirrojos de Fiona.

—¿Queda bien aquí? —preguntó Joslyn, con un tono esperanzado, buscando aprobación.

—Perfecto —dijo Fiona desde la puerta, observando a su hermana con un cariño que solo se profundizaba con cada día que pasaba. La presencia de Joslyn allí, vibrante y real, era nada menos que un milagro.

La recuperación de Joslyn había sido un viaje de pequeñas victorias. Su risa surgía ahora con más facilidad, sus conversaciones eran más largas, sus momentos de silencio menos cargados con las sombras de su trauma. Aunque el camino por delante aún era incierto, cada expresión que compartía, cada recuerdo que recuperaba, era un testimonio de su fortaleza.

—¿Recuerdas cuando fingíamos que estas estanterías eran nuestras bibliotecas secretas? —rememoró Fiona, uniéndose a su hermana junto a la

estantería.

—Llenas de historias de grandes aventuras e insectos exóticos —añadió Joslyn, con una sonrisa genuina curvando sus labios.

—Exacto —dijo Fiona poniendo una mano de apoyo en el hombro de Joslyn—. Y ahora estamos empezando un nuevo capítulo.

Fiona se encontraba en medio del salón, sus ojos recorriendo los suaves tonos de las alfombras que yacían extendidas bajo muebles sencillos pero elegantes. Era un mosaico de comodidad y familiaridad, un abrazo de telas y maderas que parecían cantar en armonía con el nuevo comienzo que estaban emprendiendo. La luz de la mañana se derramaba por las ventanas abiertas, proyectando un cálido resplandor que bailaba sobre los suelos de madera. Las cajas, a medio desembalar, ofrecían un testimonio silencioso de la vida que ella y Jake estaban tejiendo juntos.

Se agachó, alisando una arruga en la alfombra, sus dedos demorándose en la tela —una conexión táctil con el futuro ahora tangible que tantas veces había soñado. A su alrededor, las paredes resonaban con la perspectiva de risas y conversaciones, el espacio anhelando llenarse de recuerdos aún por crear. Cada mueble, cuidadosamente seleccionado, hablaba de decisiones compartidas y gustos mutuos. Era más que una casa; era un lienzo para sus vidas.

El aire estaba impregnado con el aroma a pino del abrillantador de muebles y la sutil dulzura de las flores del exterior. La mente de Fiona divagó hacia el jardín, imaginando cómo se vería en verano, floreciendo bajo su tierno cuidado. Se imaginó los insectos que lo visitarían, cada uno cumpliendo un papel en el ecosistema que nutriría. Era un lugar donde su pasión por la entomología podría coexistir con la dicha doméstica a la que se sentía cada vez más atraída.

Una repentina corriente de aire anunció que la puerta principal se abría. Fiona se giró, sus pensamientos interrumpidos por el sonido familiar. Jake entró a zancadas, su presencia llenando la habitación al instante. Sus ojos recorrieron las pertenencias dispersas, la evidencia del progreso, antes de posarse en Fiona. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, una que llegaba a sus ojos marrones e irradiaba la calidez que ella había llegado a conocer tan bien.

—Pelirroja —la llamó, el apodo envuelto en un afecto que nunca dejaba de remover algo profundo dentro de ella.

En unas pocas zancadas largas, Jake cruzó el umbral que separaba la entrada del corazón del salón. Sus brazos envolvieron a Fiona en un abrazo que hablaba por sí solo. Era un abrazo que llevaba el peso de cada dificultad que habían superado, la fuerza del vínculo que compartían y la promesa del apoyo que se brindarían mutuamente en todos los días por venir. Fiona se derritió en él, sus brazos serpenteando alrededor de su espalda, aferrándose al momento y al hombre que era su compañero en todos los sentidos de la palabra.

—Se siente como un hogar, ¿verdad? —murmuró Jake en su pelo, su voz firme y segura.

—Sí —exhaló Fiona, su voz teñida de la esperanza y el contentamiento que llenaban la habitación—. Realmente lo es.

Fiona estaba de pie junto a Jake, su mano encontrando la de él mientras inspeccionaban el salón. El caos de las cajas de mudanza y los muebles colocados al azar hacía poco para ocultar el amor que envolvía el espacio. Sus padres se afanaban en la cocina, la risa derramándose en el espacio abierto de vez en cuando, infundiendo el aire de alegría. Era una reunión que una vez temió imposible, pero aquí estaba, tangible y completa.

Las paredes resonaban con su determinación compartida, susurrando recordatorios de pruebas enfrentadas y conquistadas. Fiona sintió la textura de la palma de Jake contra la suya, las líneas de la vida entrelazándose, formando un mapa de experiencias compartidas. Su agarre era firme, tranquilizador. La fuerza que extraía de él era mutua, un pacto tácito de que, cualquier cosa que se presentara, la navegarían hombro con hombro.

—Míralos —dijo Jake, asintiendo hacia sus padres—. Les has dado algo increíble hoy.

Fiona siguió su mirada. Vio más que solo el deleite visible; sintió la sanación más profunda que estaba teniendo lugar. Su pasado, sembrado de preguntas sin respuesta y dolor sin resolver, había forjado un vínculo inquebrantable entre ellos. Ahora, eran un testimonio del poder duradero de la esperanza.

—Gracias a ti también —respondió Fiona, apretando su mano—. Estamos en esto juntos.

El olor a pintura fresca persistía mientras Fiona daba un paso atrás, el brazo de Jake descansando cómodamente sobre sus hombros. La luz del sol poniente se derramaba por las ventanas, proyectando un suave resplandor sobre la nueva vida que estaban construyendo. Cada rincón contenía una promesa, cada habitación susurraba de potencial.

La risa de Jake llamó su atención hacia el cuadro que acababan de colgar. Estaba ligeramente torcido, pero era suyo, un retrato de su viaje, imperfecto pero honesto. Fiona sonrió, pensando cómo cada imperfección solo servía para hacer su hogar más real, más suyo.

—¿Lista para esto? —preguntó Jake, su voz rebosante de emoción.

—Nunca he estado más preparada para nada —respondió Fiona, la certeza en su voz reflejando la determinación en su corazón.

Se encontraban en su santuario, rodeados de familia, cada mueble, cada elección de color, un testimonio de su visión compartida. Juntos, habían capeado tormentas y perseguido demonios, tanto literales como metafóricos. Ahora, estaban al borde de algo nuevo, algo brillante.

Con una última mirada a la vida que habían comenzado a construir, Fiona supo que con Jake a su lado, podían enfrentar cualquier desafío que se presentara. Las sombras de su pasado siempre serían parte de ellos, pero era la luz de su futuro la que brillaba con más fuerza. Estaban listos para abrazarlo todo, juntos.

UNA ÚLTIMA MENTIRA

(La institutriz: Libro 1)

La institutriz de 50 años, Mary Wilcox, ha lidiado con más de una familia adinerada, y lo hace con paciencia y gracia.

Pero no está acostumbrada a lidiar con asesinatos.

Cuando Mary se muda a la imponente finca Ashford para asumir el papel de institutriz de tres niños, se encuentra con la educada formalidad de la matriarca de la finca y la curiosidad de los tres niños.

No sabe que está entrando en un nido de secretos y mentiras.

A medida que Mary se involucra más con la familia, comienza a sospechar que hay algo turbio en la reciente muerte del patriarca. Mientras lucha contra sus propios demonios del pasado y lucha por separar el pasado del presente, se ve obligada a preguntarse: ¿a cuál de los miembros de la familia debería proteger?

¿Y a quién debería temer?

“¡Un thriller que te mantiene en vilo en una nueva serie que te mantiene pasando las páginas! ...Tantos giros inesperados y pistas falsas... ¡Estoy deseando ver qué pasa después!” —Reseña de un lector (Su último deseo)

UNA ÚLTIMA MENTIRA (LA INSTITUTRIZ: LIBRO 1) es el primer libro de una esperadísima nueva serie de thrillers psicológicos del autor Blake Pierce, número uno en ventas y bestseller del USA Today. Su bestseller, La esposa perfecta (descarga gratuita), ha recibido más de 20 000 reseñas de cinco estrellas.

¡Los próximos libros de la serie también están disponibles!

“Una obra maestra de suspense y misterio.”

—Reseñas de libros y películas, Roberto Mattos (sobre Once Gone)

“Una historia contundente y compleja sobre dos agentes del FBI que intentan detener a un asesino en serie. Si buscas un autor que capte tu atención y te haga adivinar, pero que también intentes atar cabos, ¡Pierce es el autor ideal!”

—Reseña de un lector (Su último deseo)

“Un típico thriller de suspense con giros inesperados, una montaña rusa de Blake Pierce. ¡Te hará pasar las páginas hasta la última frase del último capítulo!”

—Reseña de un lector (Ciudad de presa)

“Desde el principio, tenemos un protagonista inusual, nunca antes visto en este género. La acción es incesante... Una novela muy evocadora que te mantendrá pasando las páginas hasta bien entrada la madrugada.”

—Reseña de un lector (Ciudad de Presa)

“Tiene todo lo que busco en un libro... una trama genial, personajes interesantes y que te atraiga al instante. El libro avanza a un ritmo vertiginoso y se mantiene así hasta el final. ¡Ahora, a por el segundo libro!”

—Reseña de un lector (Girl, Alone)

“Un libro emocionante, trepidante, que te mantiene en vilo... ¡una lectura imprescindible para los amantes del misterio y el suspense!”

—Reseña de un lector (Girl, Alone)

UNA ÚLTIMA MENTIRA
(La institutriz: Libro 1)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido de USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, que comprende cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que comprende seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende siete libros; del misterio de suspense psicológico CHLOE FINE, que comprende seis libros; de la serie de thrillers de suspense psicológico JESSIE HUNT, que comprende treinta y ocho libros (y contando); de la serie de thrillers de suspense psicológico AU PAIR, que comprende tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, que comprende seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que comprende dieciséis libros, de la serie de misterio acogedor EUROPEAN VOYAGE, que comprende seis libros; del thriller de suspense FBI LAURA FROST, que comprende once libros; del thriller de suspenso ELLA DARK FBI, que comprende veintiún libros (y contando); de la serie de misterio acogedor A YEAR IN EUROPE, que comprende nueve libros, de la serie de misterio AVA GOLD, que comprende seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende quince libros (y contando); de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros; de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros; de la serie de misterio MAY MOORE, compuesta por once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio NICKY LYONS, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio CAMI LARK, compuesta por diez libros; de la serie de misterio AMBER YOUNG, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio DAISY FORTUNE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio FIONA RED, compuesta por trece libros (y contando); de la serie de misterio FAITH BOLD, compuesta por diecisiete libros (y contando); de la serie de misterio JULIETTE HART, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MORGAN CROSS, compuesta por trece libros (y contando); de la serie de misterio FINN WRIGHT, compuesta por siete libros (y contando); de la nueva serie de suspense y thriller SHEILA STONE, compuesta por

ocho libros (y contando); y de la nueva serie de suspense y thriller RACHEL BLACKWOOD, compuesta por ocho libros (y contando). Blake es un lector ávido y fanático de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, a quien le encanta recibir noticias tuyas, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.